MIRANDA BOUZO

Clan Somerled

Highlanders de las Islas I



CLAN SOMERLED

Highlanders de las Islas I

M I R A N D A B O U Z O

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2026 Miranda Bouzo

Título: Clan Somerled. Highlanders de las Islas I

Edición publicada en febrero de 2026

Corrección: Sonia Martínez Gimeno

Diseño de cubierta: Alexia Jorques
Maquetación: Alexia Jorques
www.alexiajorques.com

MIRANDA BOUZO



Highlanders de las Islas I

~ Índice ~

PRÓLOGO
CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV
CAPÍTULO XVI
CAPÍTULO XVII
CAPÍTULO XVIII
CAPÍTULO XIX
CAPÍTULO XX
CAPÍTULO XXI
CAPÍTULO XXII
CAPÍTULO XXIII
CAPÍTULO XXIV
CAPÍTULO XXV
CAPÍTULO XXVI
CAPÍTULO XXVII

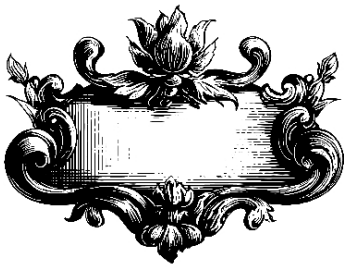
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

«Para vosotros, que siempre disfrutáis
de una gran aventura».

«Escocia no siempre fue como hoy la conocemos; en el siglo XII, tras años de asedio vikingo, existían tres reinos: al norte, Olafsson, un rey escandinavo cuya dinastía llegó a gobernar Irlanda, la isla de Man, las islas de Lewis, Harris y Skye. El resto de Escocia lo gobernaba el rey Malcom IV, descendiente del reino de Alba. Y, al oeste, surgió un líder llamado Somerled, un señor de la guerra que luchaba por mantener sus fronteras entre las islas de Ulst y Barra hasta Kyntire, cuyo hogar estaba en Argyll y Bute, y cuya forma de luchar fue temida desde Noruega hasta Inglaterra.

Durante años, mantuvieron una relativa paz entre sus fronteras, hasta que una mujer desequilibró su mundo y a sus reyes, deshizo ejércitos y creó nuevos reinos…».

PRÓLOGO



Siglo XII.
Reino Noruego en Escocia

Era el día último de abril, las antorchas descendían por la colina en hileras, como si estuvieran guiadas por seres fantasmales, flotaban a un lado y otro al rasgar la oscuridad de los campos y dejar una estela amarilla a su paso. La luna se ocultaba tras las nubes, un relámpago lejano rasgó el cielo y, a pesar de su valentía en el combate, el rey de las islas, Olafsson, se encogió de miedo al oír, en la habitación superior, el grito de dolor de la que había sido su amante.

No esperaba estar en la isla de Skye aquel día, ni siquiera ver llegar al mundo a su hija bastarda, los ataques en las aldeas cercanas le habían dado un respiro y quiso acercarse a ver a su antigua amante, cuyo padre le había informado de su avanzado embarazo. Lewis y su hogar estaban lejos, y le parecía un sueño dorado comparado con aquel oscuro y lóbrego castillo escocés.

Glenelg parecía un lugar donde no existía nada excepto espíritus y fuegos fatuos, muy diferente a los días que pasó allí el verano pasado, llenos de una suave brisa y cielos despejados. La hermosa mujer que había llenado sus días de agosto de cierta dicha y sonrisas regaladas estaría ahora en su lecho, atendida por las parteras, rota por el dolor.

En su hogar había dejado tres hijos y una esposa que ya no le daría más vástagos. Eran pocos. Las guerras asolaban sus tierras, incursiones escocesas amenazaban el territorio escandinavo de las islas del norte y solo tenía tres hijos a quienes legar el vasto territorio que gobernaba.

Otro grito rompió el silencio del castillo, y como si fuera una premonición, un trueno restalló en el exterior, sacudió las viejas piedras de la pequeña fortaleza. El padre de la chica lo miró aterrado, su única hija llevaba diez horas en aquellos aposentos, debatida entre dar a luz y morir en el intento.

Olafsson esperó junto a la ventana, sin dejar de mirar las luces moverse, ahora danzaban más deprisa; los lugareños, a pesar de la festividad, correrían a resguardarse y saldrían en cuanto la lluvia parase. Beltane, la fiesta del inicio de los días calurosos, del verano, el renacer, y comenzaba con la tormenta que se avecinaba. Se detuvo un instante en su ir y venir por la estancia, hacía un rato que no se oía un solo grito. Unos pasos apresurados bajaban las escaleras, una mujer sudorosa y con las mejillas encendidas los llamó para que los acompañara. Otro trueno resonó sobre el castillo e hizo que los muros temblaran.

El padre de la muchacha le cedió el paso al entrar en los aposentos. Sangre por todas partes indicaba lo complicado del parto, el buen hombre se arrojó sobre su hija cuando la partera negó con la cabeza, había muerto. Otra muchacha, casi una niña, sostenía al bebé, enrollado en una manta, contra su pecho. Olafsson vio cómo comprobaba si tenía todos los dedos y, entonces, la soltó sobre el cestillo que alguien debía haber hecho con un trenzado de ramas.

Olafsson se acercó al pequeño bulto, no había visto a sus hijos pequeños en los primeros días, ni siquiera a la semana, solo a Godred, su primogénito, enardecido por tener un varón, y ya ni se acordaba de cómo era un recién nacido.

—Es una niña, mi rey —dijo la muchacha que acababa de dejar a su hija en el cesto. Su voz dubitativa hizo que supiera al instante que algo estaba mal.

Se acercó al cestillo y le apartó las mantas; al sentir el frío, la pequeña criatura se estremeció sin llegar a llorar. Olafsson quedó conmovido por aquel rostro redondo, sucio aún de las entrañas de su madre, la chica ni siquiera la había limpiado en condiciones y mostraba restos de sangre, pero sus pequeños ojos rasgados se entreabrieron y contuvo el aliento ante el color gris que se apreciaba en ellos. Un color que tal vez cambiara con el tiempo, pero en

verdad era inquietante, gris con motas negras diminutas. Las manos se agitaron abiertas en el aire y Olafsson vio lo que de verdad había asustado a la muchacha. La criatura tenía una mancha en el hombro con la forma de una luna menguante, un mal presagio al nacer en Beltane. Entonces, como si supiera que su padre la observaba, la niña se echó a llorar con fuerza. Tenía el coraje de su madre, que lo había enamorado con su sonrisa sincera al visitar su castillo, el sol de verano en sus mejillas y la promesa de que, a su lado, por breve que fuera, olvidaría que era rey, sus obligaciones y deberes.

Olafsson vio a las mujeres limpiar el lecho en silencio, el padre de Eira lloraba su muerte, y la chiquilla que le había enseñado a su hija lo miraba con curiosidad. Las cabezas de todos se levantaron al oír el llanto de la niña, pendientes de lo que Olafsson haría. Repudiarla, sin duda. Sin pensar en qué hacía, cogió a su hija en brazos para consolar sus lloros, sabía cuál era el destino de la criatura en cuanto todos supieran de su marca, vieran sus ojos de un color tan extraño y pupilas grandes, nacida el día de Beltane… La tomarían por bruja, dirían que había matado a su madre al nacer… La arrojarían al mar o a los acantilados, o la dejarían en el bosque para que los lobos se la llevaran. Olafsson se acercó al escudo de bronce bruñido colgado de la pared y vio su reflejo en él, con la niña en brazos. Fue feliz durante un mes junto a Eira.

Negó con la cabeza, ¿por qué le costaba tanto decidirse? En algún lugar tendría otros bastardos, hijos de madres que había olvidado hacía tiempo. Aquella niña moriría, la hija de un rey, bastarda o no, era lo que era, una princesa. Olafsson cogió todo el aire que pudo, el olor a metálico de la sangre lo enervó, los continuos sollozos le quemaron los oídos. ¿Por qué el destino le habría llevado allí ese día? Maldita curiosidad.

—No la quiero en mi castillo, Olafsson, está maldita, la muchacha dice que tiene una marca de bruja.

Se giró para mirar al abuelo de la criatura sin soltarla. Las caras hostiles del hombre, de las parteras y de los que se arremolinaban ya en la puerta para saber qué había pasado no le gustaron. La niña estaba avocada a la muerte, y él jamás había desperdiciado una oportunidad, una hija que le daría alianzas, la única niña que

tendría, y era de Eira, su único amor. Lo repitió, intentaba convencerse, como si su mente fuera consciente, desde que la acogió en sus brazos, de que se debatía entre entregarla para morir o impedirlo, la bebé le golpeó el pecho al estirar el brazo.

No pudo sino sonreír al ver a la criatura con los ojos fijos en él. Tenía fuerza, nada más nacer mostraba su genio con un llanto insistente, la pelusa de sus cabellos era negra, del color de la turba, herencia de su madre escocesa, en su hogar todos eran de cabellos rubios y ojos azules.

—Dádmela, mi rey, me desharé de ella —le suplicó el abuelo de la niña—. Ha matado a mi hija, y es extraña, ¿no veis el color de sus ojos? ¿La marca de una maldición en su hombro?

«Malditos supersticiosos», pensó Olafsson.

—No.

En los aposentos todos lo miraron como si hubiera perdido el juicio, la muchachilla que se había ocupado de la criatura se persignó de la forma cristiana.

—¿No, majestad? —preguntó de nuevo el padre de Eira. Parecía que había olvidado que su hija yacía recién muerta en el lecho y toda su furia la dirigía hacia ese bebé.

—No, Glenelg. La niña se viene conmigo. —Él mismo no reconoció las palabras cuando salieron de su boca; no podía echarse atrás, era un rey, no dudaba, solo ordenaba, se equivocara o no. ¿Llevaría con esa criatura la maldición a su reino? Solo el cielo lo sabía—. ¿No me habéis oído? ¡Preparad cosas para la criatura! Y que una de las mujeres venga con nosotros para cuidarla y otra de tus aldeanas para que le procure alimento, aseguraos de que sea limpia y sus pechos estén llenos. Es una orden, Glenelg.

Obedecieron sin discusión, helados de miedo y con breves tartamudeos. En apenas unas horas, cuando el primer sol del primer día de mayo salía por el horizonte, Olafsson salía de aquellas tierras hacia su hogar con una nueva hija.

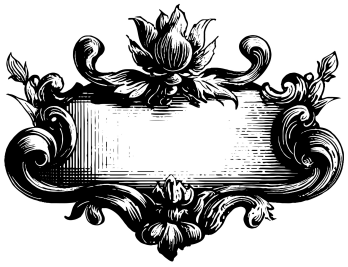
Miró a sus soldados, quienes, lejos de supersticiones, se alegraron de tener una princesa entre ellos, no como aquellos tontos súbditos que hubieran matado a la hija de Olafsson por bruja.

Ragnild, princesa en su lengua natal, ese sería su nombre.

Crecería fuerte y tenaz, digna hija de un rey escandinavo, poco importaba su mitad de sangre escocesa, crecería como una vikinga, noruega, en sus costumbres y forma de vida. Inge, su esposa, no querría criarla, él se encargaría de ello, con toda la fuerza y la sabiduría de sus ancestros.

Ragnild, hija de Olafsson de Man, descendiente de la dinastía de Crovar, de los halcones. Y nadie, nunca en su vida, la llamaría ni maldita ni bruja.

CAPÍTULO I



Veinte años después.
Siglo XII. Isla de Man

Olafsson pensó que sería fácil, ningún ejército era más fuerte que el suyo. Habían osado entrar en sus dominios y amenazar el castillo de Keltrye bajo su protección, y debía darles una lección; mitad escoceses, mitad vikingos, habían capturado la aldea y el castillo, y sometido a su señor para quedarse con aquellas tierras. Sobre aquel prado vio a su oponente, Somerled de Argyll, dominaba la colina con su presencia. Sin protecciones ni *cotum* de cuero, solo su espada al cinto y una pequeña hacha a la cintura, lo miraba con recelo. Su ascendencia medio nórdica se reflejaba en sus cabellos rubios y en sus ojos azules oscuros. Su mitad escocesa, de la que muchos decían que se enorgullecía, se notaba en el ancho de sus hombros, no era alto como un escandinavo, aun así, su cuerpo estaba hecho de batallas y entrenamientos. Olafsson tuvo que dar el primer paso para acercarse a él, habían acordado un duelo, cometió el error de que solo lo acompañaran unos pocos hombres, y los guerreros de Somerled se contaban por cientos. Cuando les llegó la noticia a Man de que habían atacado sus tierras, creyó que no eran más que unos cuantos advenedizos como en anteriores ocasiones. Olaffson solo llevó con él cuantos entraron en un barco. La realidad era bien distinta, Somerled había traído a gran parte de su ejército, dispuesto a recuperar esas tierras, que, según él, fueron un día de su padre. Ese muchacho era inteligente, había diseñado sus barcos a partir de los de los antiguos vikingos, más ligeros, con un timón que los hacía mucho más manejables que los suyos, las velas de alta calidad…

Y, sin embargo, era un necio. Olafsson no cedería ni un ápice, ni ante él ni ante nadie, no ahora que había perdido sus tierras en Irlanda a manos de mercenarios como ese advenedizo de Somerled. Se creían señores, reyes incluso, porque por sus venas corría un hilo de sangre real. Malcom I, rey de Escocia, alentaba a Somerled; no era estúpido, ambos se habían aliado contra él ahora que lo creían débil y viejo.

Estaba ya a diez pasos de Somerled y se detuvo al igual que los hombres que lo acompañaban. Somerled estaba solo sobre la colina con una sonrisa en el rostro, como si no le importara morir a manos de un hombre que jamás perdía una lucha, sus guerreros estaban lejos. El viento arreció en aquella pradera y el sonido de los árboles en el bosque cercano era lo único que se oía en el campo de batalla.

—¡Márchate, Somerled, y vivirás!

—He tomado Keltrye, ¿por qué debería irme, Olafsson? ¿Qué os importan unas tierras más o menos? Este es ahora territorio del clan Somerled.

Olafsson pensó en la manera en que su oponente se conducía, con la mano en la empuñadura de su espada, la rodilla flexionada contra el acero. Vestía como los antiguos celtas que habitaron la isla, con un tartán sobre el pecho que le llegaba plegado a las rodillas. Ni siquiera se había puesto protección alguna para la lucha. Olafsson frunció el ceño. Soberbio. Y a la vez se dijo que podía haber sido amigo de ese hombre que, con orgullo, lo miraba dispuesto a matarlo.

—No lo es y lo sabéis, ¿para qué queréis esta tierra y este castillo?

Sabía que no pensaba decirlo, pero el muchacho miró hacia los bosques densos. Así que era eso, madera. Él o el rey Malcom pretendían construir más barcos en su alianza contra Man y sus islas, ¿y quería que lo dejara adueñarse de aquello sin más?

—Ya, la madera.

—Mis motivos no importan, Olafsson. ¿Luchareis vos o todos nuestros hombres tendrán que enfrentarse?

Era muy listo ese Somerled, no podía rechazar la afrenta de duelo, ¿qué pensarían sus hombres?, ¿que estaba viejo y ajado? Y en la próxima batalla, ¿lo seguirían? Había construido su reino sobre su

fama de invencible y la lealtad de sus hombres, no les importaba morir en batalla alguna si era él quien los lideraba. Por desgracia, su hijo Godred no tenía ni su fuerza ni la lealtad de su ejército.

Asintió con seriedad, si había de morir en aquella pradera, lo haría. Somerled desenvainó su *claymore* y el acero resonó al deslizarse por la vaina de cuero.

—Tienes que aprender, muchacho insolente, que un rey lucha sus batallas antes que sus hombres —le gritó antes de desenvainar, seguro de que vencería a aquel obstinado señor que se proclamaba rey. Un maldito ambicioso que había osado desafiarlo.

Olafsson, en cuanto cruzaron sus espadas y sintió la fuerza de aquel acero contra el suyo, supo que sería derrotado con vergüenza y humillación. Y cuando se halló postrado ante Somerled, con la hoja de su magnífica espada en el cuello, supo que moriría aquel día por un territorio que ni siquiera ansiaba.

Somerled clavó en él sus ojos, llenos de odio e ira, dispuesto a matarlo en el suelo, ya desarmado y derrotado. Hizo una señal con la mano a sus hombres, fue un combate justo, no intervendrían.

—No te mataré, Olafsson, no estoy preparado todavía para la guerra entre los dos reinos, solo traería la victoria de Malcom, el rey escocés, y yo quiero todo para mí.

Olafsson quiso reírse a pesar de su situación, ¿toda Escocia para él? Estúpido pretencioso.

—Acaba ya, Somerled, no podrás vencer a mis hijos en Man.

Somerled hizo una mueca, algo parecido a una sonrisa taimada. Olafsson supo que no era por aquellas tierras, ni siquiera quería matarlo, todo formaba parte de un plan, se preguntó si el rey Malcom sabía que su aliado no le era tan fiel.

—Sé que no, por eso quiero una alianza que nos una y os obligue a ir a la guerra por mí.

—¿Qué…?

Somerled le brindó la mano para que se levantara, sin dejar de apoyar la hoja de su espada contra su cuello.

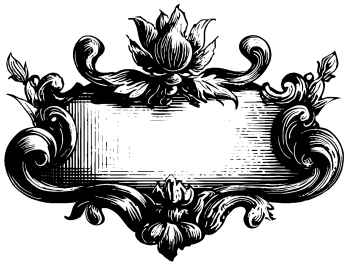
—Dadme a vuestra hija, sé que tenéis una, me casaré con ella y nuestras casas se unirán. Los dos contra Malcom. Sé que, en cuanto

pueda, él me traicionará. Te perdonaré la vida, Olafsson, y no habrá más incursiones en tus tierras.

Olafsson jadeaba a causa de la intensa lucha. ¿Ragnild? ¿Sabía aquel idiota lo que le pedía? Por otro lado, Somerled lo impresionaba, era un gran guerrero, él nunca había perdido un duelo y los hombres de ese muchacho estaban bien equipados y entrenados, habían tomado la aldea y el castillo en horas… Sintió el acero más cerca de rasgar su garganta. Y entonces lo vio, con esa unión tendrían uno y otro todas las islas, todo el comercio, todos los barcos, juntos, un día podían derrotar a Malcom.

—Te la entrego, te casarás con mi hija, y que el cielo se apiade de ti, Somerled. Algún día comprenderás que una unión por la fuerza solo trae destrucción.

CAPÍTULO II



Ragnild sonrió con el rostro hacia el sol, sintió el débil calor de finales de verano sobre sus mejillas; con los ojos cerrados, se sintió feliz en aquel destello rojo a través de sus párpados. Se encogió ante la fresca brisa del mar y sintió que los brazos de su amiga y doncella Aren la atrapaban. Ambas cayeron al suelo, entre las mullidas briznas de hierba y las flores blancas y moradas, riendo. Allí, en los campos, lejos de su madrastra, del castillo, de las normas y susurros en los corredores, se sentía libre.

—Sois dos crías necias.

Abrió los ojos para ver a su hermano mayor, su sombra le tapó el sol y su mirada torva le recriminó que anduviera jugueteando en los serbales. Su imponente figura de guerrero proyectó las sombras sobre ellas.

—Godred, no hacemos mal a nadie, solo nos divertimos —le contestó Ragnild mientras se levantaba.

Sacudió la falda con ambas manos y se pasó una de ellas por los cabellos sueltos. Su larga trenza se había deshecho hacía rato y su pelo negro se esparcía entre restos de hierba y tierra mojada.

—No eres digna de llamarte princesa, ni siquiera hija de padre.

Ragnild contuvo su respuesta, una que danzaba en sus labios y enfurecería a Godred, la castigaría por ello de alguna oscura y elaborada manera. Aún recordaba a su hermano muerto, el de en medio, siempre se evitaba hablar de aquel accidente que acabó con su vida mientras cazaba con Godred.

—¡Ragnild! —gritó uno de los niños con los que Aren y ella jugaban al escondite.

—Salid ya, debemos volver, pilluelos —les llamó con premura, no quería enfadar a Godred.

Cuatro cabezas, dos niños y dos niñas, emergieron de entre las altas hierbas con cara de fastidio. Sus rostros se tornaron pálidos al ver que Godred estaba allí. Lo pensaron un instante antes de echar a correr hacia el castillo. Ragnild suspiró resignada.

—Los has asustado, Godred.

—Malditos críos. No deberías estar siempre con ellos, tienes obligaciones. Padre te busca.

Ragnild apretó los puños, el idiota de su hermano debería haberlo dicho antes. Hacía días que esperaban a su padre. Un ataque en la isla de Lewis había hecho que tuviera que ir a la guerra, otra vez el maldito Somerled, ese hombre no hacía más que incordiar al resto de reinos con sus continuas incursiones, decía poseer el derecho de Man y de Escocia por nacimiento y ansiaba siempre más tierras, más riquezas, más batallas cruentas. Su fama de hombre cruel y despiadado era conocida en el norte.

—¿Está bien, Godred? —preguntó temerosa al ver su sombría expresión.

—Lo está, pero quiere verte, deberías haber estado en tus aposentos, bordando o lo que sea que hacen las mujeres todo el día.

Ragnild frunció el ceño, su hermano era estúpido, soberbio, asustaba a todos con su actitud violenta y sus desmanes.

—Sé hacer algo más que bordar tapices, hermano.

—Lo que tú digas. Muévete, vamos. —En el último instante, Godred se giró hacia ella. Con rapidez, apartó la vista de sus ojos grises de bruja—. ¿Dónde demonios está tu guardián? Finn pagará caro dejarte sola cuando padre se entere.

—No se lo digas, Godred, por favor —le pidió Aren con voz melosa.

Godred sonrió a medias, nada le gustaba más que que le suplicaran algo. Ragnild pensó que Aren nunca aprendería, ahora su hermano se encargaría personalmente de que Finn fuera castigado. Lo cierto era que no sabía que estaban solas, debería haber estado en las cercanías para protegerlas, no era la primera vez que ese Somerled atacaba sus tierras.

Recordó que su padre la llamaba a su lado y siguió a Godred, quien, una vez vertido su veneno, andaba con prisa hacia el castillo. Aren los siguió con las faldas recogidas y el pelo rojizo al viento le rozó el brazo al alcanzarla a la carrera.

—Es un idiota.

—¡Shhh! ¿Quieres provocarlo más? Tiene razón, Finn debería estar por aquí.

En ese momento lo vieron aparecer por el camino de la aldea. Ragnild elevó los ojos al cielo, ni siquiera le había dado tiempo a colocarse la camisa al salir de la cabaña de su última conquista. Los niños más adelante trotaban hacia el castillo.

A pesar de que su hermano la llevaba a la carrera, se detuvo a admirar aquellas tierras bajo el incierto sol que se había dignado a aparecer, parte de la isla de Man era agreste, pero la otra era exuberante de praderas y pequeños bosquecillos; sus gentes eran afables y hoscas con los extraños. A veces llovía durante semanas; pero, ¡oh!, cuando el sol salía, se volvía verde, llena de flores y arbustos frondosos, las piedras se cubrían de musgo y las playas se volvían tranquilas. No sabía si el resto de Escocia sería tan hermosa, jamás había salido de las islas, territorio de su padre, el rey. Amaba su hogar con todo su corazón y tampoco sentía deseos de aventurarse a tierra firme.

Vio que Godred se había alejado demasiado de ella y corrió para alcanzarlos a él y a Aren. Sintió los pasos de Finn tras ella y se giró para mirarlo con reproche. El muchacho estaba rojo de vergüenza al ser pillado en falta por su señor Godred.

Una vez dentro de las murallas, Ragnild vio a su padre entrar en los salones. Se alegró al ver que lo hacía por su propio pie; si estaba herido, no debía ser de importancia. Se dio cuenta de que una decena de caballos eran llevados a los establos, tenían visita, el escudo de Lewis descansaba en una de las mantas de la montura. Los señores de las islas estaban allí, convocados seguramente por Olafsson. Algo malo, terrible, había ocurrido.

—¡Padre! —gritó al verlo sentarse cansado en su silla alta, más elevada sobre una tarima, en un extremo del salón, donde la chimenea ardía con fuerza. El salón del rey, hacía que Ragnild se

estremeciera de orgullo, enormes tapices en todas las paredes, detalles en oro en la mesas, guirnaldas de romero y hojas de otoño decoraban las columnas, todo hablaba de la gloria del rey y su dinastía.

No la miró al hacerle una señal para que se acercara. Su padre podía ser huraño, tosco, de mal genio y cortante en sus palabras, nunca con ella. Siempre le decía que se parecía tanto a su madre que no podía regañarla. Su madre, no la conoció, Ragnild era la única hija de Godred que no nació en el matrimonio con Inge, la nórdica madre de sus otros hermanos. A veces oía susurrar «bastarda» en los corredores o el patio, y es que era evidente, su cabello negro como los cuervos, sus ojos grises, su baja estatura… No era como los demás; ni como sus hermanos, poderosos guerreros rubios de tez clara, altos como torres; ni como las mujeres, como Aren, altas, de amplios bustos, de melenas rubias o pelirrojas, de rasgos hermosos y afilados. Pero aun con todas esas diferencias, su padre la quería con devoción, del mismo modo que Inge, su madrastra, la odiaba.

—¿Estás herido, padre? —aventuró para explicar aquella actitud, no la miraba siquiera. Olafsson habló con Godred unos instantes y entonces le hizo una señal para que se acercara.

—Ragnild, hija.

Lo pronunció con la voz que ponía cuando era rey, porque con Ragnild nunca hablaba así, ni a solas ni en público. Levantó la mano para que se adelantara ante él y ella obedeció, se puso de rodillas ante su rey, no su padre, con las manos unidas como buena súbdita.

—Somerled me ha vencido.

Levantó la mirada hacia él, sabía de su rostro de sorpresa e incredulidad.

—¿Vencido?

—Sí, Ragnild.

Por un instante, su rostro habló por ella, entonces ¿qué hacía vivo? Su padre tenía rasguños en la frente y las mejillas, incluso había podido ver una herida en su brazo que aún sangraba, pero seguía sin justificar su derrota. Se levantó movida por la curiosidad, ¿qué podía haber pasado?

—Creí que ese hombre, Somerled, no dejaba hombres vivos. ¿Hemos perdido a muchos guerreros?

Olafsson sonrió a esa mirada gris, era la más inteligente y directa de sus hijos. Sabía que, a veces, la gente era cruel con ella por ser tan peculiar y su infancia no fue fácil; la protegió cuanto pudo, solo lo suficiente para que creciera como una rama fuerte y recta. No temía hablar con él, reprocharle con aquel rostro inquisitivo: «entonces, ¿por qué estas vivo, padre?».

—No, en efecto, no perdona a un solo hombre, mujer o niño que vaya a la guerra contra él. Por eso quería hablar contigo. Hubo un duelo de combate. Él y yo solos.

Ragnild se acercó sin demasiada ceremonia, atónita, alguien había vencido a su padre, al gran Olafsson, rey de Man, algo inaudito. Imaginó a ese Somerled como un gigante, de brazos como columnas, con dos espadas enormes, cercenando cabezas en la batalla.

—Padre, no entiendo. ¿Habéis huido?

Si otro de sus hijos se lo hubiera preguntado, lo hubiera azotado al instante, a Ragnild no. A su lado, Godred gruñó, su hijo mayor no tenía paciencia.

—He sellado una alianza con Somerled de Argyll y Bute.

—¿Cómo? —gimió Godred—. Es un bastardo, impío y sucio escocés. Dicen que está endemoniado.

Olafsson le hizo un gesto a su hijo para que callara. Lo de bastardo había encendido las mejillas de su hija.

—Ragnild, partirás mañana al amanecer. Puedes llevarte a Aren —elevó la voz para que la joven, escondida en las escaleras, lo escuchara— y a Finn; os acompañará una guardia que volverá, pero ellos dos que se queden contigo hasta que te acostumbres a Somerled, no será fácil.

—No comprendo, padre.

—Te he prometido a Somerled a cambio de nuestra alianza.

Ragnild dio dos pasos atrás, no podía ser. ¿Con aquel demonio que decían que entraba en las aldeas y quemaba a los niños? ¿Con ese monstruo que había mermado sus guerreros durante años? La expresión seria de su padre se lo confirmó sin palabras.

Era mayor para casarse, nunca pensó que la obligaría. La expresión de su padre cambió al arrepentimiento y a la vez percibió una pena tan grande que le encogió el corazón. Era verdad. Tendría que casarse con ese hombre, Somerled.

—Ragnild, ese muchacho es mucho más de lo que aparenta, llegarás a ser una gran aliada para él. Los señores de las islas y los *lairds* han sido convocados aquí, nos esperan en la sala donde hablamos de alianzas y batallas.

Su padre se levantó entonces, le hizo una señal para que lo siguiera hacia allí y apartó a Godred, quien retrocedió con una mueca de odio hacia ella.

Ragnild contuvo el aliento, sentados y de pie, apoyados en los muros, estaban todos los señores del norte y las islas súbditos de Olafsson. Se sonrojó al instante, por las caras poco amigables, todos se habían desplazado hasta allí a causa de ella, o más bien para aceptar la alianza con Somerled de Argyll. Olafsson fue hasta su sitio y la dejó junto a la puerta; durante años, Ragnild había asistido a aquellas reuniones y se sentó en el pequeño banco en el que desde niña los escuchaba, sus debilidades, sus retos, sus conquistas y venganzas, sabía de cada uno de ellos y su carácter. Thorfinn, el señor de Lewis, fue el que más cerca estaba de ella y le sacó la lengua como si fuera aún pequeña, Ragnild suspiró, demasiado angustiada por su próximo matrimonio como para reír como otras veces. Ese hombre imponente levantó una ceja y al fin la hizo sonreír.

Su padre comenzó a exponer sus razones para consentir el matrimonio, él tenía la última palabra, era consciente de que era el rey de esos hombres, justo y leal a ellos, les informaba de su decisión y la alianza que conseguirían con el matrimonio de Ragnild.

—Si todos estáis de acuerdo, Ragnild partirá mañana hacia las tierras de Argyll.

Fue apenas un requisito, pues todos asintieron conformes. La última esperanza de Ragnild murió cuando la conformidad de todos gustó a su padre.

—Thorfinn, en su infinita sabiduría, ha traído un regalo de bodas para mi hija, un ajedrez creado por el artesano de la corte en

Noruega.

Todos admiraron el delicado tesoro que Olafsson dejó a la vista tras sacarlo de la bolsa que lo contenía. Incluso Ragnild se levantó para admirarlo de cerca. Las piezas, de la altura de un dedo, hechas de hueso de ballena y tendones, eran un delicado trabajo, las acompañaba un tablero brillante y pulido. Cada ficha tenía un rostro dibujado, tan expresivo y real, con barbas y bigotes, las reinas eran damas noruegas, muchos guerreros con su espada al frente, era como si representaran a los hombres que estaban ante ella. Una sospecha nació en su mente clara.

Fue a darle las gracias a Thorfinn por tan magnífico regalo, cuando su padre pidió silencio.

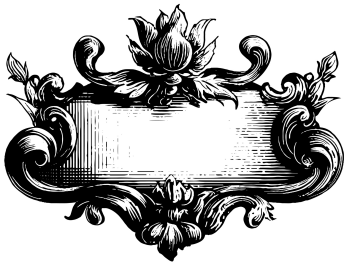
—Sois todos amigos, compañeros de armas, siempre nos hemos defendido y cuidado unos de otros, sé que cuento con vuestra fidelidad, por ello os pido que, si algún día, mi hija os hace llegar una de las figuras de este ajedrez, respondáis a su llamada como si fuera la mía. Ragnild es ahora la pieza que nos hace hermanos de Somerled. ¡Por el reino de Man! —acabó por gritar.

Los hombres reunidos, al unísono, repitieron aquel grito con sus voces graves y Ragnild los miró atónita, tan sorprendida por la muestra de lealtad de su padre hacia ella que los ojos le quemaron al aguantar las lágrimas. Todos la felicitaron por su enlace, los conocía desde niña, muchos de ellos eran de su edad, había visto a los progenitores y después a los hijos acudir. Se restregó los ojos cuando su padre los despidió y se quedó a solas con ella.

—Ragnild, dejo en tus manos la alianza más grande que ha conocido el norte. No me defraudes, Somerled sabrá ser tu esposo.

Si estaba convencido de que sería así, ¿por qué debía algún día mandar las piezas a sus aliados y pedirles que la ayudaran? Si Somerled era tan bueno, ¿por qué su padre la miraba como si la mandara a su muerte?

CAPÍTULO III



Argyll.
Oeste de Escocia.

Somerled miró a su alrededor, el viento sacudía sus cabellos y arañaba sus mejillas. Era el maldito dueño de todo cuanto su vista abarcaba, incluso de aquel mar fiero de olas traicioneras y corrientes mortales que se encontraba frente a él. Nada en el horizonte indicaba que su futura esposa llegaba. Se giró para observar las colinas verdes, cuajadas de las primeras flores; su fortaleza, salida de la roca a la que golpeaba el mar, parecía impenetrable y oscura, como él deseaba. El portón de entrada abierto, sus guardias en las almenas listos para cualquier ataque, hombres a sus espaldas hacían guardia.

El sol acababa de salir, despuntaba en las colinas. El viento pronunciaba su nombre. Señor de las islas lo llamaba. A su alrededor, nadie osaba pronunciar una palabra para no contrariarlo, eran conocedores de su temperamento, y este estaba a punto de quebrarse a causa de la espera. Todos sabían que no deseaba ese matrimonio, aquel silencio era peor que el que precede a una batalla. Sonó su nombre en labios de su amigo, Somerled, su nombre, tan antiguo como el principio de los tiempos en Escocia, descendiente de la dinastía Alpin, cuando esas tierras se llamaban Alba, y su castillo, Dal Riata, como el de aquel primer rey celta. Su bastión, su fortaleza, su lugar de batallas.

Alistair volvió a llamarlo, iba a contestar cuando su amigo lo interrumpió:

—Creo que ahí viene tu prometida.

Los guardias de las almenas enarbolaron una bandera al viento para avisarlos, ya se distinguían los barcos en la fina línea del horizonte.

—No os confiéis ni abandonéis las armas, Alistair, ni muerto me fiaría del rey Olafsson. Juró que enviaría a la muchacha con una pequeña guardia, pero veo dos barcos.

Alistair sonrió con fiereza, nada deseaba más que iniciar una guerra con sus vecinos de las islas del norte.

—Somerled, ¿y si la chica es más fea que el demonio?

Sonrió, solo Alistair podía pensar aquello, a él le daba igual si era fea, hermosa o tenía dos cabezas. Solo quería de ella una cosa, la llave del reino Noruego de Olafsson en la isla de Man.

—Una vez casado, se la echaré a los perros.

—No creo que al rey Olafsson le hiciera gracia, parecía tenerle mucho aprecio a su hija cuando hablaba de ella.

Somerled recordó la visita del rey en sus dominios y cómo le había presionado sin tregua, su hostigamiento por mar y tierra a sus posesiones; el saqueo y los pillajes habían puesto a Olafsson en una situación difícil, acababa de perder sus territorios en Irlanda y se veía acosado por los barcos de Somerled, apenas quedaba ya nada de su ruta de comercio. Olafsson le había cedido lo único que no tenía, una esposa, una alianza, la forma de convertirse, con los hijos que vendrían, en el reino más grande del norte y hacer frente a los escoceses y a los ingleses. Una alianza.

«Si mi hija se une a ti, Somerled, tendrás lo único que aprecio de verdad en este mundo», esas palabras le bastaron para saber que Olafsson ya era suyo.

No iba a negar, mientras los barcos se acercaban, lo que decía Alistair, había pensado en su prometida alguna que otra vez. Suponía que sería alta y rubia, de ojos claros, azules, descendiente como era de la estirpe vikinga. Ya que tuviera la capacidad de atraer su interés era otra cosa. No le pediría nada, excepto recato y lealtad. Que lo invitara a su cama alguna vez para tener herederos y que no alzara la voz cuando mantuviera sus amantes.

—A lo mejor le falta un ojo —dijo Greer, el segundo al mando tras Alistair.

—O es corta de entendederas, nadie la conoce ni la ha visto, su padre debía tenerla escondida si es lela —continuó otro de los hombres de su guardia.

Somerled cogió aire, intentó llenarse de paciencia, sus hombres solo pasaban el rato, pero que lo hicieran a costa de su futura esposa debería molestarlo.

—No digáis tonterías —les interrumpió Alistair—. Parecéis unas viejas cotillas en lugar de guerreros.

—Puede que sea deforme —dijo el más joven del grupo.

Alistair, cansado, le dio un golpe en la cabeza al muchacho.

Pasaron un rato en silencio, Somerled vio como los barcos se detenían a millas de las playas, los acantilados impedían que se acercaran por cualquier otra ruta, por eso eligió su padre aquel lugar para construir su fortaleza. Sonrió con suficiencia, con sus *birlinn*, los nuevos barcos que habían construido, más pequeños, similares a los de los vikingos, podían entrar hasta la misma playa, asaltar un castillo y volver a las embarcaciones en menos tiempo que Olafsson.

Varias barcazas se echaron al mar y recorrieron la distancia hasta la playa.

Somerled fue hasta el borde del acantilado y descendió por los escalones excavados en la piedra, pequeños y resbaladizos para impedir la subida de soldados a toda prisa cuando atacaran. Sus ojos tuvieron que adaptarse a la claridad del amanecer, y entonces la vio en la barcaza, su pelo rojizo largo; al pisar la arena, la ayudaron a bajar. Sus hombres debían sonreír, era alta y pelirroja, de rasgos nórdicos, con un estúpido vestido azul inapropiado y demasiado ligero para un viaje por mar, la capa oscura ondeaba por la fuerte brisa. Hermosa. Un guerrero de Olafsson le sonrió y cogió su mano para ayudarla a bajar. Somerled se adelantó unos pasos. Era todo cuanto podía pensar de la hija del rey. Una frágil jovencita de cabellos rojos, ojos azules, alta… Entonces se percató de la presencia de otra mujer, más interesante y extraña, de que los hombres que bajaban de la barca, e incluso la joven pelirroja, hicieron un pasillo con sus cuerpos, siguió una reverencia de todos, a la espera de alguien.

Era ella, la otra mujer que aguardaba en la barcaza, embutida en una capa marrón, mucho más baja que el resto, vestida con pantalones y un sobreveste de cuero, parecía un guerrero. El mismo muchacho se acercó a ella y tomó su cintura. Como si no pesara más que una pluma, la ayudó a bajar sin que sus pies tocaran el agua. Entonces ella le sonrió con verdadero afecto.

Somerled estaba allí, frente a ellos, miró a la joven pelirroja, que le hizo una reverencia a aquella pequeña mujer. Todos la imitaron. Y ella levantó el rostro.

Unos ojos grises oscuros lo miraron, los de una *caileagh* escocesa. Una bruja.

Lo habían engañado, Olafsson le había enviado a una pequeña escocesa en lugar de a su hija, como si fuera un tonto y estúpido bárbaro.

Los hombres que venían con ella se situaron a su alrededor para protegerla y, con ese nórdico alto como una torre a su lado, avanzaron hasta él. Sus hombres atrás susurraban, tal vez desconcertados como él. Los hombres de Olafsson no fingían, esa muchacha era su señora. Como tal, se situó frente a él.

—Soy Ragnild, hija de Olafsson, rey de Man, de la dinastía Crovar. ¿Sois Somerled?

Se quedó suspendido en el tiempo, su voz era suave y firme al mismo tiempo, más poderosa de lo que su apariencia física podía decir. Entonces, vio que lo escudriñaba de arriba abajo, vio en sus ojos lo que siempre sucedía. Lo veía temible y huraño, eso era bueno, contendría a aquella pequeña bruja con facilidad. Si es que era la hija de Olafsson. Tenía que serlo, la forma en que su barbilla se elevaba, el porte de princesa, como sus guardias la protegían…

—¿Sois Somerled? —repitió al ver que no recibía respuesta.

Ragnild estaba demasiado nerviosa. Se había repetido que aquello era una alianza. No era un matrimonio real. No tenía que gustarle su esposo, ni ella a él. Lo hacía para unir dos reinos, porque su padre se lo había pedido. Aun así, se sintió avergonzada cuando supo que aquel huraño rostro se sentía decepcionado, había visto primero a Aren, y seguro que se había sentido afortunado por su apariencia, cuando ella bajó de la barca y Finn y el resto la trataron como a una

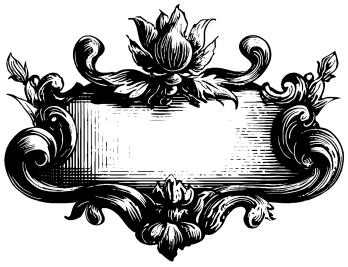
princesa, esas cejas claras, esos ojos del color del azul del océano, se había sorprendido. Y después bajó ella, y su expresión cambió, como si hubiera recibido una burla. Le había tocado en suerte la muchacha bajita de oscuros cabellos y ojos extraños que no era gran cosa. La miró con fijeza, y no para bien. Ragnild sabía lo que era al lado de su gente, un pequeño y oscuro bichejo que no se correspondía con la imagen de la princesa de Man.

La duda de aquel imponente guerrero, no tan alto como los suyos, pero cuya complexión más ancha los hacía palidecer, era evidente. Su pelo rubio, más largo de lo habitual y a merced del viento, le tapaba el rostro, y, aun así, sus ojos azules se clavaron en ella. En la mejilla lucía una pequeña cicatriz que le atravesaba hasta la ceja. Era hermoso. Y sintió miedo. Era el único hombre que había vencido a su padre y, a cambio, la había pedido a ella, como si fuera un caballo o una res, para tener controlado al rey.

Su postura, con la mano en la empuñadura de la espada; las mejillas, con la sombra de una barba. Arrogante. Peligroso. Su complexión, robusta; su camisa, de buena calidad, apenas podía contener la fuerza de sus músculos en tensión. El tartán, cruzado sobre el pecho con los colores marrones y azulados, prendido con un broche de acero bruñido. Todo en él, incluido su gesto serio, incitaba a correr y no volver la cabeza atrás, a pesar de que pareciera un dios de los antiguos manuscritos, con ese rostro atractivo y a la vez surcado de cicatrices. Los pantalones de cuero envolvían férreas columnas de *highlander,* y su espada, una enorme *claymore,* le descansaba sobre la corva del gemelo, atrapada en una funda. Más abajo del filo de la bota asomaba un cuchillo. Ragnild se preguntó qué debería temer ese hombre de su triste prometida para ir tan armado.

Entonces, Finn, como si supiera que su espíritu se acobardaba, se acercó a ella, pudo sentir la presencia de su amigo y se infundió valor. No podía parecer un pajarillo abandonado, lleno de sal y arena.

CAPÍTULO IV



Somerled sabía el miedo que producía en las mujeres, y cómo intentaban disimularlo al verlo por primera vez, pero Ragnild, princesa de Man, temblaba como una hoja ante él. Cierto era que no esperaba a su nueva esposa así, no sabía siquiera cómo debía ser, ya que no había preguntado por la hija de Olafsson en ningún momento, porque antes de verla le daba igual, era una alianza, un cruce de promesas y un acuerdo que le haría contar con un nuevo aliado. La miró atento a cualquier gesto o paso en falso, si debía conocer sus debilidades o si le era leal, tenía que saberlo cuanto antes.

Entonces, ese hombre de pelo rubio, con cara lampiña de niño y sonrisa curvada, se puso a la espalda de ella, demasiado cerca para su gusto. ¿Lo había mirado con desafío? Somerled supo que aquellas gentes apreciaban a su prometida de verdad, ¿tan evidente había sido su decepción al verla? Se regañó a sí mismo, demasiado tiempo en guerra, planificando, cruzando su espada… su rostro mostraba sus emociones sin ambages. Y lo cierto era que, a pesar de esos ojos grises que hacían apretar los dientes al verlos por primera vez, su cabello del color de la turba y que pareciese tan poquita cosa, Ragnild era bonita, incluso hermosa, con esa piel un poco tostada y los ángulos marcados de su cara. Su boca de mullidos labios, aunque no exuberante, parecía dulce.

Somerled recordó a su padre: «Deja de mirar al cachorro más hermoso, elige al fuerte que te acompañará siempre». Parpadeó dos veces y se centró.

Ante el estupor de sus hombres y los de la princesa, sacó su espada y apuntó con el filo a aquel alfeñique de cara de niño.

—¿Quién eres?

La pequeñaja y altiva de su prometida se situó entre los dos sin dudar, demasiado cerca de la hoja afilada. Estuvo a punto de retroceder, él, que no se achantaba ante el peor enemigo, eran esos ojos que se clavaban en los suyos, desconcertantes y extraños en contraste con el color del pelo que sobresalía de su capucha y su tez tocada por el sol.

—Forma parte de mi guardia. Finn de Man, el capitán de mi padre; Aren, mi doncella; el resto son mis hombres.

Somerled tuvo un instante para procesar aquella voz suya que lo embrujaba. Fue consciente de que se irguió cuan alto era, su prometida le llegaba al pecho y tenía que mirarlo con el cuello estirado.

—Aquí no los necesitas, Ragnild, que vuelvan todos a Man.

Aquel alfeñique de Finn estaba a punto de replicar, cuando ella se giró y, con confianza, le puso una mano en el pecho. Demasiada confianza entre su futura esposa y ese hombre, no le gustaba. Arqueó una ceja. ¿Serían amantes?

—Son órdenes de mi padre, Finn y Aren se quedan conmigo, el resto puede volver a mi hogar; al menos dejad que descansen esta noche y partan mañana al amanecer.

Alistair, su segundo, se adelantó. Era siempre su cometido, ser cordial, en muchas ocasiones lo había salvado de desatar toda su ira, Somerled no se tenía por un hombre de largas conversaciones ni por tener una paciencia reseñable.

—Somerled, creo que deberíamos ser amables con los hombres de Olafsson.

Resopló, no le gustaba ese Finn en absoluto. En cuanto pudiera, se desharía de él sin dudar.

—Entonces, Ragnild, se quedarán solo ellos dos. Mañana al amanecer, después de la boda, quiero fuera al resto, deberán entregar sus armas si quieren entrar en mi fortaleza.

Apreció que la muchacha respirara aliviada y vio cómo levantaba la mano. ¿Pretendía que la acompañara del brazo? Si esperaba modales de caballero, allí no los encontraría, era un hombre de las Highlands. Al final claudicó cuando ella se mantuvo obstinada con la

mano en alto. Hizo una señal a sus hombres para que le guardaran las espaldas y guio el antebrazo de su prometida hasta ponerlo sobre el suyo. Por un instante, se quedó mirando su propia mano, grande y ruda, llena de durezas y grietas, contra aquella diminuta extremidad. Unos dedos finos y elegantes, la suavidad de la piel. ¡Cielos! Su futura esposa no le duraría ni un invierno en Riada.

Intentó subir despacio las escaleras de piedra que los separaban de sus praderas, y cuando Ragnild pudo ver por primera vez su nuevo hogar, ahogó un gemido. Somerled sintió que su pecho se expandía de orgullo. Era impenetrable, las torres cuadradas al estilo normando, altas como aguijones, las ventanas pequeñas para defenderse, la piedra gris y verde de musgo. Seguro que ella estaba impresionada por la seguridad que le daría su nuevo hogar.

Ragnild sofocó un quejido antes de que saliera de su garganta. La pradera verde le recordó a Man, había un denso bosque más allá, pero aquella visión se empañó cuando contempló su nuevo hogar. Piedra negra, en vivo, una muralla altísima que no dejaba ver apenas las torres cuadradas, las almenas demasiado juntas… ¿Aquel sería su hogar a partir de ahora? Una tumba de piedra. Se dijo que no debía ser remilgada, ni juzgar antes de tiempo. Ya tenía bastante con intentar seguir el ritmo de ese hombre y que el brazo no le temblara de forma compulsiva solo por estar apoyada en él. Sus escarpines se hundieron en la tierra, no existía apenas camino al castillo, una masa embarrada serpenteaba por la aldea. Al pasar cerca vio los rostros de los curiosos que los observaban desde las casas. ¿No habría recibimiento a su nueva señora? Al parecer, las cosas en Argyll se hacían de una manera muy diferente a Man.

Para su alivio, nada más pasar la muralla, Somerled la soltó, literal, arrojó su brazo al vacío y fue a dar órdenes a sus hombres para alojar a la guardia que la acompañaba. Lo primero que hicieron fue despojarlos de sus armas y llevárselas.

Perdida junto a Aren en el patio, Ragnild miró a su alrededor en busca de alguien a quien preguntar dónde debía ir.

El patio estaba lleno de animales sueltos, fardos de paja mal atados que tapaban las puertas, restos de comida que los perros roían en las esquinas y niños con las caras sucias que curioseaban a

su alrededor. Todo el caos que reinaba en el patio era tranquilidad en las almenas, donde decenas de hombres patrullaban de forma ordenada.

Al fin, a la carrera, una joven cubierta con una capucha salió de la puerta principal, que debía dar al salón. Buscó con la mirada alrededor y las vio. Aliviada, se apresuró en ir hasta ellas. La seguía otra mujer más mayor, apenas unos años, de la misma edad que Ragnild, con las faldas recogidas.

—¡*Lady* Ragnild! ¡Princesa!

Azorada, la más joven se apartó la capucha tras mirar al cielo y ver que ya apenas llovía.

Ragnild corroboró su alegría inicial al ver su sonrisa y que era bienvenida por alguien en aquel lugar. La joven era hermosísima, como los ángeles que los sacerdotes pintaban en los manuscritos de Iona. De ascendencia nórdica, con toda seguridad, de piel blanca y cabellos rubios. Sus ojos azules intensos le recordaron a los de Somerled. Tras ella, la otra mujer, bajita, se limpiaba las manos en la falda del vestido.

Toda reticencia desapareció cuando ambas hicieron un intento de reverencia. Aren y ella se miraron. Todo en aquel castillo era raro y diferente a la etiqueta que se mantenía en la corte de Man.

—Soy Isobel, la hermana de Somerled, y ella es Morna, nuestra ama de llaves.

Por un instante, Ragnild no supo qué decir, había sido recibida con tanta hostilidad y tensión que no esperaba a aquel ser de luz con una sonrisa maravillosa, ni a Morna, su ama de llaves, que parecía una mujer bondadosa.

—Me alegra tenerte aquí, una hermana, y princesa.

Fue cuando Ragnild reparó en que se dirigía a Aren y no a ella. Se fijó en el ama de llaves y suspiró. De nuevo las habían confundido.

—Soy Ragnild, llamadme así, por favor. —Se adelantó antes de que la confusión llegara a más, y las dos mujeres dudaron por un momento, sonrojadas por su error. ¡Cómo se arrepentía de no haberse vestido como se esperaba de una princesa! Lo de ser alta y distinguida era irremediable, nunca lo sería, pero al menos esperaba

encontrar en esas mujeres unas poderosas aliadas. Se alegró cuando ambas, aún azoradas, se dirigieron a ella.

Su pulso tembló cuando la hermana de Somerled, Isobel, le cogió las manos sin decoro alguno.

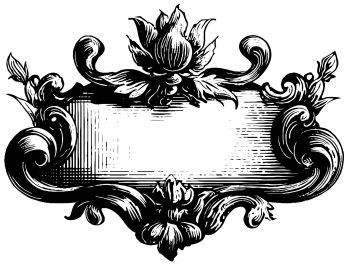
—Lo dicho, ¡qué feliz me hizo saber que vendrías!

Ragnild se permitió, otra vez, relajarse. Esa muchacha era agradable y simpática. Les presentó a Aren, que no podía dejar de ser altiva, lo cual le molestó un poco, si ella podía plegarse a esas nuevas costumbres, Aren debería hacer lo mismo. Cuando el ama de llaves abrazó a Ragnild sin pudor alguno, su doncella y amiga se echó atrás. Sí, tendría que hablar con ella.

Desde la distancia, Somerled observó el encuentro. Le sorprendió que su esposa, tan princesa e importante que seguro había nacido entre caprichos y decenas de sirvientes, se mostrara tan cercana. Ver a su hermana tan emocionada y a su prometida, que se sometía a sus abrazos y parloteo, lo tranquilizó. No así cuando vio a ese guardia idiota engreído y la doncella mirarse con un gesto cómplice de condescendencia. Diría que hasta tenían una sonrisa burlona. No le gustaban nada ninguno de los dos. Parecían ellos los reyes de Man y no simples sirvientes.

Isobel cogió del brazo a Ragnild y esta se dejó guiar al interior del castillo. Somerled frunció el ceño. Su prometida respondía a su hermana cogida de su brazo con… afecto. Sacudió la cabeza, despejando aquellos tontos pensamientos. Nunca se había percatado de esas cosas antes, no podía dejar que su prometida lo distrajera, no hasta que echara de allí a los hombres de Olafsson y descansara tranquilo en su propio hogar.

CAPÍTULO V



Acomodados los hombres, Somerled le ordenó a Morna que les preparara comida; cuanto antes se recuperaran del viaje, antes partirían al día siguiente. Y si podía meter en aquel barco al tal Finn, dormiría aún mejor.

Alistair se acercó a él con una media sonrisa.

—¿Estas nervioso, amigo?

Estaban fuera de los establos, donde habían acomodado a los de Olafsson.

—¿Por qué? Mañana, al amanecer, pondré yo mismo a cada uno de sus hombres sobre la cubierta del barco si hace falta.

Alistair lo miró con una sonrisa.

—Por la boda, idiota.

Somerled cerró el puño y le golpeó en el brazo. Eran como hermanos, tras años de luchas, abriéndose paso entre guerras y escaramuzas, conservando sus tierras entre Noruegos y escoceses.

Al ver que no decía nada, Alistair se sentó a su lado en la parte de atrás del carro. Su amigo se apoyaba en la carreta para colocarse las dagas que había usado para cortar los fardos de paja que acomodarían en el establo para los visitantes.

—No era lo que esperabas, tu princesa, no puedes ocultar nada en esa fea cara.

Somerled sonrió contra su barbilla.

—No, amigo. Pero me alegro, no soportaría que hubiera sido la otra, su doncella, como pensé al principio, es altiva y orgullosa, no me gusta.

—Bueno, a mí sí, y con ella no tienes que casarte.

Somerled elevó los ojos al cielo. Su amigo se había prendado de la doncella.

—¿Viste sus ojos? Ragnild es… diferente.

—Yo he visto algo más en ella, Somerled, es decidida, no dudó en hacerte frente cuando vio que echabas a su gente, y valiente, no muchas mujeres se atreverían a contradecirte… Creo que deberías darle una oportunidad.

—Lo dices como mi *tainister* o como amigo.

—Como amigo —dijo al ponerle la mano en el hombro—. No pienses solo en la alianza que ella trae con Olafsson, será con ella con quien compartas tus días y tus noches, no con su padre. Alianza o no, intenta ser un buen esposo, tal vez te sorprenda. El cielo sabe que nadie merece más que tú tener una familia.

Somerled se sorprendió, él y Alistair no solían hablar de esas cosas, lo decía con toda sinceridad, y tuvo que coger aire. ¿Una familia? Con ¿la bruja? Ni siquiera había pensado en eso. Era cierto, sería la mujer que lo acompañaría el resto de su vida. ¿Se había precipitado al sacrificar su vida por esa alianza?

«Haz lo que sea para salir siempre victorioso, incluso sacrificar tu alma al diablo». Las palabras que recordaba de su padre se lo dejaron claro. Se casaba por alianzas, por poder, no por buscar una esposa de verdad. Debía mantener la mente serena y perseguir su objetivo.

Alistair le indicó silencio con un gesto. Estaban junto a los establos y se oían las voces de los de Olafsson dentro. Ambos escucharon. Los hombres, ya solos, se habían relajado. Morna les había avisado de que, después, fueran al salón, celebrarían una cena en honor de Ragnild.

—La bastarda ha conseguido al final un buen matrimonio. No son malas tierras, dicen que Somerled es un clan rico.

—No hables así de la princesa —era la voz de Finn. Por una vez, Somerled asintió, tal vez no era tan mal hombre.

—Es la verdad —escucharon a otro—. Tan poca cosa, habrá sido un alivio para el rey conseguir tal alianza. Tú, Finn, siempre la defiendes porque pensabas que algún día sería tuya.

—No digas tonterías, Marcus. Es verdad que no es tan hermosa como Aren o las mujeres de nuestro pueblo, pero es bonita.

—Tiene un buen revolcón —rio otro—. Las curvas donde tienen que estar, pero esos ojos de loba dan miedo.

Alistair, en la penumbra del patio, miró a Somerled, veía como la ira se adueñaba de sus facciones.

Algo crecía en el interior de Somerled, daba igual lo que él hubiera pensado momentos antes, no importaba lo que opinara, la chica no lo merecía. Era bonita, tal vez demasiado frágil para vivir en Riada, pero solo él podía decirlo. Iba a ser su esposa, maldita sea.

—¡Y tiene buenas tetas! —dijo otro.

—De bruja bastarda. ¡A saber quién era su madre!

Fue lo que colmó la paciencia de Somerled. No podía escuchar como ofendían a Ragnild una y otra vez. ¿Así era cómo le ofrecían su fidelidad?, era la hija de Olafsson, la princesa de Man, y para ellos era una bastarda acusada de bruja. Menos mal que él no creía esas tonterías, pero su pueblo sí. Si los rumores, si lo que decían esos hombres llegaba a su gente, los predispondría contra su señora, porque era lo que sería en cuanto se casara con ella. No podía jurar amor, ni siquiera cariño, pero esa mujer sería la señora de sus tierras y la madre de sus hijos.

—¿Dónde vas, Somerled? —intentó detenerlo Alistair.

Se levantó con una apariencia de falsa tranquilidad, con los puños apretados a los costados y las venas del cuello hinchadas.

—A echar ahora mismo a esos perros de mi casa. Si no tienen la decencia de respetar a la dama, no merecen ni mi techo ni mi comida.

Alistair no intentó disuadirlo. Por una vez, Somerled tenía razón. Hablaban con desprecio de Ragnild. Se preguntó si la princesa sabría lo que se decía a sus espaldas en su propio hogar.

Somerled ni siquiera desenvainó, hizo una señal a sus hombres, los que aún seguían en el patio, y estos respondieron al instante, lo siguieron a él y a Alistair al interior de los establos. Al entrar, los hombres de Olafsson dieron un respingo, muchos echados sobre el heno ya descansando, otros medio desnudos se quitaban las

protecciones. Somerled los miró a todos y cada uno, se detuvo en Finn, el jefe de todos ellos, el custodio de Ragnild.

—Jefe Somerled —intentó pedir explicaciones.

Somerled lo miró impasible. Cruzó los brazos sobre el pecho, las piernas abiertas y afianzadas, dispuesto a sacar a esa mierda de sus establos a golpe de espada. No, a Finn no lo mandaría a casa, era la condición que Olafsson había puesto, que permaneciera en Argyll un tiempo, el suficiente para saber que su hija se adaptaba a su nueva vida. Jodido Olafsson. Quería a su hija de verdad, ¿qué pensaría de lo que él y Alistair habían escuchado?

—Rey.

Lo aclaró al momento. No le gustaba llamarse así, sino Señor de Argyll y Bute.

—Disculpad, rey Somerled, ¿ocurre algo?

Su paciencia era como un ovillo de hilo, si alguien tiraba, y no era demasiado fuerte, no se rompía; pero en cuanto alguien daba dos tirones, la colmaba.

—Todos fuera —dijo. Al ver que los Olafsson lo miraban sin comprender, suspiró hondo—. ¡Todos fuera de mis tierras! Si no estáis en los barcos en una hora, mataré al que siga aquí.

El bramido hizo temblar las paredes del establo, los caballos de los invitados se alteraron, no así los suyos, que estaban acostumbrados a la guerra y los gritos.

Sus hombres dieron un paso adelante, amenazantes, y entonces Finn y el resto comprendieron, Somerled los echaba.

—Pero la princesa…

Se giró hacia Finn.

—Si la princesa hubiera escuchado lo que yo, os echaría ella misma; y si lo hubiera hecho su padre, estaríais muertos.

Fue entonces cuando cundió la prisa, los hombres se amontonaban para recoger sus cosas, las espadas de los de Somerled les seguían los cuellos, dispuestos a cercenarlos.

—Nuestras armas… —apuntó con terror uno de ellos.

—Serán el regalo de bodas de la princesa Ragnild, podéis explicarle al rey Olafsson por qué me las quedé, quizá tengáis el valor de contarle que habéis humillado a su hija ante su prometido.

Finn, que comenzó a recoger como los demás, levantó la cabeza, retador, no pensaba dejar sola a Ragnild.

—Tú no, cobarde. —Somerled lo señaló con su espada, se tomó la molestia de desenvainarla para dejarle claro a aquel crio idiota quien mandaba—. Tú te quedas, el rey Olafsson así lo quiere.

Por un momento, vio el miedo en esos ojos azules aguados, pensaba irse; lo odió al instante, lo poco que había ganado con él al defender a Ragnild, lo había perdido al querer huir con los demás. Él jamás hubiera dejado a su señora a su suerte por mucho terror que le produjeran sus huéspedes.

Asintió, consciente de que aquello no era una bravuconada, Somerled iba a matar a esos hombres si no se marchaban al instante. Otra vez enrojeció, de alguna manera, Somerled o sus hombres habían oído la conversación de los guerreros. ¿Y si se lo contaba a Ragnild? Esas cosas le afectaban, no creía ni que la princesa supiera que su propia gente la llamaba bruja bastarda.

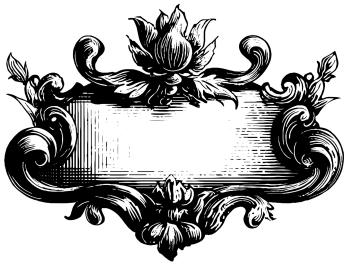
—Tu prometida se va a enfadar al no ver a sus hombres. Tal vez tengas que explicárselo si no quieres tener problemas.

Alistair y los hombres escoltaban a los de Olafsson fuera de las murallas, Somerled iba con ellos, si hacía falta, los dejaría desnudos en las barcazas y si no se resistían, tal vez vivieran todos.

—Ella no opina, ni ordena, ni juzgará mis órdenes. Nunca.

Renegó ante las palabras de su amigo. Somerled no tenía ni idea de lo mucho que le había afectado ya esa muchachilla. Jamás lo había visto reaccionar así a un insulto y menos si no era para él.

CAPÍTULO VI



Ragnild siguió a Isobel al interior, unos guerreros les abrieron las puertas del salón y les sonrió. Ellos ni la miraron, la vista al frente. Mucho se temía que tendría conflictos con la hermana de Somerled, al parecer, ella y el ama de llaves, Morna, llevaban el castillo. No quería empezar su vida allí con un enfrentamiento con su cuñada.

Entonces se quedó sin respiración. El salón era enorme, mucho más grande que el de su hogar en Man, y oscuro, y lóbrego, y sucio; los perros yacían junto a la gran chimenea, alrededor de sus propios orines, el fuego casi extinguido, sin atención. En las paredes, los tapices se deshacían por partes, descoloridos. Las velas, casi apagadas, la cera caía sobre la gran mesa en forma de u, y restos de comida permanecían abandonados sobre la madera y en el suelo. Los bancos estaban mellados y una niña agitaba una escoba de un lado a otro, como si barriera; sin embargo, no hacía más que levantar el polvo. Ragnild la siguió con la mirada, y vio como dejaba un montón en un extremo del salón.

—Si tu prometido no nos mata, lo harán las ratas, Ragnild.

Aren lo susurró en su oído, pero tanto Isobel como Morna debieron escucharlo, por su forma de agachar la cabeza y palidecer. De hecho, Ragnild dio un respingo cuando, por delante de ellas, atravesaron a la carrera dos roedores sin ningún pudor. Odiaba a las ratas desde niña, no pudo evitar sentir un escalofrío.

—Perdona el estado en que está todo, Ragnild, vine hace unas semanas para preparar el castillo, pero es inútil, Somerled no me hace caso, los hombres tampoco, son unos cerdos ingratos que no permiten que esto esté limpio. No tienes que preocuparte, no he

dejado que nadie entre en tus aposentos, entre Morna y yo hemos conseguido que, al menos, eso este limpio —su voz se fue apagando al tiempo que Ragnild caminaba hasta el centro de aquel salón—. Me alegro de que ya estés aquí, Ragnild. A mi hermano le hace falta alguien que… bueno, que… ¿lo ayude con estas cosas? Yo soy un desastre.

No, Isobel no sería un problema, no habría discusiones acerca de quien llevaría la casa. Ni Isobel ni Morna eran capaces de mantener el orden y la limpieza de aquel lugar. ¿Con qué hombre se había casado que permitía aquello? ¿Vivir entre porquería y orines de perro? Aren parecía no querer ni pisar el suelo de piedra sucio, y lo cierto es que ella tampoco, ¡qué diablos!

—¿Y dónde vivías, Isobel? Has dicho que llegaste hace unas semanas.

Ragnild pensó que quizá había otro castillo, otro donde no se respirara ese hedor, uno bonito, de grandes ventanales por los que entrase la luz y el aire limpio a todas horas.

—He vivido en un monasterio, Somerled no creía apropiado que viviera en Argyll con solo hombres a mi alrededor. —Le cogió las manos con verdadero afecto—. Has sido mi salvación, Ragnild, aquello era muy aburrido, y no tengo vocación alguna.

Morna carraspeó angustiada de que Isobel siguiera contando sus desgracias a la prometida de su señor.

—¿Cuánto tiempo llevabas en el monasterio?

—Cinco años. Desde la muerte de mis padres. Morna vivía en la aldea, pero una vez que llegué, se mudó aquí, al castillo, para estar conmigo.

Ragnild pensó que si era más joven que ella, por sus gestos y forma de hablar, unos pocos años… debió de entrar en el convento de niña. Ni siquiera sabía que Somerled no tenía padres. Y ya puestos, que tenía una hermana. Ni que vivía entre la mierda de perros y hombres.

Era consciente de que su cara horrorizada era igual a la de Aren. Ella había perdido a su madre de niña, pero siempre había vivido entre mujeres, los sirvientes de Man eran disciplinados; Inge, su madrastra, se encargaba de ello, se respiraba el aroma de la

pradera, flores siempre adornaban el salón; todo, en resumen, era limpio y ordenado, se vivía en paz. Innumerables sirvientes cumplían su cometido.

Junto a la chimenea, uno de los perros se enzarzó con otro en una pelea por un hueso, temió echarse a llorar.

—Isobel, Morna, no hay nada que no se pueda arreglar —les dijo a las muchachas, que, azoradas, se retorcían las manos.

—¿Hasta la inmundicia?

Regañó a Aren con la mirada, debía ser ella quien se llevara las manos a la cabeza, horrorizada, y no su amiga. Tal vez la había consentido demasiado, nunca lo había pensado, pero ahora que se mostraba huraña y quejicosa se preguntó si siempre había sido así. Isobel era muy niña todavía a causa de vivir en un convento, y Morna había sido incapaz de rebelarse a su señor.

—Vamos, Isobel, Morna, mostradme los aposentos, seguro que son preciosos.

Isobel sonrió esperanzada. Ragnild sintió deseos de abrazar a la muchacha, no le había engañado su primera impresión de ella, era un ángel en mitad de aquel infierno, nunca había tenido una hermana. Supo que Isobel y ella serían grandes amigas cuando, ilusionada, la condujo por las escaleras hacia el piso superior sin dejar de hablar.

Su cuñada no les había mentido, le dieron a Aren unas habitaciones sencillas en el primer piso, no eran muy grandes, pero estaban muy limpias y ordenadas. Su baúl ya estaba colocado y su cama preparada. Los aposentos de Ragnild eran inmensos, un enorme estandarte del clan decoraba una pared, muebles sencillos, toscos pero prácticos. Enseguida atravesó la estancia y apartó las pieles para que el aire fresco llenara sus pulmones, por un momento contuvo el aliento, a su derecha veía el mar, tan gris ese día como las nubes que se reflejaban en él. Hacia el otro lado podían verse las interminables colinas verdes, el bosque que antes había visto. Los árboles agitaban las copas al vaivén de la brisa del mar. Le pareció un paisaje hermoso, casi como un grabado, de colores extremos y una naturaleza salvaje, como él. Somerled.

Vio como su prometido y sus hombres regresaban de los acantilados, la playa no se veía desde allí, no parecían muy contentos. Somerled los dirigía en su caminata, a su lado, su *tainester*, Alistair. Le caía bien ese hombre, además de Isobel y Morna, era el único que la había recibido con una sonrisa y la había hecho sentir bienvenida.

Isobel la dejó a solas y se sentó en la cama, alguien se había ocupado de avivar el fuego de la estancia y se estaba bien allí. Pensó si Somerled dormiría con ella al día siguiente, cuando se casaran, o tendría su propio aposento. Aquella parecía la habitación más grande de la torre, desde allí se podían ver todas las tierras, tal vez le había cedido su lugar. Negó a solas, con la cabeza, Somerled no parecía el hombre que se preocupara por esas cosas, no parecía ni romántico ni atento, y ni siquiera sabía su nombre. Somerled era el nombre del clan, de alguna manera lo tendrían que llamar su hermana o sus amigos. Tendría que preguntarle a Isobel, e intentaría no ponerse a temblar como una hoja cuando volviera a verlo. Su prometido tenía un aspecto feroz, temible, peligroso, no parecía tener mucha paciencia ni ser muy amable; sin embargo, veía el respeto que inspiraba en sus hombres, a quienes ordenaba con una sola mirada. Todo lo sucio que estaba aquel lugar era igual de seguro. Ragnild había apreciado lo cuidados que estaban los caballos, la fragua no se apagaba, las patrullas recorrían sin descanso las murallas. Más hombres vigilaban las playas y marchaban por las colinas en grupos. No, Somerled no descuidaba la seguridad en absoluto, aunque viviera de esa manera.

Isobel estaba ante su puerta antes de la hora de la cena, Aren acababa de peinar un alto moño con su ondulado cabello negro cuando entró en silencio. La hermana de Somerled era observadora y curiosa en extremo, parecía tan sensible como bondadosa, su rostro no engañaba, tenía una inocencia abrumadora que igualaba a su belleza.

—Morna me envía a avisarte, mi hermano espera en la mesa a que bajes.

—Lo siento, creo que nos ha llevado más tiempo del que imaginaba instalarnos.

La hermana de Somerled vio el magnífico vestido azul grisáceo que Aren había extendido sobre la cama, al día siguiente era la boda, y Ragnild estaba aterrada. No tendría con ella a su padre ni a sus hermanos, al menos, los hombres de Man serían testigos y llevarían la noticia a Olafsson. Le alegraba que se les permitiera quedarse, aunque solo fuera un día más.

—Es un vestido precioso —susurró Isobel al acercarse a tocar la tela.

—¡No lo toquéis! Me ha llevado horas hacer que quede de nuevo liso.

Ragnild regañó con la mirada a Aren, de verdad que tenía que hablar con ella. Esa era la nueva vida que llevaría, sería su doncella y amiga los próximos años; por primera vez, pensó si había sido buena idea traerla a Argyll.

—Cógelo, Isobel, no se va a deshacer —dijo sonriendo.

Isobel lo cogió con el aliento contenido, tocó con reverencia las pequeñas perlas engarzadas en la falda.

—Es maravilloso, Ragnild —contestó agradecida. Con sumo cuidado, lo dejó en su sitio; de reojo, miró a Aren mientras lo hacía.

—Vamos, Isobel, bajemos, no hagamos esperar a tu hermano.

Aparecieron en el salón cuando se acababan de servir los vinos y las primeras bandejas se dejaban en la misma mesa grasienta que habían visto antes. Ragnild vio a Finn en un extremo, la miró con una mezcla de arrepentimiento y bajó el rostro hacia su copa. Somerled estaba en el centro de la mesa, bebía con los hombros hacia adelante, la cabeza hundida entre ellos, Ragnild pensó que parecía, con aquellos anchos hombros y la camisa remangada, como si fuera un guerrero en una taberna.

Vio a Alistair, la mesa llena de rostros desconocidos y los huecos que habían de ocupar Isobel, Aren y ella. ¿Y sus guardianes?

Respiró hondo, alguna razón debía haber para que sus hombres no estuvieran allí, Finn fue a levantarse para ir a su encuentro al ver que Somerled no levantaba la cabeza. Entonces lo hizo. Un movimiento, como si se tratara de una bestia salvaje, una mirada que congeló a Finn en el sitio e hizo que se sentara de nuevo.

¿Tan temible era su prometido que ya había dejado temblando a Finn, el mejor guerrero de su padre? Esperó entonces que la mirara, pero la vista de Somerled volvió a la jarra de vino, entre sus manos.

Ragnild se irguió cuanto su baja estatura le permitió, echó los hombros atrás y con la barbilla en alto fue hasta la silla vacía al lado de él. Con una señal le indicó a Isobel y Aren que hicieran lo mismo y se sentaran. Allí no había caballeros que se levantaran a su entrada. En la mesa, los hombres de Somerled bebían y comían sin prestarles atención. Cuando llegó junto a él, le dieron ganas de tratarlo como a sus hermanos y darle un buen golpe en el cogote. Se contuvo y se sentó sin más. Colocó su falda, se había vestido con esmero, peinado con un moño cuando le gustaba llevar el pelo suelto o en una trenza, todo para impresionar a ese bruto.

Un sirviente trajo cerveza y la echó en su copa, no lo esperaba; en su hogar, las mujeres solo tenían permitido beber vino aguado. Asintió al muchacho, apenas un niño, y este le devolvió la sonrisa. Las gentes de Argyll no eran diferentes a las de su hogar, sonreían, bebían y charlaban, se sonrojaban y se miraban igual. Isobel, desde el lado opuesto, la miraba azorada. No era el recibimiento que podía esperar cualquiera, fuera o no la prometida del señor.

Somerled seguía sin levantar la mirada, demasiado concentrado en algo que se movía en su jarra. Si así sería su vida allí, no tenía sentido ser formal.

—¿Y mis guardias?

Solo entonces él levantó la mirada, como si se sorprendiera de que su voz estuviera tan cerca. Ni siquiera se había percatado de que estaba a su lado. Ragnild, incómoda, se aproximó a él, intentaba no rozarse con aquella mesa repugnante.

—Los he echado de mis tierras.

Ragnild se quedó pálida. Esperó que continuara, pero él se giró hacia su hermana para decirle algo ¿Sin más? ¿No habría explicación de ningún tipo?

—Esperaba que se quedaran para la boda. Me decepciona que los hayas echado, ¿qué pensará mi padre?

Entonces se dignó a volver su atención a ella. Aquellos ojos azules oscuros la observaron por primera vez desde que había entrado. Se

detuvieron en su peinado, en su cuello, en las perlas que adornaban su escote.

—Que soy muy mal anfitrión.

Y volvió a ignorarla. Con un ademán, hizo que su hermana cambiara el sitio con Alistair. Isobel encogió los hombros, resignada. Ambos se enzarzaron en una conversación acerca de una escaramuza en las fronteras con Escocia.

Ante Ragnild humeaba una fuente que desprendía un olor a carne de caza, desagradable, no pensaba probar aquello. Fue a coger el pan y al partirlo con los dedos vio un rastro verde en él. Ni siquiera se podía comer en aquel sitio. Dejó el pan con un golpe en la mesa. No había sido malcriada, su padre se había ocupado de ello, había trabajado en labores del castillo como el que más, había aprendido a manejar la daga y el arco; no, no era una princesa de huesos frágiles y mente hueca, y no era para nada lo que le ocurría al sentir que las lágrimas acudían a sus ojos. ¿Había echado sin consultarla a sus hombres? Por lo menos, Finn y Aren estaban con ella. E Isobel, la joven parecía estar pendiente siempre de ella o de si hacía algo que desagradara a su hermano.

Se levantó, demasiado enfadada con aquella enorme espalda de Somerled. Se despistó por un instante, miró los músculos que parecían querer reventar la tela de su camisa, sus anchos hombros. Era un hombre hermoso, y un patán arrogante, ¿creía que la trataría siempre con ese desdén y se dejaría avasallar?

Al sonar su banco, él se giró, demasiado tarde para detenerla. Ragnild fue en busca de Finn. La mesa quedó en silencio al atravesar medio salón hasta su guardia y amigo.

—Finn, ¿qué ha pasado con los hombres de mi padre? Realmente, ¿los ha echado?

Azorado, Finn enrojeció. Era un caballero de Man, así que se levantó ante su princesa.

—Es cierto, vuestro esposo los echó, medio desnudos y sin sus armas, solo le faltó darles una patada en el trasero para que montaran en las barcazas.

Ragnild apretó los puños. Al girarse para mirar al culpable, se encontró con un férreo muro de músculos. No hacía falta que fuera

hasta él, Somerled ya estaba tras ella.

—Puedes preguntarme a mí, en lugar de a este alfeñique.

—Eso es lo que intentaba, Somerled, pero, al parecer, no tenías ningún interés en tener una conversación conmigo. ¿Por qué has echado a los hombres de mi padre? ¿Y sin armas?, ¿a medio vestir? ¿De verdad?

La mirada de Somerled fue hasta la de Finn, así que ese hombre no tenía el valor de contarle a su princesa el porqué de aquella decisión. ¿Cómo decirle a su débil prometida que ellos la habían insultado? ¿Y si pensaba que él tenía algo parecido a alma o incluso sentimientos?

—Mis decisiones no se cuestionan, mujer.

Tomó su brazo y la guio lejos de Finn, todo el clan los observaba, estaban extrañados, ¿se comportaría así solo con ella? Esperó a que tomara asiento y volvió a hundirse en su jarra y su comida. Ragnild no sabía qué hacer, así que intentó picotear aquella comida sin sabor, y cuando lo encontrara, esperaba no coger un mal de estómago. ¿De verdad iba a casarse con ese hombre al día siguiente? Debía hacerlo, su padre había dado su palabra, tal vez por eso había echado a sus guardianes, para que no contemplara la posibilidad de escapar, porque bien sabía el cielo que, si no hubiera sido criada en la lealtad a su gente y a su padre, habría salido corriendo hacía horas, pero Olafsson le había dado algo más preciado, el regalo de Thorfinn, la capacidad de decidir si quería quedarse o no tras la boda. Somerled jamás podría encontrarla tan al norte, en tierras de Lewis, donde Thorfinn era el *laird*. Sin embargo, Ragnild de Man no era cobarde, ni se rendía con facilidad.

Miró a su lado y pensó qué haría él si se levantaba y se iba de la mesa. No quería provocarlo, se casaban por la mañana, ¿qué sentido tendría empezar una nueva vida con una discusión? Pero sabía que llegaría, un día u otro, la duda sobre si marcharse o no, cuando él volviera a hacer algo tan desconsiderado como no contestarle o echar a su gente de su nuevo hogar.

Somerled suspiró, la chica estaba roja de vergüenza, por favor, que no llorara, no soportaba ver llorar a una mujer. Fue a tocar su hombro, quizá eso la reconfortara. No quería decirle las razones por

las que había echado a esos malnacidos, prefería que pensara que lo había hecho a sus espaldas a herir su orgullo. Bastarda. No le importaba. Había aprendido a cerrar los oídos a aquella estúpida palabra que estigmatizaba de por vida a una mujer u hombre. Olafsson había omitido aquel detalle de su hija, y no sabía si eso había sido bueno o no, porque desde que lo oyó de los guardianes, cambió su opinión de ella. Ragnild no estaba tan consentida, ni era tan frágil como pensaba. Su mano se quedó suspendida sobre el hombro. ¿Y si le daba una palmadita, como hacía con su caballo?

No llegó a hacerlo, las puertas del salón se abrieron de golpe para dejar pasar, además del frío de la noche, a Magnus. Lo había enviado hacía días a patrullar sus territorios, porque decían que un pequeño ejército se movía por sus fronteras, hasta ahora no habían creado problemas, pero él no mantenía un reino sin sospechar de todo cuanto sucedía en sus tierras.

—¡Somerled, han atacado una aldea!

Se levantó de golpe. Lo que se temía. Si tenía allí a la hija de Olafsson solo otra persona se atrevería a provocarlo. El rey Malcom, el escocés.

—¿Llevan estandarte?

—No. Han atacado, no sé si han huido o solo esperan para atacar más aldeas.

—¡Preparaos! ¡Por Argyll!

Ragnild se quedó muda cuando los puños golpearon la mesa; al instante, todos los hombres se levantaron al unísono. Gritaron de júbilo, los muy necios de los escoceses ansiaban una guerra.

—¿A cuánto está el sitio que han atacado? —preguntó a una sirvienta que había a su lado y contemplaba, atónita como ella, el estallido brutal de los de Argyll.

—A tres días, señora.

Se giró hacia su prometido, si partía ahora, no podría casarse al día siguiente, pero él ya no estaba allí. Tampoco lo hubiera detenido, sabía que la lucha era así, debía salvar a cuanta gente del clan pudiera y eso exigía premura, creció junto a su familia guerrera y el deber de servir al pueblo. Miró a su alrededor, alarmada. No se iría sin despedirse siquiera, ¿verdad? Somerled estaba ya junto a la

puerta. Un muchacho le ponía su *cotum* de cuero, le tendía la espada, una *claymore* que solo un hombre de su altura podría llevar. No se cambió de ropa. Ajustó la espada a su cintura. Ragnild pensó que ni siquiera la miraría antes de salir por la puerta.

Somerled buscó con la mirada a su alrededor, como si hubiera recordado algo, y entonces vio a Alistair.

—No vienes, Alistair.

—¿Qué dices, Somerled? Nunca me he perdido una sola batalla a tu lado. No me quedaré.

Le hizo un gesto, la señaló a ella, se acercó para escucharlos, había creído ver pánico en los ojos de su prometido, ¿qué creía, que lo retendría con llantos y de rodillas? No, es que ni siquiera, a juzgar por su mirada de reconocimiento, se había acordado de ella.

—Quédate, Alistair, cuida de ella. Te necesito aquí —le dijo muy serio—. Y vigila a ese maldito de Finn, no me fio de él.

Alistair asintió, comprendió que Somerled podía disimular incluso ante él mismo, pero esa muchacha le importaba. Su amigo lo miró con intensidad, lo dejaba al cuidado del castillo y de su prometida. Al darse la vuelta, resignado a perderse una buena batalla, casi se dio de bruces con ella.

—Ni siquiera se acuerda de que mañana nos casábamos, ¿verdad?

—Señora, él no…

Le hizo una señal para que callara, muy a su pesar, Ragnild empezaba a comprender cómo sería su vida allí, en Argyll.

Y así, sin más, él se fue. Somerled salió del salón sin una palabra de despedida.

Ragnild desató el lazo del extremo de su recogido y soltó su pelo, enfadada, tiempo e interés perdidos en arreglarse para ese patán.

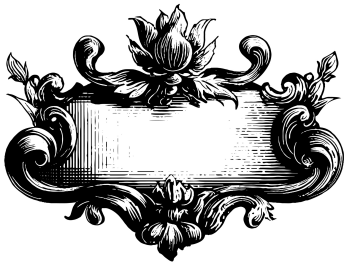
—¡Mi señora! ¡La cena! —la llamó Morna cuando la vio atravesar el salón.

—Echádsela a los perros —contestó sin emoción alguna.

Otra cosa es que se resignara a vivir como él lo hacía hasta ahora. Con toda la dignidad que pudo, no tuvo que disimular demasiado, solo quedaban los sirvientes, Aren e Isobel, fue hasta las escaleras para subir a sus aposentos con la cabeza alta. Todas sus ilusiones

acerca de su nuevo esposo, el último resquicio de que podía llegar a significar algo para él, se deshicieron.

CAPÍTULO VII



Ragnild se levantó con los primeros sonidos del castillo. Había dormido bien, Isobel le había procurado un lecho cómodo y caliente. Se había aferrado en cada vuelta en aquella cama a las mantas de los Somerled. Hoy debía ser el día de su boda. Miró el vestido colocado sobre una madera clavada en el muro, era precioso, un regalo de su padre, bordado con perlas por las monjas de un convento en Man.

¿Y si Somerled no volvía? ¿O se pensaba mejor casarse con ella? ¿Le importaría? Volver a su hogar repudiada sería horrible, habría decepcionado a su padre y su gente.

—No entiendo por qué nos levantamos al alba, este sitio no cambiará por madrugar.

Aren estaba de mal humor, la miró una vez más antes de que Ragnild acabara de vestirse.

—No me mires así, no pasearé por el castillo con delicados tocados.

—¿Qué piensas hacer, Ragnild? ¿Te remangarás esa fea camisa y fregarás tú misma los suelos?

Ragnild acabó de anudarse la trenza y suspiró.

—Es muy probable, y tú también.

Aren la miró con los ojos abiertos como si le hubiera arrojado sapos encima.

—Me gustabas más en nuestro hogar —se quejó, sabía que Ragnild era cabezota y voluntariosa, capaz era de que ambas se pusieran incluso a arar los campos—. ¿Y cuánto tardará tu prometido, el todopoderoso Somerled, en volver?

—No tengo la menor idea. Ese hombre, Magnus, dijo que había vuelto a galope, durante tres días, así que no será pronto. —Suspiró hondo—. De momento, bajemos. Ni siquiera sé cuál es mi posición en este castillo. Todavía no soy su señora, ni tengo poder para dirigirme a los que viven tras las murallas, pero si tenemos que permanecer aquí hasta que vuelva mi prometido, será mejor que averigüemos cómo hacernos la vida mejor. La comida es lo primero, me rugen las tripas.

—No pienso desayunar en esa mesa, creo que podría quedarme pegada a la podredumbre. Prefiero morir de hambre que comer ahí.

—No viviré así, Aren, no me rendiré a vivir entre la porquería, ni a comer pan mohoso.

Aren fue hasta ella y le cogió las manos.

—Pues volvamos a Man, tu padre, en cuanto le digas cómo es tu prometido, te hará volver cuando sus hombres lleguen, expulsados de aquí a patadas. Somerled te ha humillado, ¡no está el día de su boda!

—Sabes que debo cumplir la palabra que mi padre le ha dado a ese hombre. Vayamos a las cocinas a ver qué podemos hacer.

Aren la siguió disgustada y le abrió la puerta, ambas dieron un respingo cuando se encontraron a Isobel en el corredor.

—Os esperaba.

Ragnild sonrió, la muchacha no se andaba con subterfugios, quizá, al ser criada en un convento, no se conducía con la picardía habitual en una dama de su edad. Vestía con sencillez, tal y como lo haría una niña. Incluso los vestidos le quedaban demasiado ceñidos y el bajo de su falda estaba demasiado alto. Se preguntó si la harían vestir con hábitos en el convento en el que había vivido.

Cogió su brazo y bajaron las escaleras seguidas de Aren. Cuando Ragnild giró a la izquierda en lugar de al salón, Isobel sonrió.

—El salón está por aquí. —Pensaba que se había despistado y quiso llevarla al mismo lugar donde habían cenado, el mismo lugar donde Somerled la dejó plantada.

—Vamos a las cocinas, Isobel. Allí desayunaremos más tranquilas.

Pretendía ver en qué condiciones estaba todo, pero no quería herir a Isobel y decirle lo mala que era la vida en el castillo. Pensaba

que nada de lo que pudiera encontrar sería peor que lo que imaginaba; se equivocaba, sí que podía serlo, la cocinera y las muchachas dieron un respingo al verla, dos muchachos luchaban contra el hollín de un horno enorme, tan ancho como era la pared de la cocina. El hueco por el que se desechaban los restos olía a podrido. Al instante, sus botas se quedaron pegadas al suelo, sonrió al notar que Aren la miraba horrorizada. «¿Ves?, por eso me he vestido así». Después de tantos años juntas, no les hizo falta hablar para que Aren torciera el gesto, sabía que llevaba razón. Vio sobre la mesa una tarta de la que comía una de las cocineras y Ragnild le pidió un trozo. La muchacha se lo ofreció con las manos manchadas de harina y no dudó en probarla. Estaba buena, muy buena. El problema no era que no supieran cocinar.

—Señora, princesa, reina…

Ragnild sonrió a la mujer y esta se echó hacia atrás cuando se acercó a ella.

—Es Maisie, nuestra cocinera —soltó Isobel, azorada, hasta ella era capaz de ver como aquel castillo estaba por completo dejado. Somerled había organizado de manera admirable a sus soldados, las patrullas, la defensa del castillo, pero dentro malvivían.

—La misma que quiso ayer envenenarnos.

—¡Aren! —regañó a su amiga—. Maisie, llámame señora, o por mi nombre, Ragnild, nada de princesa ni similar. Me alegra conocerte, he bajado porque tenía curiosidad por saber quién te ayuda con las labores de la cocina.

Maisie pasaba la madurez, sus rasgos escoceses eran evidentes, así como las arrugas de preocupación que se hicieron inconmensurables en su rostro. Sabía bien que se acercaba una regañina.

—Señora —tuvo que concentrarse para decirlo—. No podéis culparme de las comidas, sé muy bien que lo que sirvo no es la comida a la que estaréis acostumbrada…

—Olvidad a lo que puedo estar acostumbrada, por favor. En mi hogar servimos lo mismo que tú harías cada día, estoy segura de que eres una excelente cocinera, si necesitas ayuda, dínoslo.

La mujer la miró atónita, se giró hacia Isobel y esta asintió con fuerza. Por fortuna, la hermana de Somerled no era como él y se prestaba con buena disposición a todo.

Maisie tomó aire, todos sus ayudantes la observaban, ese era su momento y Ragnild lo sabía. Si ella colaboraba, el resto la seguiría sin dudar. No tenía el poder para ordenar qué hacer, pero a la mujer la conocían y harían cuanto estuviera en su mano para complacerla.

—Hay que limpiar el horno, si pudieran meterse dos chiquillos… Vosotros —indicó Maisie a dos pilluelos que se ocultaban en un rincón. Dieron un salto cuando Ragnild les dirigió una mirada.

—Tendremos que apagar los fuegos, los soldados solo comerán sobras —dijo una de las muchachas. Maisie, al verse respaldada por Ragnild e Isobel, asintió:

—Entonces, comerán frío.

—El señor se enfadará —protestó la muchacha de la tarta.

—El señor no está aquí, podremos arreglarnos por un día, Maisie, ¿verdad? ¿Qué te parece?

Ragnild esbozó una amplia sonrisa al ver como el rostro de Maisie cambiaba. Nadie podía decirle que se metía donde no la llamaban. Maisie, con los hombros erguidos como el mejor de los guerreros, empezó a dar órdenes, se tiraron los panes ruinosos, se limpiaron las ollas y las puso a ella y a Isobel a pelar verduras y preparar una sopa. Aren cogió el cuchillo con desgana; poco hacía, pero lo importante es que todos se pusieron a trabajar juntos.

Alistair estaba preocupado por la prometida de Somerled. Estaba sola en el castillo, sin una posición clara, y parecía tan poca cosa, demasiado menuda, con voz cantarina… ¿Dónde se habría metido? Llevaba buscándola un buen rato por el interior, en sus aposentos, en los establos, e incluso en las almenas suspirando por su tierra, al principio pensó que estaría en un rincón, escondida de las gentes del clan. Eran buenas personas en su mayoría, demasiado hoscos para una princesa… Y entonces vio a sus guerreros entrar y salir de las cocinas, ¡cargados con verduras y costales de grano! Ese Finn, el guardián de la princesa, les indicaba donde dejarlos. Alistair siguió a todos dentro de las cocinas e intentó comprender qué locura se había adueñado de todos. Maisie, la cocinera, parecía comandar un

ejército que limpiaba y cocinaba, dos críos salieron del horno tosiendo sin parar y negros como la turba.

Alistair miró a su alrededor, allí no estaba Ragnild. Desde el salón, las risas femeninas llamaron su atención, y, al entrar, un conjunto de traseros sobre la mesa del gran salón lo recibieron. Varias mujeres estaban arrodilladas sobre la mesa, refregando con ambas manos sobre bancos y en la tabla. Atónito, comprobó que sumergían los cepillos en agua y la mesa… ¿era marrón y no negra? Empezaba a brillar.

Por su lado, ese tal Finn pasó con dos cubos y se detuvo junto a una de las mujeres. Alistair lo vio admirar el trasero de una de ellas, hasta que ella se dio la vuelta para darle las gracias. Bajo una capa de mugre en el rostro, el pelo ensortijado y sujeto con un lazo, estaba la princesa, la prometida de Somerled.

—Señora, ¿qué hacéis? —fue lo que se le ocurrió para apartar la mirada de aquel idiota de ella.

—¡Oh, Alistair! Estuve buscándote, pero me dijeron que estabas con los guerreros, entrenando —le aclaró, al ver que estaba atónito —. Pues estamos… Bueno… Ya ves, limpiamos, creo que le hacía falta.

Vio cómo su señora fruncía el ceño y se incorporaba. Iba vestida con la sencillez de cualquier sirvienta, aquellos ojos grises lo hicieron retroceder un tanto, tenía que acostumbrarse aún a ellos. Isobel estornudó y Alistair se fijó en la dulce hermana de Somerled. Ragnild no solo estaba enloquecida, sino que había arrastrado a la joven, la doncella de ella estaba parada con cara de enfado.

—Alistair, no quiero que pienses que yo he ordenado nada, sé que aún no soy la señora, lo hacen porque quieren, créeme. Nos pusimos, poco a poco, y la cosa creo que se ha complicado. —El cabello negro de Ragnild se soltó del recogido al mirar la actividad frenética en el salón. Alistair la miró confundido. Aquella pequeña mujer, que les había parecido dulce y apocada, mantenía a todo el mundo trabajando sin parar. Para ella parecía importante que supiera que no daba órdenes; en realidad, podía hacerlo, iba a casarse con Somerled, tal vez le tenía miedo…

—¡Vaya! Finn, puedes sacar a esos perros del salón, creo que no estarán a gusto con tanta gente, podemos pisarlos.

Él asintió encantado, acababa de darse cuenta, igual que el resto, de que los perros estarían mejor fuera.

—Puedes decirle a ese hombre tan agradable…

—¡Angus!

—Gracias, Isobel, me cuesta recordar cada nombre. ¿Podrías, Finn, decirle a Angus si tiene sitio en los establos para ellos? Quizá si tuvieran una perrera preciosa, no querrían estar ya aquí con nosotros, en verano deben tener mucho calor.

Alistair observó como todos asentían, nadie había pensado hasta ahora en el bien de los perros. Hasta que ella lo había dicho. ¡Cielos! Somerled creía que se había casado con una princesa y, en realidad, lo había hecho con un león, inteligente y diestro en manejar a la gente. Una carcajada se escapó de sus labios y su señora lo miró preocupada.

—Alistair, yo no he ordenado nada a nadie, ¿se lo dirás a Somerled cuando regrese?

Se sujetó el estómago, Somerled no le creería jamás, ni cuando viera su hogar limpio y ordenado, ni que Maisie era mejor dando órdenes que cualquiera de ellos, tampoco que aquel olor que salía de las cocinas hizo que su estómago rugiera de hambre en mucho tiempo, ni que pudiera respirar sin oler a orín de perro. Alistair se quitó el *cotum* de cuero, se arremangó la camisa y le preguntó a Ragnild si veía bien que, con varios hombres, fueran a descolgar aquellos tapices, igual no calentaban tanto como antes, tan ajados. Le comentó que arriba se guardaban hermosos tapices de los antepasados de Somerled.

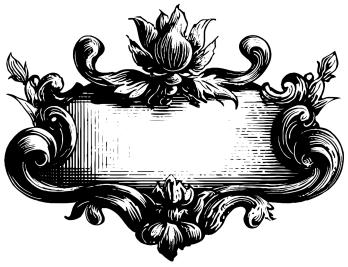
Ella, con una sonrisa, asintió.

—Si crees que es bueno para todos, adelante, Alistair, me gustaría ayudarte, si no tienes inconveniente, claro.

Alistair y los demás pasaron los días bajo las no órdenes de Ragnild, incluso le costó mantener a los hombres en las almenas, todos querían ayudar. Y cuando no les quedó nada que hacer en el interior, fueron a ver la aldea. Tal vez era tener el estómago lleno de

deliciosas comidas, con pan caliente, o que esos días, para extrañeza de todos, había brillado el sol y entrado en el húmedo interior del salón. O que la gente de Man tenía razón y la hija de Olafsson era una bruja. Una que todo el clan empezaba a adorar y seguir, y todo sin una sola orden como señora del castillo.

CAPÍTULO VIII



—Es solo una carta a mi padre.

Alistair se preocupó, si le contaba a su padre que habían pasado más de diez días y no se había casado, que Somerled la había abandonado la noche antes de su boda, traería problemas, pero no podía impedir que la muchacha enviara cartas.

—Alistair, ¿Somerled sabe escribir?

Parecía casual, igual que las constantes preguntas que le hacía acerca de su amigo y *laird*, Ragnild intentaba conocer a un prometido ausente. Alistair iba a mentir, pero no quería que Ragnild supiera que Somerled no se había formado tanto como ella y dejarlo en evidencia.

—No como te he visto escribir a ti, Ragnild.

Ella le había pedido, a él y al resto de los más cercanos, que la llamaran por su nombre; si no fuera por su situación, lejos de su hogar, Alistair diría que la princesa era feliz allí, en Argyll. A juzgar por como hablaban de ella los guardias que la trajeron, en su tierra la trataban, a espaldas de su padre, con desprecio.

—¿Crees que tendrías tiempo para acompañarnos a la pradera? Me gustaría coger flores para los salones.

Alistair puso sus ojos en los de ella. Ya no le producían temor, había notado lo mismo en los otros habitantes del castillo. Sus pupilas tenían un brillo constante, el color gris de sus iris tan inusuales ya no despertaba la extrañeza en ellos. Notó que sus propias mejillas se encendían, había comenzado a adorar a su señora, y la única norma que le había impuesto era que no podía salir del castillo sin su compañía.

No es que no confiara en que estaba segura en las tierras que los rodeaban, es que no se fiaba de su doncella Aren y de ese taimado de Finn. Ambos la seguían a todas partes, pasaba demasiado tiempo con ellos, la mayoría de las veces con Isobel, que se unía al grupo. Veía a los de Man cuchichear, sonreír ante la ignorancia de algunos miembros del clan. No le gustaban en absoluto. Todo lo contrario que su nueva señora. Ragnild era educada con los sirvientes, trataba a las gentes de la aldea con cariño y más de una vez cargaba con cestas de comida hasta alguna de las cabañas cuando se enteraba de que alguna madre estaba enferma. Les llevaba hierbas curativas y remedios, y cuando Alistair le preguntaba cómo sabía esas cosas, ella solo contestaba que todo estaba en los libros antiguos, tenía decenas en Man, afirmaba. Y había tenido mucho tiempo para leerlos.

—Claro, Ragnild —accedió, conforme, para ver su sonrisa; la muchacha había hecho tanto bien en tan poco tiempo que no podía negarle nada—. Vayamos antes de que empiece el entrenamiento con los más jóvenes.

Asintió contenta e Isobel se colgó de su brazo. ¿Era cosa suya, o Isobel parecía más mayor y hermosa?

Con rapidez, Finn se puso a la altura de ellas y las hizo reír con alguna de sus chanzas. A Somerled no le gustaría aquella confianza del joven. Lo cierto es que su señora no daba muestras de percatarse de sus halagos ni coqueteos, pero él sí, y eso le bastaba para no separarse de ella.

Somerled sintió las piernas entumecidas, llevaba a caballo tres días sin descanso. Había dejado a sus hombres atrás hacía horas, y ni siquiera sabía por qué sentía aquella premura por llegar a su hogar. Estaba convencido de que Alistair lo tenía todo controlado. Chascó la lengua, era por aquella pequeña mujer, estaría desecha en llanto, recogida en sus aposentos, temerosa del fuerte carácter de sus gentes. No debería haberse ido, dejándola sin boda ni poder en el castillo, no le había quedado más remedio, no cuando el rey Malcom de Escocia se había enterado de su compromiso con la hija de su mayor enemigo y debía contenerlo.

Vio las torres en la lejanía y sintió tal alivio que tiró de las riendas con suavidad, antes de que su caballo desfalleciera. Un sol poco inusual brillaba en el cielo, las colinas parecían más verdes y tupidas, y el ganado pastaba tranquilo a millas de allí. Sí, Alistair había mantenido todo en orden, no tenía de qué preocuparse. Montaba por el camino y se cruzó con un aldeano que lo saludó con un gesto demasiado alegre, Somerled acarició las crines del caballo con agradecimiento por llevarle de nuevo hasta su hogar.

En su camino encontró a uno de los campesinos en su carro.

—Mi señor, dadle por favor las gracias a la señora. Al amanecer vinieron sus hombres y repararon la rueda del carro. Esa mujer es una bendición del cielo, señor.

Asintió desconcertado, ¿la señora? Isobel. ¿Habría al fin tomado la confianza necesaria para tomar decisiones? Siguió su camino, cada vez más intrigado, alguien había despejado las ramas del camino y rellenado los surcos que dejaban los carros tras las lluvias.

—¡Señor! —lo llamó una aldeana que caminaba a la orilla del sendero—. La señora nos ha dado pan recién hecho para nuestros pequeños, ¡gracias por traerla!

Somerled estuvo a punto de detener a la mujer y preguntar de dónde había sacado un pan tan apetecible, no podía ser del castillo. Frunció el ceño, pensativo.

Hasta que escuchó aquellas risas.

Se detuvo en el camino, estaba a apenas una milla del castillo, aquella voz clara y cantarina llamó su atención. Era ella, no había duda, su voz se había quedado grabada en su memoria, al igual que esos ojos y su cabello negro. Salió del camino y observó los campos. Alistair estaba bajo un árbol, al comienzo del bosque, con los brazos cruzados sobre el torso y cara de pocos amigos.

Somerled siguió su mirada, una cabeza se levantó y pudo ver el brillo azulado que creaban los rayos de sol sobre la larga trenza de su prometida. Ragnild llevaba en las manos un ramo de esas insignificantes flores blancas, a su lado estaba esa mujer, su doncella, y junto a ellas, ¿esa era su hermana? Isobel parecía cambiada, lucía un hermoso vestido azul y el pelo adornado con una corona de flores frescas. Somerled podía haberse deleitado con

aquella imagen de Ragnild, un hada entre las altas hierbas y flores de otoño, vigilada como debía por Alistair, su amigo debía estar cansado de aquellas pequeñeces. Lo cierto es que había esperado encontrarla hundida y marchita por su partida, pero algo se alegró en su pecho, parecía contenta. Entonces, como si algo la hubiera detenido, cayó de golpe al suelo. Somerled espoleó a su caballo. Algo había hecho que Ragnild cayera, ¿un animal la había atacado?

Al instante se detuvo. Ragnild volvió a salir con una carcajada… y tras ella, ese hombre del rey Olafsson, Finn.

Sintió la ira inundar sus venas, el pálpito sobre las sienes, los puños se aferraron a las cuerdas de cuero hasta que los nudillos se volvieron blancos. ¿Qué demonios había hecho Ragnild mientras él defendía el reino de ambos? ¿Retozar con ese maldito idiota?

Alistair lo vio, y Somerled a él, avanzar a su derecha. Intentaría detenerlo, pero, maldición, no pararía, le iba a meter a ese niñato el puñetazo que merecía, debía haberlo echado con el resto de los hombres de Olafsson, y ahora reía con su prometida con una confianza que lo llevó a tocar su codo.

—¡Somerled! —gritó Alistair, para detenerlo. Al ver descabalgar de un salto a su amigo y desenvainar las dagas de sus botas.

Somerled no se detuvo, ni cuando Ragnild, sobresaltada por el grito de Alistair, se giró hacia todas partes hasta que lo vio. Sentía tal ira que no vio sus ojos llenos de alegría, ni la sonrisa que le dedicó, no apreció como ella pronunciaba su nombre en un susurro. Somerled solo veía a un hombre que tocaba el brazo de su prometida, e iba a matarlo.

Fue entonces cuando Ragnild se percató de los cuchillos en sus manos y frunció el ceño al verlo caminar hacia ellos. Se acercó a su encuentro, primero despacio; cuando sus ojos encontraron el azul de los de Somerled, supo que estaba furioso, y miraba a ¿Finn?

Iba a matarlo. Ragnild lo vio en su mirada y sintió miedo. Por ella, por Finn, por todos los que estaban allí, si no ¿por qué Alistair corría hacia ellos?

—Somerled, ¿qué haces? Guarda tus cuchillos.

Había llegado ante él, apenas la miró cuando rebasó su posición y fue a por Finn. Había que decir que su amigo mantuvo la posición a

pesar de que su rostro mostraba un terror reverencial hacia Somerled.

Entonces, Isobel se interpuso entre su hermano y Finn.

—No sé qué has pensado, Somerled, pero ella no es como era madre. Te lo juro, hermano.

Ragnild lo escuchó, preocupada, sin saber qué significaba aquello, pero Isobel lo detuvo en seco. Estaba segura de que Finn podía haberse orinado encima. Alistair llegó junto a ellos y cogió el brazo de Somerled.

—¡Amigo! ¡Cuánto me alegra tu vuelta! ¡Finn, ve a decirles a todos en el castillo que el señor ha vuelto!

Finn miró por un instante a Ragnild y esta asintió para que se alejara cuanto antes.

Alistair le dio un suave golpe en el hombro y Somerled reaccionó al fin. Acababa de alejar a ese hombre de él y se giró furioso.

Ragnild y su hermana lo miraban atónitas

—Bestia salvaje —susurró Aren en noruego. No lo bastante bajo para que Somerled no lo oyera.

Miró las dagas en sus manos, ante su esposa y su hermana, y las guardó de nuevo en sus botas.

—¿Qué crees que hacías retozando en la pradera con otro hombre?

Ragnild abrió la boca para protestar cuando Somerled la cogió del brazo y al zarandeó.

—Habíamos salido a por flores, no quiero pensar en lo que dices —contestó Ragnild, e hizo, de un tirón, que la soltara.

Somerled dudó, ¿dónde estaba aquel pajarillo asustado de hacía unas semanas?

—Finn es mi amigo, mi protector, mi guardia personal desde que tengo recuerdos… Si insinúas que…

—¡No lo insinúo, es lo que he visto! —vociferó Somerled por encima de su voz.

Ragnild se preguntó qué demonios le pasaba a ese hombre, la dejaba ante el altar, sola en un lugar desconocido, y ahora, sin ni siquiera un saludo, la acusaba de tener un amante.

—Somerled.

—¡Cállate, Alistair! —le ordenó.

Ragnild apretó la mandíbula, su ceño se encogió sobre la piel y sintió la cara arder. Sentía que si cedía al terror que le producía él cuando se enfadaba, su relación con Somerled sería la de un señor con su súbdita. No pensaba hacerse pequeña, de ninguna manera retrocedería ante él. Sería mejor que lo que hubiera de pasar aconteciera.

—No soy tu esposa, todavía.

—Eres mi prometida.

—Pero no tu esposa. —Ragnild se negaba a ceder, su prometido no la había dejado explicarse y, ahora, simplemente no quería.

—Tengo obligaciones y no pensaba dejar todo a un lado por una estúpida chiquilla que solo quiere pronunciar los votos. ¿Quieres que nos casemos para acabar esta conversación, princesa? Porque una vez te haga mi esposa…

Oh, eso dolió. Ragnild irguió los hombros. Somerled le sacaba más de una cabeza y levantó el cuello. ¿Princesa? ¿Como si fuera una malcriada? Había trabajado sin descanso durante casi tres semanas, todo para hacer del hogar de ese bruto un sitio en el que poder vivir y no morir de hambre, y ahora aparecía con gritos, sus armas enarboladas contra sus amigos y una arrogancia digna de un gañán.

—¿Quieres mandarme, ordenarme, mantenerme encerrada en tu mugre de castillo? ¿Piensas que un matrimonio me pondrá una cadena en el cuello? ¡Adelante! ¡Vamos a casarnos! ¡Comprueba por ti mismo que no cambiara nada, no me someteré a ti, Somerled!

Somerled apretó los puños. No podía permitir que esa mujer le hablara así, ni ahora ni nunca.

Volvió a coger su brazo y la llevó casi a rastras hasta su montura. Ragnild no se resistió, sino que miró hacia atrás y tranquilizó con la mirada a Alistair y a Isobel. Aren fue tras ellos, furiosa.

Con muy poca delicadeza, la subió a su caballo, Ragnild se sintió pequeña a tamaña altura, nunca había montado un caballo de guerra tan magnífico y fuerte. Somerled rozó su muslo y ella le advirtió con la mirada. Por alguna razón, Ragnild se dio cuenta de que había dejado de temblar cuando vio que Somerled no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria, no había visto en sus

ojos más que una desolada desesperación. No sabía qué hacer con ella si le contestaba y lo enfrentaba.

Se había dado cuenta. Celos. ¿Era posible que Somerled de Argyll hubiera sentido celos… de Finn? Por fortuna, él ya había montado tras ella y no pudo ver su sonrisa. Somerled se había dejado dominar por los celos. ¿Significaría para él algo más que una alianza? Puede que fuera su orgullo, no quería que la gente pensara mal de ella, en todo caso, ese bloque de granito que tenía a su espalda sentía bajo su *cotum* de cuero.

—¡Alistair! —gritó desde el caballo antes de irse—. ¡Ve en busca del sacerdote! Vamos a darle a la princesa lo que desea, una boda.

Ninguno le contestó, porque en ese instante azuzó el caballo al galope. Ragnild, ante el arranque del animal, se pegó a su torso con torpeza, sintió que le golpeaba en la barbilla con la cabeza y lo escuchó bufar molesto. Si supiera lo que pensaba de él en esos momentos, detendría el caballo y dejaría que se bajara.

¿Princesa? ¿Muchachilla? Intentó separarse de él, rígida como una tabla; no se lo permitió, Somerled sacudió las riendas y tuvo que quedarse pegada a su torso. Sentía en la espalda su calor, hasta el roce de sus cabellos rubios entremezclados con los suyos. Al ver que no la dejaría tomar distancias en aquella montura, se recostó contra él. ¿Habrían sido celos? No podía ser, eso significaría que le gustaba. Recordó su expresión en la playa al verla, su decepción en el rostro, ¿y si llegaba alguna vez a saber lo mucho que la ofendían en su propio hogar? Entonces se avergonzaría de ella del todo, no solo por su apariencia física, sino porque Olafsson no le hubiera dicho que era una bastarda, una hija no reconocida en la línea del trono; por mucho cariño que su padre le tuviera, no le había dado un papel en el cual dijera que era su padre. Eso supondría que si algo les pasaba a sus hermanos, Man y el resto de los territorios podrían ser de ella. Su padre la quería, a veces hasta la sonrojaba ver que cuanto pudiera imaginar, él se lo daba, pasaban horas juntos y la escuchaba como si fuera un varón, pero no la reconoció nunca. Tal vez porque Inge, su madrastra, la hubiera matado con sus propias manos antes de permitirlo.

Se acercaban a las murallas, Ragnild intentó darse la vuelta para hablar con Somerled, sin embargo, él pasó el brazo por su cintura para inmovilizar su cuerpo, apresado contra el suyo. Lo hizo con suavidad, como si el galope le hubiera dado cierta paz, notó que habían tomado el camino más largo hacia la fortaleza en lugar de atravesar la pradera. Ragnild elevó la mirada cuando pasaron bajo la barbacana y los guerreros, atónitos, se asomaron por el hueco a verlos. Alistair debía de haber llegado unos instantes antes y dado la noticia, todo el clan Somerled se asomaba a las almenas, las ventanas, salían de los establos o la herrería para recibir a su señor. Muchos se apartaron al ver que entraba en su caballo apenas contenido el galope. Ragnild quiso gritar cuando, de manera abrupta, se detuvo ante la pequeña capilla en el patio. ¡Seguía obcecado! Alistair estaba con el sacerdote, trataba quizá de explicar al anciano lo que ocurría.

Somerled bajó del caballo, agarró su cintura, en verdad era delicado al cogerla, y la miró, como si esperase que ella se hubiera retractado de sus palabras. ¿Lo había hecho él? No. Ragnild no era su criada, ni su esclava, ni siquiera su esposa, era lo único que quería decirle, y si no hubiera sido tan bruto, le hubiera dicho que le sería fiel aunque él jamás pronunciara los votos; cuando daba su palabra, era para siempre. Jamás le sería infiel. Confundida por su tenacidad, negó con la cabeza.

La llevó de la mano, Ragnild empezaba a cansarse de aquella situación que ambos habían propiciado: «¿quieres casarte?», «¿quieres tú casarte, Somerled?» «Qué tonterías», pensó disgustada mientras Alistair se llevaba al sacerdote dentro. Aren e Isobel llegaron en ese momento. Finn, sabiamente escondido en el patio, no quería crearle más problemas a Ragnild. Morna apareció a la carrera junto a Maisie, todos extrañados y alarmados porque Somerled no saludara a nadie, solo entraron en la capilla. Alistair colocó al sacerdote en su sitio y Ragnild dio un respingo cuando Somerled la subió al altar y se puso frente a ella. El sacerdote los miraba atónito por la prisa, cuando llevaba semanas a la espera de celebrar la boda.

—No tenemos el lazo de unión.

Somerled la miró furioso, se arrancó un trozo de tela de su tartán y lo entrelazó en las muñecas de los dos. Ragnild lo dejó hacer, porque hasta ese momento no lo había mirado, su estampa al caminar por la pradera, con las dagas en las manos, su fiero y perfecto rostro enervado, sus ojos azules ardían de ira hacia Finn. Y ahora, que parecía consternado por la situación que ambos habían provocado con su obstinación, Ragnild se dio cuenta de lo magnífico que era su prometido. Su rostro estaba marcado por ángulos precisos, hechos para pecar en pensamiento; hasta su cicatriz era perfecta, hecha para romper la armonía de sus rasgos masculinos, su nariz recta, sus labios entreabiertos. Ese cuerpo que debían haber modelado en el infierno del que salía aquella ira que lo consumía a veces. Admiró su camisa, remangada hasta los codos a pesar del frío, sus antebrazos acariciados por el sol y marcados por la hoja de una y diez espadas. Su torso, que se adivinaba bajo la tela blanca. El sacerdote hablaba y hablaba, y la capilla se llenaba. Ragnild entonces vio que Somerled se casaba con su espada al cinto, pero aquello no era importante, sino que cayó en la cuenta de cómo iba ella vestida. Se miró los pantalones de color pardo, las botas desgastadas que se había calzado para ir a la pradera. Llevaba una camisa de hombre que había traído de su tierra, grande y raída en los puños. Y esa era su boda. Vestida como un muchacho desarrapado. El vestido, el de su boda, que habían bordado las monjas para ella, en su habitación, olvidado. Se giró avergonzada, todo el clan los miraba atónitos.

—Muchacha, has de decir que aceptas.

El sacerdote, un anciano que miraba con gravedad a Somerled, tocó su brazo para que contestara.

—Sí —susurró a medias.

A Somerled le valía, así se lo hizo saber al cura, que puso la mano sobre las suyas y selló su matrimonio por el rito religioso y la unión de manos celta.

—Ya está —soltó el sacerdote, tan confundido como ella.

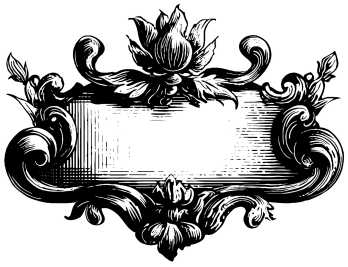
Somerled entonces soltó sus manos, Ragnild sintió un frío intenso en los dedos. Sin mirarla, desató la cinta con los colores de Argyll, los del clan Somerled, y la arrojó al suelo. La dejó sola en el altar,

anclada junto al sacerdote y a Alistair. No sabía cómo Isobel estaba allí, a su lado. Ella se agachó y cogió la tela del suelo. Cuando sus miradas se cruzaron, Ragnild tuvo que contener las lágrimas. Se había casado.

Levantó la barbilla y tomó la tela de su unión entre las manos. Echó a andar hacia las puertas de la capilla, no tenía fuerzas ni para enfadarse con Somerled. Su esposo. Recibió las felicitaciones esquivas, entre Isobel y Alistair la llevaron al salón, la alejaron de las miradas de lástima y de las piadosas palabras. Ragnild apreciaba a aquellas gentes, solo cuando se supo a solas, al pie de las escaleras que salían del salón, las subió a la carrera. Llegó al corredor y abrió la puerta de sus aposentos. El vestido que había soñado llevar en su boda estaba allí colgado.

Cerró la puerta convencida de que llevaría una miserable vida como esposa de Somerled de Argyll.

CAPÍTULO IX



Somerled había huido de su propia boda, de su hogar. Ni siquiera sabía por qué le había hecho aquello a la muchacha. Ver a Ragnild ofrecer, no a otro hombre, sino a ese advenedizo que no sabría protegerla, su sonrisa y su brillo, lo había hecho enloquecer. Isobel tenía razón, Ragnild no tenía por qué ser como su madre, infiel a su padre hasta el día que murió en su huida del castillo. Era curioso que no soñara con los muertos en su camino, ni con las veces que estuvo al borde de la muerte, y sí con el día en que su madre cayó del caballo al huir de su familia y de su clan con su amante.

Rodeó la muralla para alejarse de todos, se sentía avergonzado por haberla tratado así, llevar a Ragnild casi a rastras hasta el altar, aún podía ver sus ojos cuando ella se dio cuenta de cómo vestía el día de su boda. De la premura de la ceremonia, de sus bastos modales, su rudeza… ella no lo merecía. En la pradera, estaba bajo la vista de Alistair, y ahora que recapacitaba, sabía que su amigo hubiera matado a ese Finn de ver cualquier situación inequívoca. Volvía a su hogar después de tres semanas, y no había pisado el interior del salón, pero sí se había casado. ¡Maldita sea! ¿No sería que se había vuelto loco de celos y la única manera de hacerla suya era casarse? No, negó con la cabeza, la muchacha no era nada para él, no tenía más remedio que casarse con ella sin perder tiempo. Debía serenarse y hablar con ella de forma razonable, encontraría la manera de que soportase su presencia.

De un lado a otro, como una res cercada, se detuvo, tenía que volver, pensar en alguna forma de compensar a Ragnild. Se miró aquellas manos, que sabían cómo luchar y matar, y sin embargo, no

servían para dar consuelo. Vio la suciedad incrustada en cada parte de él, se había casado con ella con el polvo del camino sobre él, el olor a caballo, su rostro sin dormir en varias noches.

Caminó solo, bajo la mirada de sus hombres en las almenas, y se dirigió al lago, tenía que quitarse de encima la suciedad del viaje, y aunque no podía aliviar su pena en las aguas frías, al menos no sentiría aquella desazón. Demasiadas preocupaciones, la presión por mantener un reino, su padre se lo había pedido, nunca perder tierras por mucho que lo provocaran, no perder hombres, mantener el legado. De forma audaz, había tramado la boda y la alianza, y ahora pagaría por ello con una guerra con Malcom, en ese momento pensó que todo lo había hecho mal, nunca pensó en Ragnild.

Candem, el jefe de la guardia en las almenas, corrió escaleras abajo, entró en el patio y se dirigió hasta el salón, donde Alistair e Isobel se habían sentado ante el fuego sin saber qué hacer. Desconocían si debían consolar a Ragnild o bien dejar que pasara un tiempo sola.

—¡Alistair! —lo llamó Candem, este se acercó al muchacho al instante—. Somerled ha salido de las murallas sin guardias.

Fue a contestar cuando oyó los pasos a su espalda. Era Ragnild, la ahora esposa de Somerled.

—¿A dónde se dirige él solo?

—Señora, tomó el camino al lago, está en el bosque.

Ragnild le sonrió y pidió su capa a Aren, que la acompañaba. Esta se dio prisa en traérsela. La colocó sobre sus hombros despacio.

—No puedes ir sola, Ragnild.

—Claro que sí, os ordeno que no me sigáis. Debo hablar con él.

Era su primera orden, y ahora era su señora. Alistair asintió, al fin y al cabo, encontraría a Somerled sola y no corría peligro tan cerca del castillo.

—Ragnild —la llamó Isobel antes de que saliera—, trae de vuelta a mi hermano. Una vez desapareció casi un mes, no consientas que lo haga de nuevo.

Ragnild salió al exterior, enseguida sintió el viento frío golpear su rostro, el atardecer caía sobre el horizonte con una inconfundible marca rojiza. El otoño acortaba los días, el gélido viento del norte

traía su bramido entre las piedras de la muralla, el brezo no tardaría en cubrir los campos de morado. El que ahora era su clan, como esposa de Somerled, la observaba mientras ella se acercaba a los establos. El muchacho que cuidaba los caballos le ofreció a la yegua que había montado en innumerables ocasiones esos días y le indicó qué dirección tomar dentro del bosque, hacia el lago.

Ragnild salió de las murallas, atravesó la pradera donde hacía un rato había iniciado aquella estúpida discusión con su prometido. Prometido no, esposo. Tenía que arreglar aquello. No le daba miedo que la repudiara ahora que podía pensar con más detenimiento lo que habían hecho, solo quería quedarse allí, con él, vivir en Argyll. Se había enamorado de aquel lóbrego castillo, de sus gentes, de la amistad con Isobel, allí nadie la llamaba bastarda, ni se reía de ella, la palabra advenediza no estaba en boca de aquellas gentes. Quería quedarse. Aunque fuera poca cosa, le habían otorgado su cariño y amistad y Ragnild sabía valorar eso como cada latido de su corazón.

Sintió el viento en los ojos, las lágrimas en sus mejillas. Recordó la expresión de Somerled en la playa y luchó contra ella misma para no darse la vuelta y esconderse bajo las mantas de su lecho.

Su yegua parecía saber mejor que ella adonde iba, quedaban apenas unas horas para que la oscuridad envolviera el bosque, más le valía a aquel tozudo animal conocer el camino, porque se dejó llevar. Al instante, ante ella vio los arroyos que descendían de las colinas, los siguió hasta llegar al lago. Entre tupidos árboles y arbustos vio las aguas verdosas a causa de la vegetación que lo rodeaba. Atisbó entre las ramas sin ver a Somerled, cuando él apareció ante ella.

—Podía haberte matado, princesa. ¿Qué haces aquí sola?

Ragnild lo miró atónita, se había bañado en las aguas del lago, llevaba la camisa abierta, su pelo aún mojado desprendía gotas sobre la tela. Iba descalzo, y le pareció lo más sensual que había visto nunca a un hombre. Se sonrojó a causa de esos pies descalzos, de ese torso visible, de cómo los pantalones se ceñían a sus poderosas piernas y de cómo sus pensamientos la traicionaban.

—Le prohibí a Alistair que me siguiera. Ha sido mi sombra estas semanas.

De un modo u otro, Ragnild esperaba que Somerled volviera a ser el tosco hombre que era incapaz de hablarle de otra manera que no fuera con ira. En cambio, ahora se acercó a ella y cogió las riendas de la vieja yegua.

—Yo le ordené que no te dejara sola, y no debería haberte dejado venir sin protección.

—¿Corro peligro en tus tierras, Somerled?

Quiso sonreír al verla mirar a su alrededor, como si no hubiera caído en que ahora era la esposa del mayor enemigo de su padre y del rey escocés, Malcom.

—Ahora no —susurró Somerled. Supo que su joven esposa lo miró extrañado por su suave tono—. Estoy yo contigo.

Ragnild envidió a su montura, recibía las caricias de Somerled en las crines. Sus enormes manos llenas de cicatrices la embrujaron. Devolvió la mirada a aquellos ojos azules tan intensos, quizá un poco rasgados. ¡Cielos! Ni siquiera sabía cómo se llamaba, Somerled era el nombre de su clan. ¿No tendría nombre? De repente, aquello era importante para ella, su esposo se llamaba…

—¿Cuál es tu nombre? No lo escuché de labios del sacerdote.

Sus ojos se entornaron con curiosidad.

—Ian, Ian Somerled. ¿Ragnild, has venido hasta aquí y puesto en riesgo tu vida para preguntarme mi nombre?

—Ian. Es un nombre gaélico.

Somerled era consciente de la incomodidad de ella, ahora era su esposa, y no podía creerlo aún. Se había casado con ira y enfado, como tantas cosas había hecho en su vida, sin pensar, pero ella no se mostraba enfadada ni ofendida, parecía incluso que se creía tan culpable como él.

—Soy mitad escocés —dijo sin pasión alguna en la voz—. Mi madre era la hermana del rey Malcom de Escocia. Estoy orgulloso de ser un guerrero de las tierras altas, un *highlander*.

Ragnild suspiró ante aquella confesión, sabía que Somerled tenía sangre real, su padre le había dicho que un leve hilo, pero ser sobrino del rey escocés era más que una débil línea real.

El tono en que había pronunciado aquella frase, y lo que dijo Isobel en la pradera, advirtió a Ragnild de que no hablara de la

madre de su esposo.

—Yo también soy medio escocesa, ¿no os lo dijo mi padre? Creo, Somerled, que, de alguna manera, Olafsson no te contó muchas cosas. —Ragnild evitó la mirada de él a propósito—. No te comentó mi aspecto, ni que soy su hija bastarda, ni que, tal vez, no soy lo que esperabas.

Somerled dejó de acariciar la crin del caballo y dio un paso hasta ella, apoyó su enorme mano sobre la suya.

—Ian, llámame Ian, muchacha. ¿O es que solo querías saber mi nombre y no usarlo más?

Ragnild sonrió, después de todo cuanto le había confesado, con lo que le había costado decir aquello…, y él solo pensaba en que no le había llamado Ian. Sintió su pecho agitado, era el palpitar tonto que se había instalado en su corazón desde que él se había acercado y cogido su mano. Entonces, él tomó su cintura y la ayudó a desmontar. Se sentía pequeña, demasiado, de pie junto a él, porque Somerled no la soltaba, sino que todavía sostenía su cintura, y con la otra mano le apartó el pelo del rostro y lo llevó tras su oreja. Debía haberla visto hacerlo, era un gesto involuntario que hacía cuando estaba nerviosa.

Somerled tuvo que bajar el cuello para poder ver los ojos de su esposa, al menos ya no temblaba, y estaba casi entre sus brazos. ¿Sería ella siempre tan poco rencorosa? Sus labios se fueron a la frente de ella, acarició con ellos la piel suave y olió su cabello. El aroma a turba terrosa, a pan recién hecho, eran los olores de una infancia que hacía tiempo había olvidado y que ella llevaba a todas partes. Ya no olía a extrañas combinaciones de sal y lavanda, como cuando llegó en aquella barcaza triste, nada digna de una princesa. Rebuscó en su memoria qué era ese recuerdo que Ragnild, así, entre sus brazos, le traía; sonrió con la piel de ella entre los labios, no era parte del pasado, su princesa olía a Argyll, a la turba de sus fuegos, a la tierra que él adoraba, al pan tierno que hacía tiempo no comía. Tomó sus hombros y con el pulgar hizo que su esposa levantara la vista hacia él.

No la había visto derramar ni una sola lágrima, a pesar de los motivos que había tenido, y ahora, ante un suave beso en su frente,

su joven esposa tenía los ojos humedecidos. ¿Sería posible que ella fuera de verdad así y no trucos de mujer? No le extrañaba que Olafsson hubiera sido tan reacio a alejarse de ella.

Se miraron, azul del cielo escocés en verano y gris de los cientos de días de tormenta que tendrían entre ellos. Somerled la besó, no porque deseara apaciguar su enfado o hacer que lo perdonara, sino porque ella le gustaba, mucho, desde que se habían conocido en la playa, pero jamás lo reconocería.

Ragnild suspiró, intentó tomar aire, y al hacerlo, sintió los labios de su esposo, la lengua de Somerled se abrió paso en su boca y reaccionó a aquel beso. No era el primero, cosa que él nunca sabría, al menos por el momento, pero fue tan especial que barrió con todo lo que Ragnild alguna vez había sentido o imaginado acerca de unirse a otra persona. Un beso exigente y a la vez delicioso, Somerled movía su cabeza y ella lo acompasaba con sus labios, era como si no se saciaran de besarse y hubieran abierto las puertas de algo que le daba pavor a Ragnild. Somerled solo se detuvo para cogerla en sus brazos y volver a hacer que se sintiera demasiado pequeña para aquel enorme guerrero. Ella sonrió y le acarició el rostro, raspaba a causa de la sombra de una barba que amenazaba con oscurecer sus mejillas. Hasta eso le gustó de él, Somerled no podía ser suave, entonces no sería él.

Un cuerno resonó en la distancia, con el bramido largo y sostenido, e hizo que Somerled reaccionara como un animal salvaje. Tomó los hombros de su esposa y la separó de él, sus ojos le hablaron de amenaza, pero Ragnild estaba segura de que él, de algún modo, estaba prevenido de que aquella llamada sonaría.

—¿Qué es eso, Somerled?

Sonrió a medias, Ragnild no había pronunciado su nombre, no todavía, no confiaba en él totalmente, y él tampoco en ella.

—Es la señal de alarma, alguien se acerca a mi castillo.

«No a nuestro castillo, su castillo, solo de él».

—No pueden ser enemigos, lo esperabas.

Somerled la miró sorprendido, era lista. Sus pupilas estaban dilatadas a causa de la oscuridad que caía con el anochecer, parecían más extraños y hacían más intensa la mirada de su esposa,

la de una bruja escocesa. ¿Sería capaz de leerle el pensamiento? ¿Sabría Olafsson que su hija lo embrujaría en cuanto la conociera? Taimado rey nórdico, no le había enviado a la frágil novia que esperaba, Ragnild era mucho más que una mujer para usar en el lecho.

—Es el rey Malcom de Escocia, viene a conocer mis intenciones. Lo encontré en la frontera entre nuestros territorios, afirma que no fue él quien quemó las aldeas y mató a mi gente. Se enteró de nuestro compromiso y quiere conocerte, eres un misterio fuera de la isla de tu padre.

Ragnild contuvo el aire, el mayor enemigo de su padre y sus hermanos estaba allí, a pocas millas de ella. Ahora entendía la preocupación de Somerled porque se alejara sola del castillo. Otro pensamiento cruzó su mente, si el rey se hubiera adelantado solo unas horas, Somerled y ella no estarían casados.

—Nuestro matrimonio no ha sido casualidad, ni por una estúpida discusión, Somerled. ¿Habías planeado de camino aquí que en cuanto me vieras nos casaríamos?

Se quedó mudo. Su marcada mandíbula ensombrecida por la barba se tensó.

—Lo había pensado, pero solo por protegerte, Ranny. Surgió de ese modo, no le des más vueltas, tarde o temprano teníamos que casarnos.

¿Había usado un apelativo cariñoso para dirigirse a ella y luego, resignado, que tenían que casarse sí o sí? Se soltó de sus pesadas manos sobre los hombros, dispuesta a irse de inmediato de allí. Lo había visto en sus ojos, Somerled lo había planeado tras encontrarla en la pradera. Entonces, ¿qué habría hecho si la hubiera encontrado en sus aposentos? ¿La hubiera cargado en su hombro y llevado a la capilla a rastras?

Ranny.

¿Pensaba que ella se derretiría como una tonta al oír que la llamaba así? Era su esposo, pero no tenía derecho alguno a intentar manejarla como a uno de sus siervos, o engañarla. Se había sentido tan culpable por discutir con él, por llevarlo a la desesperación,

retarlo a casarse… y ahora resultaba que todo era un plan, no como él pensaba, pero planificado.

—¿Protegerme del rey escocés? ¿Y por qué, en lugar de discutir conmigo, no me lo dijiste? ¿A qué viene, a matarme?

—Ahora no, estamos casados, no puede evitar mi alianza con tu padre, ni atacarte sin declarar una guerra.

—¿Irías a la guerra por mí? No, claro. Por orgullo, tierras, oro, por eso sí. Y yo significo todo eso. Mi padre me dijo que quieres las islas y el resto de Escocia, y soy la manera de conseguirlo. El rey Malcom ya no puede hacer nada contra tal alianza si estamos casados.

Somerled inspiró hondo al ver como Ragnild caminaba hacia su montura. Nunca pensó que todo sería tan difícil. «Busca lo difícil, huye de las cosas fáciles, no te traerán satisfacción alguna», decía su padre.

—Ragnild, debes comportarte como mi esposa, incluso si él pregunta…

Ragnild puso los brazos en sus caderas y sonrió. Somerled no tenía ni idea de cómo hablar con una mujer.

—Ahora eres mi esposo, no te avergonzaré de modo alguno, eso es lo que venía a decirte. Podemos tirarnos un cubo lleno de agua a la cabeza, pero cumplo mis promesas, jamás, nunca, te mentiré ni traicionaré; ni mis palabras, ni mi cuerpo, siempre que me respetes.

Maldición. Somerled sabía que era cierto, que se había comportado como un idiota al verla con ese Finn. Tendió su mano hacia ella, no pudo evitar sentir admiración por aquella mujer, podían clavarle el filo de una espada en el costado, y ella era tan sincera y franca que no parecía ser la hija de Olafsson.

—Vamos, esposa, enfréntate conmigo al rey Malcom y sus ardides, después hablaremos. Sé que no soy fácil, ni tengo cariño alguno que dar, pero te ofrezco el nombre de mi clan y mi espada.

Ragnild lo miró, cruzó los brazos sobre el pecho, como si fuera a rechazarlo, inspiró hondo y levantó la cabeza.

—Acepto el trato, Somerled. Una alianza, tú y yo.

Suspiró, trató de que Ragnild no se diera cuenta, pero lo escuchó.

—Si quieres salir airosa de esto, que no ponga en duda que hemos consumado el matrimonio.

Ella misma le tomó la mano.

—No sé si será creíble —susurró.

—Lo será, todos saben que soy un salvaje, pensarán que te he tomado en el suelo del bosque como un animal.

Ella lo miró casi con admiración, sabía quién era, y lo que pensaban de él, y no le importaba. Una pequeña parte de su pecho se revolvió incómoda por sentir latir su corazón con fuerza y fue hasta las monturas en silencio.

Somerled se preguntó qué hubiera sido de ellos si no se hubieran casado por una alianza, si se hubieran conocido en otras circunstancias. Juntos podían llegar a ser magníficos, lo sabía, repararía todo el daño hecho a esa mujer y haría que fuera su reina.

La ayudó a montar delante de él y ella se recostó contra su torso. Ni siquiera le importaban las consecuencias de mentir sobre la consumación. ¿De verdad que Olafsson conocía a la hija valiente que le había enviado?

Cabalgaron hasta el castillo cuando ya se divisaba en la pradera a sus visitantes. La yegua de Ragnild, atada al caballo de Somerled, relinchó nerviosa al detenerse.

Ragnild se giró hacia él con las pupilas dilatadas, apenas un filo grisáceo era visible.

—Esto no es una visita de cortesía, Somerled, Malcom viene con un ejército.

—Lo sé, princesa, lo sé.

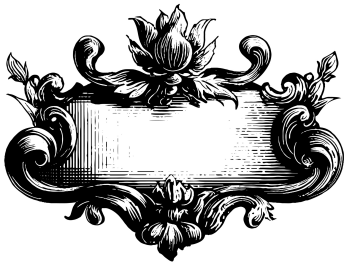
Ragnild suspiró hondo. Entraron en el patio sin aminorar el paso de la montura. Antes de que fuera consciente de que debía detenerse, Ragnild ya estaba en el suelo. Agitó su pelo, que cayó hasta la cintura.

Isobel los vio y corrió hasta ellos, igual que Alistair, se irguieron en el momento que el rey de Escocia entraba a caballo con sus hombres, solo unos pocos, el resto se quedarían fuera, así lo había pedido Somerled cuando Malcom le dijo que conocería a su esposa, en su castillo.

Su hermana miró el atuendo de Ragnild y después a él. Si alguna vez había albergado la esperanza de que la pequeña Isobel dejara de temblar ante él, acababa de comprobar que sería imposible. Sin

embargo, allí estaba su esposa, con el rostro sereno, las manos cruzadas, la ropa sucia, las miradas del clan sobre ella, de lástima por lo que él podía haberle hecho. Ragnild solo miraba al frente, con la barbilla alta y la templanza de una princesa esperando a un rey.

CAPÍTULO X



Somerled se dijo que esa debería haber sido su reacción ante ella en la playa, la adecuada, cuando Malcom I de Escocia descendió del caballo sin apartar la mirada de Ragnild. Se deslumbró con ella, primero desconcierto ante su atuendo, después admiración al mirar su cabello negro suelto y aquellos ojos grises con su mirada fija en él, sin apartar su vista, con dignidad. Sabía lo que veía en ella, una mujer decidida que tenía el porte de una reina.

—Te has adelantado, Malcom —dijo Somerled con cierta sorna. Llamó su atención para que dejara de mirar a su esposa.

—He estado antes en tu castillo, Somerled, y en cuanto pueda, me marcharé. No es precisamente acogedor.

Ragnild mantuvo la compostura. No hacía falta decir que había sido por la comida y la frialdad del castillo. Lo vio en los ojos del rey al mirar alrededor.

—¿No vas a presentarme a tu prometida?

—Esposa —contestó ella al instante. Sin reverencia. Era una princesa, a la altura de él, no se inclinaría ante el enemigo de su padre.

—Vaya, parece que no he podido asistir a la boda. Ha debido ser muy precipitada, hace una semana no estabas casado, Somerled.

Sabía a qué había venido Malcom, a comprobar si podía arrebatarle a Ragnild para quedarse con su alianza. Somerled vio un movimiento, Finn, el llamado guardián de su esposa, se había situado tras ella, al igual que su doncella. No sabía por qué la presencia de ese hombre lo enervaba tanto. Ragnild estaba con él, ¿qué protección podía necesitar?

—Solo era cuestión del momento, Malcom.

Ambos, el rey y él, sabían la causa. Malcom había estado las últimas semanas realizando incursiones en tierras de Somerled, rompiendo la tregua. No era casualidad que se hubieran encontrado mientras defendía una de las aldeas. El solo recuerdo de la gente asesinada, el olor a quemado y los campos diezmados… Somerled debía esperar, aguantar la presencia de Malcom, todavía no estaba preparado para la lucha. Ragnild había sido el primer paso, una alianza con el norte.

—Mi esposa, Ragnild Somerled de Crovar, princesa de Man y señora de Argyll.

Ragnild lo miró, por un momento desconcertada ante la primera mención de sus títulos. Ragnild Somerled, el nombre del clan. Señora de Argyll. Esposa de Ian. Guardó aquel nombre en un lugar oculto de su pecho. Tras aquel beso en el bosque, había estado a punto de entregarse a Somerled y olvidar aquel desastre de boda.

—Y vuestra hermana, Isobel. Me alegra que al fin Somerled te haya sacado de ese convento.

«Ni de broma», pensó Somerled. Malcom no había llegado a tiempo de impedir su boda, e Isobel no estaba a la venta. Alistair al instante se situó a la espalda de su hermana.

—Rey Malcom, ¿queréis entrar? —lo invitó Ragnild, ya que Somerled no estaba dispuesto a moverse de allí y tenía al rey en el patio. Todos en el castillo comenzaban a arremolinarse en torno a ellos y la situación estaba tensa. Llamó con la mano a Morna, le pidió que preparase los aposentos del rey y entraron en el gran salón.

Enseguida se arrepintió de no haber advertido a Somerled sobre los cambios que había hecho dentro y fuera. Entraron y su rostro adusto se paseó por la gran mesa, la nueva silla alta que marcaba la posición de *laird* y señor, los tapices en las paredes, el olor a limpio y flores frescas.

Ragnild se puso tensa a su lado cuando miró el rincón donde ya no estaban sus perros.

—Tenías que haberte casado antes, Somerled, este sitio está muy diferente.

Dejó que el rey se adelantara en busca del fuego de la chimenea para calentar sus manos y fue junto a su esposo, seguida por Aren y Finn. Isobel y Alistair los seguían junto a dos de los guardias del rey.

—Intenté prevenirte —dijo Alistair—. Tu princesa ha cambiado algunas cosas…, pero no dio una sola orden, te lo aseguro.

Somerled miró a su amigo y *tainester,* aquello no eran pequeños cambios, apenas reconocía su hogar, y era para bien; eso sí, en cuanto pudiera, traería a los perros de nuevo al salón. Los tapices, los recordaba, habían pertenecido a su familia desde no sabía cuanto, por un instante pensó en qué derecho tenía Ragnild en hacer de su castillo un sitio agradable y hogareño. Se parecía bastante al castillo de su niñez, donde creció. «Nunca confíes en un lobo, parecen mansos, domables, pero un buen día, su instinto asesino ganará». Miró a Malcom, que, atento, escuchaba algo que ella decía. Vio cómo se llevaba un mechón negro hasta detrás de sus orejas y al rey observarla; alguien más a su lado lo hacía, con su maldita sonrisa, Finn.

—Deberíamos dejar que el rey descanse, esposa.

Ella lo miró como si se sintiera culpable al entretener al rey en lugar de indicarle donde estaban sus aposentos.

—Le esperamos para la cena, rey Malcom.

El rey se acercó a Ragnild, demasiado para su gusto, y sonrió a su esposa con agrado.

—Malcom, por favor, llamadme así, Ragnild Somerled.

Asintió discreta y Somerled vio como daba un paso atrás para alejarse del rey. En cuanto Morna guio al rey escaleras arriba en busca de sus aposentos, se giró para mirar a su esposa. Solo un leve temblor en su mandíbula indicaba que estaba nerviosa, casi sintió la necesidad de acariciar su mejilla.

—¡Somerled! Los hombres del rey han acampado en la pradera —les interrumpió Alistair.

Se giró para mirar a Ragnild, quien, resignada, asintió, destrozarían todo.

—Ve con ellos, Somerled, puedo hacerme con el rey.

Con disgusto, vio que Finn ya estaba junto a su esposa, dispuesto a ocupar su relevo para estar con ella. Se fue con las palabras en los

labios que debería decirle, la sensación de hormigueo en sus dedos de que debía haberla tocado, y la sensación de que a su alrededor todos querían separarlos.

—No me gusta el rey Malcom.

Ragnild sonrió ante las palabras de Finn una vez que su esposo se fue.

—A mí tampoco, Finn, ni su ejército a las puertas del castillo. ¿Por qué ha venido con tantos hombres? Creo que pretendía detener la boda —susurró al oído de su guardián y amigo.

Isobel se acercó a ellos con el rostro encendido al notar los dos que había estado escuchando.

—Somerled está obligado a servir al rey Malcom. Es su súbdito, como lo fue mi padre. No ha pedido permiso para casarse contigo, lo más probable es que no lo hubiera permitido, eres la hija de su enemigo. Me parece inaudito que Ian se haya arriesgado tanto a desobedecerlo, padre lo aleccionaba constantemente que no desagradara al rey, no puede perder las tierras que tanto costó conseguir para el clan Somerled.

Ragnild la tomó del brazo, alarmada, desconocía aquella situación, y la condujo a sus aposentos, no sabía que su esposo le tuviera que rendir pleitesía a Malcom. Así que su marido era súbdito del rey escocés y se había casado con ella sin su permiso. Por eso Somerled tenía tanta prisa en casarse, por ello Malcom había acudido con sus hombres, para asegurarse la fidelidad de él, por ello, si la situación no satisfacía al escocés, los atacaría en su propio hogar. Su marido era un hombre inteligente, pero alguien había avisado al rey de su matrimonio, quizá uno de sus hombres, o un espía dentro del castillo.

Isobel la siguió obediente y al llegar a la habitación, despidió a Aren, que la miró con cierto rencor, se puso a rebuscar en su arcón mientras su joven cuñada se sentaba en la silla junto al fuego.

—Isobel, ¿por qué en la pradera le dijiste a tu hermano que yo no era como tu madre?

Intentó parecer despreocupada, a partir de esas preguntas hechas como si fueran casuales a Alistair, a Isobel y a los criados, con sus respuestas se había formado una idea de cómo era en realidad su

esposo, y todas y cada una de esas contestaciones le daban la imagen de alguien que Ragnild no conocía.

—Creí que ya habría llegado a tus oídos, los rumores recorrieron toda la isla… —Isobel suspiró hondo y Ragnild levantó la cabeza de su baúl para mirar su expresión triste—. Nuestra madre se casó con padre obligada, igual que tú y mi hermano, solo que ella… no se conformó, era infeliz, le gustaba, no sé cómo decirlo…

—¿Coquetear?

Isobel se sonrojó al instante, tantos años en el convento la habían privado de muchas conversaciones con otras muchachas.

—Sí, algo así. Hasta que se enamoró de un *laird* vecino, fue al poco de nacer yo, incluso alguna vez he pensado si Ian y yo seríamos hijos de nuestro padre. En cualquier caso, ella decidió escapar, salió de madrugada, escapó en mitad de una tormenta, su caballo debió asustarse y encabritarse, la arrojó al suelo y ella murió. Después, a mí me enviaron al convento e Ian se volvió como es ahora, serio, hosco, siempre obsesionado con que nuestro padre estuviera orgulloso de él.

Ragnild ya no disimuló, se sentó frente a Isobel en la otra silla.

—Ahora entiendo que Finn no le guste, ni Aren.

—La has echado, a Aren, creí que era tu amiga, ¿no querías que nos escuchara?

Sonrió, Isobel era así, inocente.

—A veces, Aren no entiende las cosas, para ella el sufrimiento es algo lejano, ¿la has visto? Jamás nadie le ha corregido la postura o la forma de hablar, es casi perfecta. De pequeña yo no tenía muchas amigas, bueno, ahora tampoco —se rio.

Isobel se inclinó y le cogió las manos, estaban calientes a causa de la cercanía del fuego.

—Ragnild, yo no solo te considero la esposa de mi hermano, sino también una amiga, eres buena con todos y sé que tienes un gran corazón. Por eso no entiendo qué hace que seas tan cercana a Aren.

—Podría darte mil excusas acerca de su comportamiento, de su altanería y de por qué le perdono todo, pero sobre todo, está a mi lado porque es la única que quiso ser mi amiga y doncella, porque es perfecta, y me recuerda lo imperfecta que soy yo.

Isobel abrió los ojos con sorpresa.

—Eres extraña, Ragnild.

Ambas se rieron y Ragnild la acercó a ella para abrazarla.

—Te aprecio, Isobel Somerled, por tu nobleza de carácter y sinceridad, y espero que seamos como hermanas.

Isobel, como una niña, se recostó en sus brazos.

—No te vayas nunca, Ragnild, sé que Ian es… bueno… como es, pero no soportaría perderte como hermana.

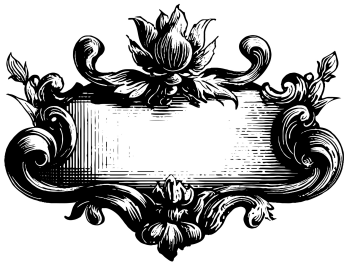
—No me iré, Isobel, te lo prometo. Tendremos que cambiar muchas cosas, juntas, pero sé que podremos.

Su nueva hermana sonrió, tal vez lo mejor que había hecho nunca Somerled era casarse con Ragnild.

Ragnild pasó la tarde en las cocinas con Maisie y Morna, con los preparativos del banquete, sin ver a su esposo. Su esposo. Hacía unas horas que se había casado, aún no podía creerlo, había besado a Ian Somerled y le había jurado fidelidad. Ahora que llevaba sin verlo horas, parecía un sueño. En cuanto pudo, subió con Aren a ponerse un vestido y arreglar su pelo, desgreñado por los fuegos de los hornos. Escuchó desde sus aposentos el alboroto del exterior, de los soldados del rey Malcom apostados tras las murallas, los fuegos brillaban en la oscuridad y habían montado sus tiendas. En el interior, al salir al corredor, oyó el salón lleno, la esperaban.

Bajó las escaleras seguida de Finn y Aren, con la espalda erguida y el convencimiento de que aquella cena no sería plácida.

CAPÍTULO XI



Somerled no podía dejar de admirar el salón, los tapices, las mesas y bancos limpios, el delicioso olor que provenía de las cocinas. Aún no sabía si aquello le gustaba, le recordaba a su niñez, a otros tiempos, y eso le incordiaba; se había forjado a base de endurecer su carácter, así como todo lo que le rodeaba, en apenas un mes había traído a su hermana con él y ese mismo día se había casado.

Si no fuera porque Malcom no paraba de hablar, de preguntar, de indagar acerca de su esposa, hubiera podido deleitarse con lo que le esperaba esa noche. Sus labios aún quemaban, sus manos ardían por tocar a Ranny. ¡Cielos! Si hasta se le había escapado aquel diminutivo que le había venido a la mente la primera vez que la vio en la playa, tan frágil, tan baja, tan inocente…, pero la muchacha que él había creído acababa de reordenar su castillo, había ido a la aldea y hecho que la gente despejara los caminos y que sus soldados se dedicaran a reparar los tejados, que, con el lodo hasta las rodillas, hasta Magnus se dedicara a limpiar los arroyos. Candem y Greer habían ayudado a moler el grano sin pensarlo; se llevó las manos a la cabeza y respiró hondo. ¿No iba a bajar a cenar nunca?

Isobel apareció en el salón, al descender las escaleras, sus ojos fueron hasta ella, al igual que los de Alistair y del mequetrefe guardia de Ragnild. Somerled estuvo a punto de mandar a su pequeña hermana arriba de nuevo, vestía… como una dama, de un color azul que acentuaba sus rasgos nórdicos y el color de sus ojos. Llevaba el pelo suelto, con apenas una diadema de flores. Se revolvió en el asiento. Así era como solía peinarse su esposa. Su esposa. Ragnild.

Finn fue a levantarse y, al pasar por su lado, Alistair lo empujó contra la silla para ir en busca de Isobel. ¡Así que Alistair era ahora quien se comportaba como un necio! Quizá así entendiera su manía hacia ese Finn. Alistair se inclinó hasta su hermana y la acompañó a la mesa, se sentó a su lado con una sonrisa.

Entonces, el silencio se hizo en el salón de su castillo. El rey Malcom dejó de hablar. Los sirvientes se detuvieron a su alrededor al servir el vino y sus guerreros dejaron de reír. Aquel enorme rectángulo que conformaba la mesa de salón se detuvo por completo. Y entonces Somerled vio a su esposa, desde la distancia le sonrió. Tal vez solo él viera lo nerviosa que estaba, se mordía el labio cuando la alteraba, se sujetaba las manos como si temiera que temblaran.

Se miraron en mitad de aquel salón, esa deslumbrante mujer, vestida de dorado, como si el sol del atardecer hubiera quedado atrapado en sus ropas y su piel, era consciente de lo que se jugaban aquella noche, la noche de su boda, en la que deberían haber estado felices y solos, y no con un ejército entero dispuesto a caer sobre ellos. Había algo etéreo en su forma de caminar y su belleza no perfecta, no le hacía falta, Ragnild era algo más, su sola presencia, sin esforzarse, llenaba cualquier salón.

Somerled se levantó, quizá de forma demasiado brusca. Por el rabillo del ojo vio a Alistair hacer un gesto a Finn para que se mantuviera en su sitio. Fue hasta ella. Y aquellos ojos grises lo observaron con dudas mientras se acercaba, tan hermosos como mirar al cielo de su tierra del color del mar tormentoso. Antes le parecían los de una bruja, ahora estaba convencido de que Ragnild lo era. Toda su vida había huido de los compromisos, y ahora su esposa lo miraba con esperanzas en la alianza práctica que habían formado, pero él no quería que fuera solo un acuerdo. ¡Maldición! La deseaba en su lecho esa noche. Procuró templarse, levantó su mano para que ella la cogiera; la llevó, igual que en la playa, hasta su brazo. Esta vez no temblaba, tenía la firmeza y el porte de una mujer que sabía que debía mostrarse valiente. Aun así, Somerled contuvo el aliento cuando ella le agradeció el gesto. A pesar de que era una bestia, de que la había obligado a casarse vestida como un

muchacho, de que había rasgado su tartán como alianza entre ellos… a pesar de todo lo que le había hecho a Ragnild, se prestaba a seguir unida a él.

—¿Estás preparada?

Ella sonrió cuando él susurró aquellas palabras a la par que retiraba la silla.

Ragnild pensó si no podrían seguir así, en un tono cordial y nada amenazador, tal vez si se limitaban a no parecer casados y no hacer lo que sabía que tenía que pasar aquella noche, podrían llegar a ser algo felices.

—Supongo que sí —contestó al sentir la mirada de Somerled sobre ella.

Ian se sonrojó, tal vez ella lo había malinterpretado, ¿habría pensado en su noche de bodas? Negó para sí mismo, iba camino de convertirse en un bardo idiota. Se sentó a su lado y respiró hondo, el rey Malcom miraba a su esposa con intención de acapararla.

Ragnild intentaba no mostrarse nerviosa, pero desde que bajó, la mirada de su esposo le quemaba la piel. Sabía lo que le esperaba esa noche, no era ignorante acerca de lo que sucedería, y tenía que pasar. Si Malcom sospechaba que no habían consumado el matrimonio, podía separarlos. Intentaba que su rostro no mostrara lo mucho que le molestaba tener que rendir cuentas al enemigo de su padre. No podía permitir que Somerled siguiera bajo el poder del rey Malcom de Escocia, ni tampoco formar parte del juego. No quería volver a su hogar, ni verse sometida a las burlas que la habían acompañado siempre. En Argyll se sentía querida y apreciada, necesaria incluso, no la consentida del rey Olafsson, bastarda e inútil. Malcom se acercó a ella demasiado, desde la silla de al lado, con aire pretencioso.

—Vuestro padre ha jugado bien sus cartas, ¿o ha sido Somerled? Te han obligado a esta boda, ¿verdad?

Ragnild lo miró sin inmutarse. El rey Malcom casi rozaba su brazo.

—No, en absoluto, creo que me enamoré de Ian nada más verlo. Puede que se concertara el matrimonio, pero me casé feliz. Mi padre tuvo que escuchar mis súplicas, deseaba casarme con mi esposo desde el mismo instante en que lo vi.

—¿Sí? Pensé que quizá Somerled te obligó, a ti o a tu padre. ¿Y dónde os conocisteis Ian y tú?

Dijo el nombre de Somerled con ironía, Ragnild sonrió, había conseguido enervar al rey al no dejarse intimidar.

—Somerled atacó las tierras de mi padre, yo iba con él.

Somerled frunció el ceño. Parecía que prestaba atención al senescal del rey, pero en realidad había escuchado a Ragnild. Después de todos los desprecios que le había hecho a su esposa, ella lo defendía, había creado una historia muy diferente a la de una muchacha obligada a casarse.

Ragnild agradeció con la mirada a Maisie, que le puso delante una bandeja de carnes; antes de que el rey cometiera la temeridad de acercarle la comida como era costumbre, ella misma se la echó en el plato con el cuchillo.

—Entonces no queréis disolver el matrimonio.

—¿Por qué habéis creído eso, rey Malcom?

—Si, en cualquier momento, Ragnild, quieres salir de este castillo, la corte de Escocia te acogerá con agrado.

—Gracias, pero creo que mi lugar está aquí, majestad.

—Solo digo que llevarías una vida mucho mejor que un páramo en la costa. Quizá fuiste engañada con otra vida, más parecida a la de la corte de Olafsson. Puede ser que tuvieras otras aspiraciones… Tengo el poder de anular este matrimonio.

Ragnild intentó tragar la comida, su esposo podía escuchar aquel ofrecimiento fuera de lugar, en realidad, todos a su alrededor. Se separó por instinto del rey e intentó que su rostro no expresara la repulsa que sentía en ese instante por ese hombre. No podía enfrentar a Somerled y al rey, debía superar aquella cena.

—Te puedo ofrecer ser reina, Ragnild, de una tierra extensa, castillos y fortalezas, siervos a centenares…, la única reina en mi lecho.

—¡Basta!

El bramido de Somerled resonó en el salón y las voces se acallaron, la gente dejó de comer en el instante que su esposo se levantó de la silla. Alistair llevó la mano a su espada, y como Ragnild

comprobó, la mayoría de los hombres del clan. Malcom respondió con una carcajada fuera de tono.

—Vamos, Ragnild, se hace tarde.

Somerled se levantó, la silla retumbó como un eco por todo el salón al retirarla, y acudió hasta Ragnild, junto al rey. Tendió su mano hacia ella y sus ojos se encontraron. En ese momento, Ragnild supo que no había vuelta atrás, Somerled iba a enfrentarse a Malcom.

—¿No habrá baile, Somerled?

—No, rey Malcom, y espero que mañana emprendáis la marcha, antes de que comiencen las lluvias. Haré como que no he escuchado lo que habéis ofrecido a mi mujer. Nada de todo ello.

Su esposo ni siquiera miró al rey al decir aquello, lo estaba echando de Argyll. Y a juzgar por la expresión de su majestad, era la primera vez que Somerled se rebelaba ante él.

—Vuestro padre se convirtió en mi siervo, Ian. Harías bien en recordarlo.

—Vos lo habéis dicho, majestad, fue mi padre quien os juró lealtad, no yo. Y siervo o no, esta es mi esposa por todos los ritos de estas tierras.

Los hombres comenzaron a murmurar, Ragnild supo que era la primera vez que Somerled se enfrentaba a su señor. Esperaba que Malcom se levantara y ordenara a sus hombres fuera y dentro del castillo que atacaran, sin embargo, permaneció sentado sin mirarlos siquiera.

—Mañana me iré, pero en primavera, Somerled, ten listas las rentas de tus tierras. No olvidaré esto, supongo que, en realidad, sí ha sido un matrimonio por amor.

Somerled ignoró aquel comentario, sería demasiado tentador que, en ese momento, con un ejército a sus puertas, plantara cara al rey y le prohibiera hablar de sus asuntos personales.

Ragnild vio como la cicatriz de su cuello pulsaba, su mandíbula estaba tensa, y aun así, a pesar de que se consideraba tosco y huraño, se contenía. Tomó su brazo, sintió el temblor de la furia contenida, y entonces él reparó en ella y su expresión de súplica. Se dejó guiar hasta las escaleras. Dejaron atrás los sonidos del salón.

Contuvo el aliento cuando ambos, en silencio, se detuvieron frente a la puerta de los aposentos donde Ragnild tenía sus cosas. Ni siquiera sabía si Somerled tenía los suyos propios, en aquella estancia no había nada que indicara que él los usaba. Miró al final del corredor, tal vez aquellas eran las habitaciones de él, y quizá no quería, ni nunca lo pensó, que las compartieran. Entonces fue cuando se sujetó las manos para que su esposo no viera como le temblaban.

Él entró y, con la puerta abierta, esperó a que ella pasara por su propio pie. Somerled abrió los ojos como si algo oscuro rondara su mente y se abalanzó sobre ella. Fue tan brusco que un gemido salió de sus labios hasta que comprendió que, por alguna razón, la cogía en brazos para llevarla dentro. Cerró tras ellos de una patada nada delicada y en dos pasos llegó hasta el lecho.

La dejó sobre un *plaid* extendido a modo de manta, llevaba los colores del clan. Al agacharse para dejarla se quedó de rodillas. Ella estaba ante él, sentada, con la misma expresión de desconcierto que tenía el primer día. Alguno de esos pensamientos repentinos que tenía a veces la llevaron a acariciarle la mejilla. Notó la piel delicada de su palma sobre su barbilla.

Somerled se apartó un tanto para mirar a su esposa, ¿de verdad había pensado en la costa que solo era bonita? En ese instante, en esa sonrisa, en aquellos ojos del color de cien tormentas, pensó que era la mujer más hermosa del mundo que conocía. Ragnild no era una belleza para mirar y ver otra mujer, su esposa era hermosa en apariencia, pero lo que más le atraía era aquella fuerza que había demostrado al enfrentarse a él, la tenacidad de su enfado, y cómo sabía, al igual que él, cuando su cabezonería los había llevado a aquella situación.

—¿Tenemos que hacer esto, Somerled?

—Ian.

—Ian —rectificó—. ¿Tenemos que hacer esto? Parece que podemos ser buenos amigos, ¿no basta?

No quería reírse ante la inocencia de su mujer, notaba los sobresaltos que le daban a Ragnild cuando se movía con brusquedad, pero aún notaba más, el bulto entre sus piernas que le

presionaba la base de la columna y los pantalones. ¿Pensaba su esposa que podía estar con ella, dormir con ella, desvestirse a su lado, y no tocarla? Ella volvió a acariciarle la mejilla, como si quisiera apaciguar el ceño que se había formado entre sus cejas a causa de esa pregunta estúpida.

Atrapó su mano, que no se cansaba de acariciarlo, y la empujó contra él para llevársela en un abrazo hasta tumbarse de espaldas en el lecho. Ella se quejó con una sonrisa que hizo que Somerled supiera que aquello iba a ser otro error por su parte.

—Puede que muramos esta noche, princesa, si Malcom decide que habrá guerra.

—Esa no puede ser la causa por que me arrojas al lecho.

Somerled sonrió, le dolió incluso en las comisuras, hacía mucho que no lo hacía de forma tan abierta.

—Tienes razón, podría pasar la noche tras la puerta, armado con mi espada, atento a que ese necio decidiera que lo he retado, podría proteger tu sueño o que veles la madrugada a mi lado, pero lo cierto es que ahora eres mi mujer, retrasar este momento solo nos pondría en peligro. Debes ser mi esposa, debemos sellar esta alianza ante el cielo, tu padre y el rey de Escocia. Si te hacen una prueba para deshacer este matrimonio, no puedes ser inocente, Ragnild.

Ella dejó de acariciarlo.

—Tú no permitirías que nadie me hiciera tal cosa, puedes ser huraño y mil cosas más, pero cuidas de los tuyos.

Somerled se sorprendió al escuchar aquello.

—¿Por eso has accedido a ayudarme con Malcom? ¿Contar esa historia de bardos acerca de tu enamoramiento de mí?

—No necesito que me cuides, sé hacerlo sola, quiero tu lealtad, la misma que ofreces a tu gente, a tu familia, a tus soldados. Saber que puedo confiar en ti, que mañana no me arrojarás al barro y dirás que soy una bastarda inútil.

Ian sintió que el aire le faltaba ¿Qué le habían hecho a Ragnild a lo largo de su vida que era capaz de ofrecerle su lealtad a cambio de tan poco?

—Nunca te haría eso, Ranny.

—Lo sé —susurró ella convencida—. Te lo dije, nunca te traicionaré, Ian Somerled.

Joder, la besó. Nadie, nunca, jamás, le había sido tan sincero como esa mujer, su esposa, tumbada a su merced bajo el lecho. Sus ojos de pupilas grandes no engañaban, no podían, eran del color del humo, podías ver a través de ellos y entrar en su alma.

Sus labios parecían no saciarse de su joven esposa una vez que ella le correspondió. Ragnild deslizó sus manos por su espalda, sus hombros…

—Ranny.

Ragnild se envaró bajo su cuerpo al escuchar otra vez aquel apelativo por parte de Somerled. Lo miró con sus grandes ojos abiertos. Había parecido… cariñoso. La mirada de él era suave, incluso un brillo de curiosidad destelló en ella. Le gustó, Ranny, nadie jamás había acortado su nombre.

—…no podré parar si tus manos no se están quietas.

Y Ragnild supo que no quería detenerse, quería tocar aquellos brazos, sentir bajo sus dedos el tacto de esos músculos hinchados, la fortaleza de sus hombros, seguir la línea por su cuello hasta llegar a esa sombra de barba que amenazaba la perfección de su rostro. ¿Por qué era tan hombre, tan masculino y formidable? Lo deseaba, nunca había deseado a un hombre hasta que lo vio por primera vez, aquella fuerza contenida en su cuerpo, hecho de fibra y tendones marcados. La contención de su rostro, sus ojos, que se entrecerraban ante sus caricias como si le gustara tanto como para dejarla inspeccionar cada rincón de su cuerpo.

Somerled apoyó su frente contra la de ella y tomó aliento, descendió con el roce de la barbilla por su rostro, por el cuello, hizo que lo inclinara a un lado para tener acceso al hueco de su clavícula y seguir su camino de labios hasta el nacimiento de sus senos. Ahora sabía por qué había tenido tanta premura en afeitarse, con el fin de deslizar el rostro contra su piel. Su detuvo en uno de los pechos de Ragnild y lo mesó con su enorme mano; molesto por las telas que la rodeaban, bufó, le bajó los hombros del vestido, la tela sonó rasgada cuando lo llevó por encima de sus brazos. Ragnild se incorporó y lo ayudó a deshacerse de él. Esplendorosa con su

camisola interior casi transparente, sus curvas quedaron a la vista. Al instante, un gemido de satisfacción salió de los labios de ella. La camisa se tensó al endurecérsele los senos, quería verla, fue el único pensamiento que dominó sus actos cuando buscó con avidez el borde de la camisa y la levantó hasta su cuello. Se la quitó al ahuecar su cabeza con un solo movimiento.

—¡Mierda!

Ragnild rio en voz baja, Somerled se había enredado entre las telas. No pudo creerlo cuando él las rasgó con las manos y una sonrisa lobuna asomó a las comisuras de sus labios. Debería temer sus bruscos impulsos, la fuerza de su cuerpo contra el suyo, y sin embargo, veía la calidez que ocultaba aquel rostro serio, parecía más joven al sonreír, su pelo largo y rubio despeinado.

Somerled perdió la respiración al ver el torso desnudo de su esposa, deslizó la otra mano hacia el hombro de ella para alcanzar su cuello mientras su rostro descendía hasta la cumbre de sus pechos. Entonces lo notó, en la parte más alta de su brazo, una rugosidad demasiado grande para la piel de Ragnild, sintió como si la piel estuviera quemada, ¿a propósito? Iba a mirar lo que parecía una terrible marca, cuando ella tuvo la osadía de girar su cabeza para que volviera a prestar atención a su cuerpo. Se dejó llevar, olvidó aquella impresión bajo sus dedos y acarició con la lengua aquel botón erguido, maravillado de su dureza. Comió de ella, sumergió en su boca la punta rosada, colmó su hambre, hundida la cabeza entre los pechos de su princesa y se recreó en el olor de su cuerpo. Tierra y romero, el olor de Argyll entre el brezo, suave su flor, áspero su tallo, todo lo que era para él importante, todo lo que significaba algo en la vida. Una princesa junto al más áspero de los símbolos de aquellas tierras.

Se quitó la camisa a bandazos, sin querer abandonar el cuerpo de su esposa, sin dejar de sentir su piel, volvió a sus labios, no podía separarse de ellos. ¡Cielos! ¿Y había pensado que era indiferente una mujer u otra? Solo podía haber una Ragnild. Hundió la nariz en las madejas de pelo negro como la turba, sin dejar de acariciarla, hasta que sintió con la palma de la mano su cuerpo jadeante. Ella lo ayudó a bajar su pantalón y él trató de no sonreír cuando el rostro de

Ragnild se tiñó de rojo al ver su masculinidad ante ella y apartó la mirada avergonzada. Besó y mordió con suavidad su labio inferior. Admiró su cuerpo encorvarse ante él. Acarició su vientre, su princesa gimió al llegar a la perfecta forma de sus caderas, presionó la uve que formaban sus piernas e introdujo sus dedos en la hendidura prieta.

—¡Ian!

Sonrió taimado, sabedor de que ella se quejaba y a la vez le aferraba los cabellos para que no se separara. Introdujo su dedo, se abrió paso hasta alcanzar su interior y supo que estaba preparada. Tan húmeda, deliciosa e inocente, cuando comenzó a notar los envites de algo desconocido en su cuerpo, la sintió encorvarse, volverse atrevida y aferrarse a sus nalgas. Sentir sus manos suaves contra aquella piel, la suave presión para que se pegara a ella, fue demasiado para la bestia que habitaba en él.

Ragnild sentía entre sus muslos la férrea columna de piel suave y a la vez firme. No era ignorante, tenía hermanos que retozaban con viudas y otras que no lo eran, sabía que aquello era el preludio de algo más grande capaz de llevarlos a hacer locuras. Entonces, Somerled, sin abandonar sus caricias, se irguió sobre ella con todo el esplendor de su cuerpo marcado a músculos y cicatrices y Ragnild suspiró. Deseaba tocar aquella columna, sentir qué tacto tenía, pero Ian cayó sobre ella antes de sentir cómo la penetraba, primero con delicadeza y después abriéndose paso a tirones en su interior. Se detuvo sobre ella.

Lo miró a los ojos y no vio al rey y señor, solo a un hombre que pedía permiso. Se encorvó hacia él, para que al fin entrara en ella.

Somerled trataba de controlar el instinto de hundirse en ella una y otra vez para encontrar el placer. No, se decía, no quería dañarla; por alguna razón, sentía que debía proteger a su princesa, más bien que necesitaba hacerlo. Olvidó toda contención cuando una vez pasada la rigidez de la virginidad y el rayo de dolor, Ragnild comenzó a gemir, empezaba a sentir cómo lo arropaba con sus músculos internos mientras entraba y salía de ella.

Ragnild acogió una deliciosa sensación que se adueñaba de su cuerpo, se aferró a Somerled, a sus brazos, la cabeza apoyada en su

cuello, su interior lo acogía cada vez más dentro, buscó el placer que le prometía él olvidado el dolor de su primera vez. Más allá de cualquier pensamiento, sentía que la tocaba con aquellos ásperos dedos, en un punto que hacía que ardiera, lo notaba dentro, y sin embargo, estaba fuera de su cuerpo, suspendida entre el cielo y la tierra se deshizo en un placer sin límites. Al sentir la oleada que llegó desde él, en el punto en que se fundían uno con otro, supo que se habían unido de verdad. Ni una boda, ni un lazo de ceremonia, nada era comparable a sus almas en ese instante. Por un momento, sus corazones latieron al unísono y trató de tranquilizar su corazón cuando él cayó sobre ella, los brazos apoyados en la manta para no aplastarla. No quería soltarlo, pero Somerled se echó a un lado, la llevó con él aún dentro, rodó por el lecho. Al salir, echó de menos su calor, aunque la abrazara por entero.

Ian Somerled abrió los ojos, ella cobijada contra su torso, apoyó su barbilla en ese pelo ondulado que lo maravillaba, tan negro que las llamas de las velas se reflejaban en él. No quería que lo mirase. No así, desconcertado, furioso consigo mismo por convertirla en su esposa tan rápido y brusco, y, sobre todo, aterrado.

—Ranny, no sé cómo se trata a una inocente…

Sonaba a algo parecido a una disculpa y quiso abrazarlo, pero tal vez sería demasiado para él. Y para ella. Lo que acababa de ocurrir, nunca lo había imaginado así.

—Yo tampoco sé cómo se trata a un esposo.

Somerled sonrió para sí, su esposa tenía tendencia a hablar deprisa cuando estaba nerviosa. Relajado y distraído por su rostro, acarició su hombro, sabía que muchos hombres lo hacían, y la piel de su esposa era tan suave que sentía que la raspaba. Entonces volvió a notar la rugosidad de su brazo. Se incorporó cuando ella se revolvió para que se apartase y sujetó el brazo de Ragnild.

—¿Qué es esto? —preguntó al ver el dibujo de un halcón, una marca que solo los guerreros se harían, no una joven princesa. Hecho de tintes azules como los que los antiguos celtas llevaban a la batalla.

Ragnild se sonrojó y apartó la cara, hundió el rostro entre las mantas.

—Es el emblema de la dinastía Crovar, la de mi padre.

—¿Y lo que oculta? ¿Es una quemadura?

Ella no era cobarde, lo miró con sus ojos grises del color de las tormentas.

—Me quemaron la piel de niña, nací con una marca, una media luna, el día de Beltane, un mal augurio o brujería, según quien lo vea. Cuando cumplí los diez años, mi padre ordenó al herrero que quemara la piel con el hierro para que desapareciera. Después me dibujaron el halcón.

—¿Te quemaron con un hierro candente a los diez años?

Ragnild inspiró hondo.

—Me llamaban bruja. Mi padre solo lo hizo para protegerme.

—Nunca le haría eso a una hija mía —sentenció él—, acabaría con quien la causara sufrimiento.

Lo miró con una ternura que hizo que se apartara de ella. Desnudo, se levantó del lecho y comenzó a vestirse. Ragnild pensó que lo había enfadado de nuevo, no iría a suplicarle que se quedara abrazado a ella.

Se vistió despacio, se puso los pantalones y la camisa, se calzó las botas y, para sorpresa de Ragnild, se sentó junto a la puerta con la espada en el regazo. Estaba preparado para la guerra.

—¿Quién fue, Ragnild? ¿Cómo se llama el hombre que te marcó a fuego?

Abrió los ojos con sorpresa y se incorporó en el lecho.

—¿Por qué?

—Lo mataré.

Suspiró con fuerza. Somerled tenía un sentido extraño de la justicia, y de tratarla, no sabía si la apreciaba o era su orgullo.

—No puedes tocarlo, está abajo, mi padre lo nombró guardián aquel mismo día, apenas era mayor que yo, lloró mientras el olor a carne quemada nos inundaba las fosas nasales y el dolor me atravesaba. Dos soldados me agarraban y apenas podíamos abrir los ojos, por eso me hizo ese desastre en el brazo. —Ian la miró intrigado—. Está abajo, Somerled, es Finn, ahora entenderás lo que nos une a los dos, no es lo que creías, te lo puedo asegurar. Para que todos supieran en la corte que pagarían si alguien me hacía

daño, marcaron también a Finn del mismo modo, nuestras marcas son idénticas.

Somerled se revolvió en su sitio.

—Está enamorado de ti.

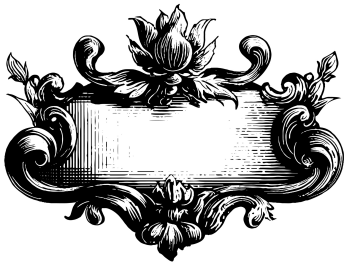
—Somos hermanos de sufrimiento.

—¿Y por qué ha venido contigo si no?

—Igual que Aren, los tres hemos estado siempre juntos, Ian. Nunca me dejarían, y ahora te deben lealtad a ti también. Es algo preciado y raro. Alguien te traicionó y fue a contarle al rey que te habías aliado con mi padre, que nos íbamos a casar. Yo me ocupo de Aren y Finn, hazlo tú del traidor que fue a contarle tus planes a Malcom.

Se calló, Ragnild notó como él se quedaba en silencio, pensativo. Sería una noche muy larga, y seguro que agradecían cuando el rey Malcom se marchara a la mañana siguiente.

CAPÍTULO XII



Ragnild abrió los ojos, se encontró sola en los aposentos, Somerled ya no estaba allí, sentado donde se había dormido mirándola. Le había ordenado que permaneciera vestida por si Malcom los atacaba desde el exterior. Apartó las mantas, las botas la protegieron del frío del suelo, el fuego estaba casi extinguido, corrió a la ventana y apartó las pieles. Era casi mediodía y había dormido como hacía años. En el exterior, un extraño silencio se había adueñado de todo, el patio parecía desierto, y más allá de las murallas no había campamento alguno. El rey se había marchado, no había guerra, Ian estaba a salvo.

La puerta se abrió despacio, su marido la miró, la luz del débil sol lo iluminaba. Parecía tranquilo. Ahora sí era su esposo, la noche anterior parecía un sueño, de no ser por la marca de sangre que ensuciaba las sábanas. Ragnild no lo pensó, corrió hasta él y se abrazó a su cintura con fuerza.

—¿Se ha ido, Ian?

Él se separó para hacer que lo mirara, levantó con el índice su barbilla y quedó desarmada ante los ojos de su esposo, de un azul oscuro intenso.

—No quedará así, Ranny, lo sé. Volverá para cobrarse su venganza, no se echa al rey de tus tierras y se vive demasiado tiempo. Solo nos salvó el hecho de que mi ejército estuviera fuera de los muros y temiera quedarse encerrado, Malcom no es estúpido.

Ragnild se puso de puntillas y posó las manos en sus ásperas mejillas sin afeitar. ¿Qué tenía esa mujer que un simple gesto lo desarmaba? ¿Qué la hacía tan especial para conseguir que una

sonrisa aflorara en su rostro? No sabía ser cariñoso, ni atento, pero con esa sonrisa, ella pareció darse por vencida y lo soltó.

—Tengo mucha hambre, Ian.

Una carcajada extraña salió de la garganta de su esposo. ¡Cielos! Somerled no sabía reírse, habría que ponerle remedio de alguna forma, no se rendiría con él, ni con su ceño fruncido, ni con su hosca forma de comportarse.

«Nunca confíes en que hay paz a tu alrededor, la guerra se esconde en tu propio hogar», Somerled recordó esas palabras de su padre. No podía dejar que Ragnild lo distrajera, había un traidor entre su gente, tenía que organizar su ejército, proteger las aldeas, mil cosas que no podía dejar para quedarse allí y besar a su esposa hasta hacer que se desmayara. Se separó de ella sin dejar de ver su expresión de duda, decepción incluso. Era mejor que Ragnild no pensara que todo sería como la noche anterior.

—Ve a comer, Isobel te espera abajo. Tengo que ocuparme de mi gente.

Se marchó sin más, ni un beso de despedida, ni una palabra más, ni siquiera disimuló su voz seria. «Su gente», como si ella solo fuera una extraña. Después de que le había abierto sus secretos, la causa de su herida, los insultos de su gente… Ragnild lo vio desaparecer por el corredor y suspiró. El hombre con el que hizo el amor no podía ser el mismo que acababa de estar en esos aposentos. Miró alrededor, las cosas de Somerled no estaban allí. ¿Dormirían separados? Se dijo que tenía que preguntárselo.

Un rayo de esperanza se abría ante ella, el amor podía llegar con los años, Ian la deseaba, lo había visto en sus ojos y sentido en sus caricias, «algún día…», se dijo.

Fue hasta el baúl y eligió un vestido que ponerse sola, no sabía dónde podía estar Aren para ayudarla e Isobel estaba abajo. Se vistió deprisa y bajó los escalones a la carrera. Isobel la esperaba en la mesa, a su lado estaba Aren… y Finn, al acercarse vio que tenían los platos delante, pero ninguno comía. El resto de los sentados allí la miraron al entrar con lástima. ¿Qué ocurría? Deberían estar felices, se habían salvado del asedio del rey Malcom.

Se acercó a la mesa y se sentó a la derecha de la silla vacía de su esposo, sabía que él no estaría a juzgar por la prisa con que la había dejado sola, pero algo raro ocurría. Entonces vio una misiva enrollada, sobre la mesa, el sello de Crovar roto, una carta de su padre.

Fue a cogerla cuando Finn le agarró la mano.

—¿Es una carta de mi padre?

—No era para ti, Ragnild —dijo Finn, tan serio que Ragnild se echó para atrás—. Iba dirigida a mí. Es de tu hermano Erik.

—No entiendo, Erik no ha escrito una carta en su vida —replicó.

Isobel le cogió la mano, Aren no levantaba la cabeza, la superficie áspera de la mesa llamaba demasiado su atención.

—¿Aren? —la llamó. Ella levantó el rostro, arrasado en lágrimas. Nunca había visto llorar a su amiga y doncella—. ¿Qué ocurre? ¡Hablad! —les ordenó a todos.

Al no obtener respuesta de ninguno de los tres, agarró la carta antes de que Finn se la arrebatara y leyó a toda prisa. En efecto, era de Erik. Su padre había muerto. «Olafsson de Crovar muerto… en su lecho…, su corazón se detuvo sin más. Godred es el nuevo rey. Ven, Ragnild, padre querría que estuvieras para despedirle».

Soltó la misiva, la puerta se abrió y el pesado papel se deslizó de sus manos al suelo. Ian estaba allí, alguien debía habérselo dicho, a juzgar por su rostro.

Su padre, Olafsson, había muerto. No podía creerlo. Ni siquiera era capaz de llorar. Un instante antes era feliz incluso, y ahora, él había desaparecido de su mundo. «Ven, Ragnild, padre querría que estuvieras para despedirle». Erik tenía razón, una impetuosa necesidad de partir le golpeó el pecho y la dejó casi sin aire, tenía que ir, llegar hasta su padre antes de que desapareciera por completo.

Sintió que los brazos de Ian la sostenían para que no cayera ante todos, levantó la mirada hacia él y solo vio lástima en ellos. Se negaba a ser objeto de la pena de su esposo o de cualquiera que estuviera en aquel salón. Todo era un ardid, una mentira, el gran Olafsson no podía haber muerto en su lecho, él amaba la batalla, una vez juró que moriría en una pradera en la lucha.

—Ragnild, está muerto.

Miró a su esposo, tan seguro como si hubiera entendido lo que pensaba al mirar a todos incrédula.

—No puede ser, es mentira, Godred siempre hace bromas pesadas.

—La carta es de Erik, vuestro otro hermano nunca mentiría —susurró Finn.

Somerled era consciente de que si no hubiera aparecido, su esposa estaría ahora en brazos de ese hombre. Trató de respirar hondo, Ragnild le había contado aquello que los unía, algo más fuerte que un día de casados, el recuerdo del horror de su niñez.

—Ragnild, no te mentirían con algo tan serio. Uno de mis hombres ha traído la noticia, corre por todo el norte, todo el mundo conoce el final de Olafsson.

Negó con la cabeza, se apartó de Ian y se sentó, desolada. Aren ya no se escondía y lloraba de forma ruidosa. Ragnild la escuchó y dio un golpe a la mesa para que callara, quería a su amiga, pero no soportaba que ella pudiera llorar sin consuelo y de sus propios ojos no saliera una sola lágrima. Aren se calló, se tapó la boca con las manos.

—Ragnild, te acompañaré arriba. —Isobel no esperó a que diera su consentimiento, tomó su brazo y la ayudó a levantarse.

Era la hija de Olafsson, una princesa, levantó el rostro y anduvo junto a Isobel. Cuando llegaron a las escaleras, se giró hacia su esposo.

—Necesito ir, Somerled.

Él se acercó de forma tan lenta que Ragnild pensó que tardaba una eternidad. Al llegar hasta ellas, Isobel se separó, consciente de que se avecinaba tormenta.

—No puedo dejar el castillo, Riada caería en manos de Malcom. En cuanto sepa que tu padre ha muerto, aprovechará para atacarnos, ha arrasado las aldeas en su salida de mis tierras.

—No te estoy pidiendo que dejes todo por mí, Somerled. Entiendo que debas quedarte, solo te digo que debo partir, tengo que llegar a tiempo…

—No puede ser, Ragnild, ni siquiera sé si estamos en guerra.

Somerled entendió, en su forma de mirarlo, la tristeza que hundía los hombros de su siempre alegre esposa. ¡Cielos! Aquellas palabras le habían roto el corazón, lo sabía, hubiera dado cualquier cosa por ir con ella o dejarla marchar.

—Iré, Somerled, aunque no tenga tu bendición. Es mi padre y he de despedirme de él. Voy a preparar mis cosas —dijo antes de alejarse.

—No se rendirá; aunque tenga que escapar, irá a su hogar. Es un buen momento para que recapacites, Somerled, antes de que ella haga lo que le venga en gana y sin tu permiso.

Finn pronunció aquellas palabras con pesar, casi tanto que sorprendió a Somerled. ¿Por una vez estaba de su parte?

Somerled fue tras ella, casi podía jurar que, a su paso, su esposa había dejado su olor presente en cada rincón del castillo. Cuando llegó a sus aposentos, encontró la puerta abierta. Ragnild ponía sobre la cama sus vestidos y guardaba algunas cosas en una bolsa.

—Te he dicho que no irías, Ranny.

—No es una opción, Somerled —dijo seria, paró al fin de meter y sacar cosas y lo miró—. Te lo dije, una boda no me ataría del cuello a ti, ni me pondría sogas que me convirtieran en una dócil esposa.

Él cerró la puerta y se acercó a ella. Esta vez Ragnild no tembló, levantó la barbilla, retadora, lucharía por aquello hasta la muerte si hacía falta, y Somerled no pudo más que esbozar una débil sonrisa. No se había casado con una dulce dama, ahora podía reírse de sí mismo cuando pensó que podía relegar a su esposa a su castillo, verla para tener herederos y poco más. Lo cierto es que ella lo atraía, le gustaba su forma de plantarle cara, de hacerle saber que no se plegaría ante sus órdenes. Esa sonrisa retadora, sus agudas palabras, su sentido del humor, ¡cuánto había echado de menos reír hasta que ella llegó!

Con su enorme zancada se aproximó a Ragnild, la molestaba tener que levantar siempre la cabeza ante su enorme altura, y él disfrutaba de cómo fruncía levemente el ceño. Se agachó sobre ella como un ave ante su presa. La besó, sintió la suavidad de sus labios hinchados, la seda de su piel en contraste con su piel rugosa. Tomó su rostro con ambas manos, maravillado de cubrir sus mejillas, de

sentir su lengua jugar con la de ella. Podía discutir con él, pero lo besaba. No podía ser rencorosa, ni vengativa; testaruda siempre, y puede que en cualquier momento le dijera que no importaba cómo la llamara o si la besaba, ella se iría. Lo comprendió entre sus cuerpos acoplándose de pie, ella buscando su erección con las caderas, cada recoveco encajar en el otro, Ragnild le importaba, y mucho.

Se separó de él con una mirada que ya no era la de una muchacha inocente, lo cogió por la camisa y lo atrajo con ella hasta el lecho, Somerled trató de evitar que cayera con fuerza y protegió su espalda con un abrazo. Fue peor cuando el empuje de él arrasó con su esposa, que lo miraba con deseo. Ese deseo capaz de borrar el dolor de una pérdida los arrasó. Ian sabía lo que buscaba su esposa: sentir deseo, placer, brusco y sin pensar, que la hiciera sentirse viva. Se rebelaba ante el dolor, la pérdida, quería olvidar las noticias del norte, sentir algo ante el abismo vacío en que sabía que caería al ser consciente de la muerte de su padre.

Ragnild tiró de su camisa y, por inercia, levantó los brazos, se desembarazó de la ropa que lo estorbaba, se echó atrás y se despojó de los pantalones. Su esposa lo miró sin ninguna vergüenza, desnudo ante ella. Somerled miró su cuerpo tumbado, el pelo negro en abanico sobre las mantas, y con poca delicadeza, le bajó el vestido hasta la cintura. Sus pechos quedaron expuestos a él, abundantes, duros, maduros. No pudo evitar atrapar uno con la mano, y ella gimió profundo. Lo sintió endurecerse bajo su palma, con la mirada puesta en los ojos de Ragnild. Sus pupilas se dilataron de placer, lo invitaron a seguir, y Somerled atendió aquella llamada, su lengua se paseó por el botón endurecido, lamió uno, atrapó el otro, los mesó ante él, con la avaricia de tener el cuerpo de su esposa a su merced. Ragnild aferró sus hombros, le clavó las uñas y se deleitó al tocar los músculos de su espalda para apretarlo contra ella. No quería delicadeza ni ternura, Somerled la complacería, se desharía de su dolor, lo cambiaría por pasión.

Su esposo gemía ante sus jadeos, Ragnild sintió cómo sus besos descendían por su vientre, su lengua marcó el comienzo de sus caderas y se perdió más abajo. Su enorme mano abarcó su

feminidad y sus dedos se perdieron en el hueco húmedo de su sexo. Penetró su interior con ellos y gimió contra la uve de sus piernas al sentir la humedad de su esposa. Ragnild se tensó cuando él la besó en esa parte escondida mientras acometía su interior con los dedos.

Contuvo un grito de placer al sentir como un pálpito esquivo la hacía contraerse contra la palma de su mano, su esposo no tuvo piedad, lo demostró con una sonrisa entre su hendidura; sus dedos y su lengua la llevaron al placer entre contracciones incontrolables. Somerled levantó el rostro, su cuerpo subió por ella rozando su erección contra su cuerpo y la besó. Marcó su masculinidad, al ascender, sobre toda su piel hasta el vientre.

—Voy a tocarte, Ian.

Se rio contra sus labios, su joven esposa no sabía que, si hacía eso, explotaría sin control. Ragnild deslizó la mano entre los cuerpos, se inclinó y asió la base de su erección. A pesar de la advertencia, Ian se sobresaltó ante la suavidad de su mano sobre la férrea columna, sus dedos lo rodearon.

Ragnild jamás pensó que aquella piel podía ser tan suave y a la vez tan caliente. Era dura y, en cambio, le proporcionó un extraño placer sentir la erección tan fuerte de su esposo. En sus manos, Ian parecía deshecho, vulnerable incluso, y ella poderosa; movió la mano, probó a excitarlo, él le devolvió un gruñido de placer animal, un bramido que la animó a continuar. ¿Qué pasaría si…? Apartó un tanto a su esposo y se agachó descendiendo por las sábanas. Ian debió reconocer sus intenciones porque la tomó del rostro y evitó que llegara a su erección.

—No puedes, esposa, no ahora.

—¿No quieres? Quisiera darte el mismo placer que me has ofrecido, Ian.

Joder, cómo podía resistir que ella lo besara ahí, si apenas podía contenerse al oír su nombre, largamente olvidado, de sus labios hinchados.

—Déjame entrar en ti, Ranny, necesito estar dentro de ti.

Ragnild abrió los ojos, enormes y extraños, llenos de retazos grises y negros. Su esposo la deseaba tanto como ella a él. Sí, quería sentir aquella poderosa columna en su interior.

—Ian, hazme tuya —suplicó con la voz entrecortada.

Esta vez, Somerled no tenía la disciplina necesaria para tomarse su tiempo, ni para ser delicado. Buscó su hendidura, guio con su mano y la penetró con premura. Ragnild gimió al acoplarse a él, se retorció, buscaba que la colmara, la llenara hasta lo más profundo de su interior.

Somerled notó cómo ambos se unían hasta que la piel les retenía, los cuerpos chocaban, y embistió. Su esposa, lejos de acobardarse, se frotó contra él. Se agitaron al unísono, en un baile de piel y cuerpos. Somerled agarró el pecho de su esposa, ambos se movían con la cadencia que iba creciendo entre sus cuerpos excitados.

Ragnild sintió que la vista se le nublaba, su corazón parecía estallar, los latidos en torno a su hendidura crecieron con las embestidas de Somerled, los dedos de él buscaron aquel botón que había descubierto y lo presionaron. Se dejó llevar, cuando sintió que Somerled inundaba su interior en oleadas, se unió a él, se aferró a su cuerpo consciente de que lo arañaba con sus uñas, no podía detener aquello, no quería, sintió los espasmos propios y los de Ian y ambos jadearon casi sentados en su ansia por unirse más y más.

Somerled se corrió de placer, lo notó en cada parte de su cuerpo, nunca se había dejado llevar de aquella forma, tanto que apretaba con fuerza a Ragnild sobre él, casi en su regazo. Con suavidad, la hizo tumbarse, con la consciencia de que su verga, dentro aún de su mujer, volvía erguirse. Miró a su esposa, que abrió los ojos con ternura al tocar las mantas, la abrazó y continuó en su interior hasta que ambos se relajaron con el pasar de los segundos.

—Somos uno, Ian Somerled, nada es más importante que eso.

Lo desarmó con unas pocas palabras. «Nunca el amor fue bueno, solo te distraerá y te hará débil». Somerled alejó de su pensamiento aquellas palabras de su padre, pero se quedaron en su mente más de lo esperado. Él no sería débil, permitir que Ranny se marchara no era signo de debilidad, sino de justicia con ella.

Se apartó de su esposa y hasta él sintió que el aire gélido que le rodeaba llegaba hasta ella. Se dio la vuelta y comenzó a vestirse. Ragnild no podía esperar que cambiase, era un hombre y, como tal, tenía sus instintos, no era lo mismo que amar, en absoluto.

—Esto podemos tomarlo como una despedida, mujer. Está bien, Ragnild. Diré que preparen una escolta —soltó de espaldas a ella.

Renegó en su mente. No quería convertirse en un hombre dominado por los sentimientos, pero Ragnild estaba destinada a sorprenderlo a cada instante cuando habló:

—No lo he hecho para conseguir tu permiso, hubiera ido igual.

—No si yo me hubiera negado.

Ragnild sintió la tirantez en su esposo y se apartó. ¿Siempre sería así? Cuando pensaba que se acercaban, él la echaba de su lado.

—Finn y Aren vienen conmigo.

Asintió, para su propia sorpresa, lo entendía, su gente, sus amigos.

—Alistair irá con vosotros también.

Era cuanto podía conseguir de él. Ian Somerled era hielo, duro e impenetrable. Lo dejó ir. Una solitaria lágrima escapó por sus mejillas y se dispuso a vestirse. Se iría ya, antes de que él cambiara de idea.

Se alejó de ella hasta la hora en que bajaron a la playa, la misma en la que Ragnild apareció hacía semanas. Los hombres embarcaron, esta vez desde su puerto entre las rocas, sus *birlinn*, ligeros y veloces, no eran como las naves de los escandinavos de Olafsson. Ragnild fue la última. Se giró antes de embarcar en busca de una palabra de Somerled, aunque fuera solo una de despedida. Impenetrable, la miró serio. ¿No había significado nada para él que ya fueran matrimonio de pleno derecho? ¿Las caricias y confesiones?

Somerled lo vio en los ojos de ella, esperaba algo, y él era incapaz de dárselo. No estaba de acuerdo con que fuera sola, ni con una escolta como aquella, ni que se alejara de él, ni siquiera que lo mirara como si supiera que estaba en contra de su decisión. Ragnild no era una mujer fácil, se quedó allí, frente a él, dispuesta a arrancarle las palabras o los gestos. Dio un paso hacia él y Somerled hubiera retrocedido si no fuera porque les observaban. ¿Y si la perdía en el mar? ¿Y si ella… decidía no regresar?

Ragnild vio un leve parpadeo en los ojos de él, no era tan inmune a su partida, lo sabía, tenía el convencimiento de que significaba algo para él, o quizá solo era su propia ilusión. Somerled era

importante para ella, a veces hasta pensaba que se estaba enamorando de su esposo.

—Ranny, vuelve o iré a buscarte.

Solo unas palabras, serias y cargadas de significado, antes de darse la vuelta y marcharse. Sin beso de despedida. Ragnild buscó en esas palabras hoscas a aquel que pensaba que era su esposo y lo siguió. Somerled sintió sus pasos y se giró. Ragnild lo empujó cuando se abrazó de golpe a su cintura y apoyó la cabeza en su pecho.

Ella a veces lo hacía, y él pensaba que solo quería cerciorarse de que había un corazón en ese pecho. Resignado a aquella muestra de cariño, le dio unas palmaditas en la espalda. Ragnild pareció no darse cuenta, se separó de él y, de puntillas, encontró sus labios.

—No te olvides de mí, Ian Somerled. Volveré pronto, te doy mi palabra.

Cuando ella se alejó, el viento golpeaba sus cabellos desmadejados, la trenza se había desecho. Finn la esperaba para ayudarla a subir con la mano en alto. Aren, esa muchacha distante y orgullosa, lo miró con desdén. Entregaba a Ranny a aquella gente, por mucho que Alistair estuviera con ella y sus hombres. Se giró sin querer alargar aquella despedida, había impedido que Isobel lo acompañara, hubiera sido un drama, tan encariñada con su cuñada. Y en cuanto dejó de ver a su esposa en la cubierta del barco, supo que se equivocaba. Ragnild tal vez jamás volviera a aquel tenebroso castillo, a un hombre sometido a la voluntad de otro rey, al mal genio de un esposo que jamás le daría lo que necesitaba, amor.

Se giró cuando estaban demasiado lejos, si no fuera porque el viento lo azotó con fuerza, hubiera dicho que echaría de menos a su esposa. No sería fácil volver al hogar en que se la despreció, aún recordaba las palabras de aquellos soldados. Negó con la cabeza. «Nunca dejes que te dominen los sentimientos, solo son temporales; cuando mueren, solo queda dolor». Las palabras de su padre, que siempre le parecieron la verdad absoluta, no tenían nada que ver con Ragnild, con su juramento de fidelidad hacia él y los Somerled. Maldito Malcom, si no hubiera sido por sus amenazas, estaría con ella.

Ragnild apenas habló durante el viaje. No le había gustado despedirse de una forma tan fría de Somerled, al menos, ella lo intentaba, pero él… ¡Cabezota!

Divisaron al amanecer del día siguiente su hogar, entre la bruma de otoño sobre el mar, las torres apenas se divisaban hasta que se acercaron, y la bandera negra ondeaba en lo más alto de la torre del homenaje. Hasta ese momento, Ragnild tenía la esperanza de que todo fuera una estúpida broma, hasta que ese pendón negro estuvo sobre ellos.

Ascendieron por el camino, Aren, emocionada por volver a su hogar, casi corría, Finn se mostraba cauto, nunca se llevó bien con Godred, el heredero de Olafsson e hijo mayor. Y Ragnild apenas podía pensar, la pena, los recuerdos de su padre, fueron los que la llevaron por el camino.

Allí estaba Godred, su hermano, en el patio del castillo. Atravesaron la barbacana y él, majestuoso, ya se había puesto la corona de su padre y sus mejores vestiduras.

—Ragnild, no creí que ese monstruo te dejara acudir a mi llamada.

Ragnild lo miró escéptica ante su fingida alegría, nunca se había fiado de su hermano, era vil, cruel, no dudaría en usar todo su poder para bien o para mal del reino.

—Fue nuestro hermano quien me avisó, no tú, Godred.

Se rio con fuerza, como si la considerara tonta, que podía ser verdad, ni siquiera había pensado que fuera Godred quien la hiciera venir al funeral de su padre, obligando a Erik a escribirla. ¿Y cuál era la razón para quererla allí? Nunca le había tenido el menor cariño ni respeto, mientras Erik la defendía de los otros niños y la llamaba hermana, Godred era quizá quien más alentaba su insulto de «bastarda». Quizá sabía que, si era él quien le enviaba la carta, desconfiaría. ¿Por qué? La respuesta no tardó en llegar cuando vio al rey Malcom salir al patio desde la torre. Y Somerled lejos de ella, a la espera de una guerra, una que nunca sería en sus territorios, él pensaba que la enviaba a un lugar seguro, cuando la batalla estaba allí, en las islas del norte. Alistair, tras ella, se adelantó; al otro lado, Finn, y entre ambos, Aren.

—Nunca hubieras venido.

—Estoy tentada de marcharme en este mismo instante.

—Señora —la llamó Alistair—. Vayámonos, esto no me gusta. Todavía estamos a tiempo, no lo esperan.

Ragnild negó con la cabeza y le señaló con un movimiento las almenas, a cada pocos pasos, hombres de su hermano Godred y del rey Malcom les apuntaban con sus arcos.

—Después del funeral, Alistair, decidiremos.

Fue un susurro, un instante que Malcom aprovechó para acercarse.

—Mi dulce Ragnild, he venido a presentar mis respetos a Olafsson, Godred no dudó en avisarme al instante. —Cogió sus manos y Ragnild las notó frías. Se desasió con delicadeza y le sonrió.

—Gracias, rey Malcom. Ahora, si me disculpáis, quiero ver… a mi padre.

Malcom puso cara de inocencia y con una reverencia se apartó para dejar paso a la comitiva de Ragnild. Antes de entrar por la puerta de acceso a los salones, se dio la vuelta. Su hermano y el rey, ambos ahora monarcas, una imagen que infundía miedo.

—Aren, ve a ver a tu familia —le dijo a su amiga.

Finn frunció el ceño cuando la muchacha se retiró con una reverencia, ansiosa por ver a sus hermanas y a su madre después de tantas semanas.

—Finn…, puedes ir también, Alistair se quedará conmigo.

—Sigo siendo tu guardián, no me separaré de ti, Ragnild, y menos con esos dos aliados.

Asintió conforme, ella tampoco se podía decir que estuviera tranquila.

—Alistair, si quieres volver a Riata, lo entenderé.

—No me separaré de ti, princesa, pero Somerled tiene que saber esto.

Ragnild le sonrió, tomó su brazo para avanzar por el salón desierto a esas horas.

—Cuida tus espaldas, Alistair, esto no es como nuestro hogar. Velaré a mi padre, asistiré al funeral y después nos iremos. No es necesario avisar a mi esposo.

Alistair se dio cuenta de que su señora ahora sentía el clan Somerled como su sitio, no se separaría de ella en aquel nido de serpientes. Comprobó que, en todo momento, los guardias la seguían con la mirada, no les importaban él o sus hombres mientras ella entrara en el interior del castillo.

Ragnild fue hasta el lugar en que tenían a su padre, una pequeña sala junto al salón, allí de niña había visto a su padre rodeado de misivas y legajos, con los clérigos que lo ayudaban a responder los asuntos del reino, con sus guerreros preparar las batallas. Nada más entrar vio el banco junto al fuego, donde ella aprendía a leer y escribir mientras escuchaba a su padre reinar. Los visitantes de aquella sala apenas reparaban en ella, los clérigos se santiguaban al verla, la creían bruja, fue por ellos que su padre ordenó que le quitaran la marca, que quemaran su brazo y tatuaran en él el símbolo de la dinastía Crovar, como hubieran hecho con cualquiera de las posesiones de su padre el rey.

Giró la vista por los escasos muebles, la mesa con las enormes plumas y las tinturas, hasta que en el medio vio la plataforma de madera en la que descansaba su padre. Se había dado prisa, y aun así, la muerte tenía el olor del pasar de los días, amortiguado por el romero que lo rodeaba. Su perfil era el mismo, grave y hermoso en su vejez. ¿Cómo era posible que el mismo rostro en Godred fuera tan distinto a la vez? Sentado a un lado, vio a su hermano Erik. Solo la saludó con un gesto y Ragnild suspiró hondo. No quería acercarse más a Olafsson, prefería recordarlo como fue, un gran guerrero de una dinastía escandinava y señor de las islas. No estaba preparada para eso, y a pesar de su reticencia, fue hasta él e inclinó la cabeza en su pecho. Era su padre, pero ya no olía a él, ni tenía calor alguno. Necesitaba hablar con él, una vez más.

—Lo siento, padre, la muerte te ha llegado demasiado pronto. Siento no haber estado a tu lado. Perdona por mi rebeldía a veces, mi soberbia otras, nunca fui fácil. —Tomó aliento y hundió más el rostro en aquellos ropajes para susurrar todo lo que le habría contado en vida—. Te odié por casarme con ese hombre tosco, rudo y patán, sé que te lo dije en mis cartas, pero creo que sabías cómo era Somerled en realidad, valiente, fiel, un gran hombre, y por ello

consentiste. Lo he pensado tantas veces… y quiero creer que no me vendiste, sino que viste un futuro para mí, padre. Recuerdo cómo te reíste del sueño de mi esposo antes de estar casada con él, unir los reinos, controlar las islas… y creo que lo conseguirá, padre…, pero ha sido educado no como un escandinavo, para conquistar y tomar, sino para replegarse y conservar tierras. No sé cómo ayudarlo…

Erik tocó su mano y Ragnild levantó la mirada hacia su hermano.

—Erik, ¿y los *mormaer*, y los señores de Lewis y Thane?

Erik suspiró.

—Godred los avisó, los reunió, les impuso nuevas rentas, les obliga a traer a sus hijas a la corte y a sus hijos para educarlos, para asegurarse su fidelidad.

—¿Se lo han permitido?

—Están enfadados, Ragnild, pero obedecerán hasta que no puedan resistir, han servido durante siglos a nuestra dinastía. —Ragnild negó con la cabeza, desolada—. Hoy lo quemaremos, eso quería, una nave y solo el mar y él, como nuestros ancestros.

Ragnild tomó el brazo de su hermano y lo acercó a ella, lo abrazó, Erik no se resistió. Permanecieron así unos segundos hasta que se retiró de la sala y Ragnild se sentó en el banco de su niñez, junto a la puerta. Fuera, Alistair y Finn hacían guardia, así que muy pocos se acercaron a aquella sala, donde Ragnild pasó la noche. Se sorprendió al pensar que le hubiera gustado que Somerled estuviera con ella, hubiera sido más fácil, menos doloroso, si hubiera podido cobijarse en su torso y llorar. No podía llorar sola. Godred estaba ahí fuera, lo oía en la lejanía del salón, con el rey Malcom, los enemigos de su esposo. Unas horas más y estaría fuera de la fortaleza.

La madrugada cayó sobre el castillo, los sonidos se fueron apagando, y la figura de su padre se dibujaba sombría con el contorno de las velas. Unas voces la despertaron, apoyada contra el frio muro. Al salir, vio a Finn, dormido contra el muro, en un improvisado lecho que tal vez le había conseguido alguna de las mujeres que lo adoraban como a un dios.

Pasó por su lado llevada por la curiosidad de los susurros que venían del salón, ¿quién estaría despierto a esas horas? Al acercarse por el corredor, escuchó la voz de Malcom.

—Voy a llevarla conmigo, Godred.

Eran su hermano y el rey, solos en la gran sala. Ragnild permaneció escondida tras las sombras, ¿qué había querido decir el rey Malcom?

—No, Ragnild se quedará aquí, es lo único que tengo para negociar con Somerled. Ahora tiene derecho a mi trono, y no permitiré que me lo arrebate.

—Olafsson jamás reconoció a Ragnild.

—Eso nunca ha importado en la guerra, Malcom.

Se escucharon unos pasos y Ragnild se asomó un tanto. Vio la figura de una mujer de largos cabellos rojizos acercarse a ellos junto al fuego. Le daba la espalda, no podía ver de quien se trataba desde su escondite.

Malcom volvió a hablar de forma libre, así que ambos debían confiar en ella.

—Pretendía casarla con mi hijo, pero después de verla, quizá me la quede para mí, eso sellaría nuestra alianza, Godred. No me importaría llenar a tu hermana de hijos.

Su hermano se rio con la libertad de saberse entre amigos.

—¿Con una bastarda? ¡Malcom! Me defraudáis.

—No me importa quien fue su madre, solo herir a ese malnacido de Somerled.

En ese momento, la mujer habló y, al instante, el corazón de Ragnild se quebró. Se inclinó para ver si estaba en lo cierto, si no la engañaban viejos duendes. Era Aren, sentada sobre el regazo de su hermano Godred.

—No le haríais ningún daño a ese bruto de Somerled, no tiene el menor aprecio por Ragnild. Se casó con ella deprisa, la tomó en el bosque como si ella fuera un animal. No le importa lo más mínimo, dicen que dispone de las mujeres de la aldea sin pudor alguno. Es un salvaje. —Ragnild se puso la mano en la boca para no gemir de angustia. Aren la había traicionado. Era la amante de su hermano. Y lo que había dicho, ¿sería verdad? ¿Tenía Somerled amantes por todo el castillo? ¿La despreciaba en realidad?—. Solo es para él la llave de tu reino, Godred. Si hubieras visto el semblante de Somerled

cuando la vio por primera vez en la playa… solo le faltó decirle que volviera al barco.

Ragnild se apoyó en el muro. Aren no mentía.

—Deja que me la lleve entonces, Godred, no te sirve de nada.

—No. La retendré conmigo hasta que Somerled piense que ella lo ha abandonado, puede que no la quiera a su lado, pero eso herirá su orgullo, se volverá vulnerable, atacaré sus tierras cuando venga a por ella.

—Cuenta conmigo —le dijo entusiasmado Malcom—. Pero una vez hayas terminado, Ragnild es mía.

—Quédate a la bastarda entonces, cuando haya vencido a Somerled.

Ragnild cerró los ojos con fuerza, tamaña traición por parte de su hermano y Aren, de Malcom para con Somerled… Fue a dar un paso, a descubrirse ante ellos, cuando una mano le tapó la boca y agarró su cintura.

—Ragnild, no —susurró Finn en su oído. Ragnild se giró para mirarlo en la oscuridad. Ascendieron varios escalones para no ser descubiertos.

—¿También me has traicionado, Finn? ¿Desde cuándo sabes lo de Aren?

—Siempre fue taimada, tiene celos de ti.

—No digas tonterías —susurró con la frente pegada a la de él para que no los escucharan.

—Son amantes desde hace años, ella y Godred. No es cierto lo que dicen de Somerled, él te aprecia, Ragnild. Echó a nuestros soldados porque te ofendieron, siempre te ha defendido. Los escuchó nada más llegar, en los establos, te llamaron… bueno, ya lo sabes, bastarda y otras cosas que nunca deberías escuchar.

—No digas tonterías, soy solo un acuerdo para él. ¿Has escuchado a Aren? Tiene amantes. No puedo creer que sienta algo por mí. ¿Ahora lo defiendes, Finn?

Sonrió con ternura, Ragnild le acarició la mejilla. Su amigo y confidente, su guardián. Estaría a su lado siempre.

—Antes quisiera morir, no me cae bien, no es suficiente para ti, princesa. Y aun así, se ha conducido contigo con lealtad. Godred y

Malcom solo quieren retenerte para obtener algo de ti.

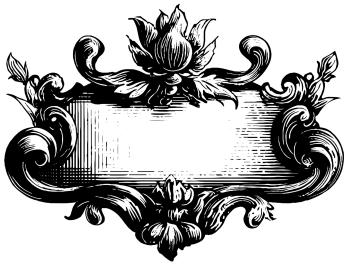
—¿Y él no? —respondió dolida. Somerled aún no le había demostrado nada.

—Tal vez, pero ahora es tu esposo, tu hogar, en cuanto sea el funeral, debemos escapar, Ragnild. Y si no quieres volver con él, nos iremos lejos. Podemos huir a Irlanda, tengo familia allí, o a Noruega, con nuestra gente, con mi padre.

Ragnild suspiró, con la frente pegada a la de Finn, para que nadie los escuchara. Sin embargo, alguien los observaba en lo alto de las escaleras. Alistair no podía creer lo que acababa de oír, la esposa de Somerled, su amigo, y ese hombre, Finn, pretendían escapar juntos. Los había encontrado a ambos pegados, en la oscuridad de las escaleras susurrando, apenas podía oírlos, pero aquello último dicho por Finn sí que lo había escuchado. ¡Demonios! ¡Iban a traicionar a Somerled!

Alistair volvió a subir en silencio, en lugar de ir hasta sus aposentos, atravesó el otro corredor, bajó por las escaleras directas al patio para buscar a sus hombres. Una vez más miró hacia atrás antes de ir a los establos en busca de sus guerreros y sus monturas. Tenían que salir de aquel castillo y avisar a Somerled de la traición de su esposa. Ella no volvería, huiría con Finn.

CAPÍTULO XIII



Ragnild miró de nuevo alrededor, Godred la tenía vigilada, pero no era razón para no haber visto a Alistair desde el día anterior. Finn había ido a buscarla al amanecer, tampoco sabía nada del *tainister* de Somerled. Un pensamiento amargo y continuo se adueñó de ella, ¿y si Somerled le había ordenado que la acompañara hasta las tierras de su padre para abandonarla allí?

Caminó erguida, seguida de Aren y Finn. Los dos habían acordado que no le harían saber a Aren que conocían su secreto. Descendieron a la playa, siguieron por el camino a los que portaban a su padre, preparado para entrar a la barca que lo llevaría al mar entre llamas encendidas. Ragnild pensó en lo impropio de un funeral escandinavo cuando su padre había adoptado la fe cristiana y peregrinaba con asiduidad al monasterio de Iona. Godred mandaba, así que nadie osó poner en duda que cumplía los deseos de su padre.

Durante los dos días que llevaban allí, había visto el éxodo de la aldea, muchos se iban, escapaban del dominio de Godred. Incluso su hermano Erik parecía querer escapar. Godred era cruel, sanguinario, violento, no tardaría en tener problemas.

Cuando el viento se llevó la embarcación en que iba su padre y las olas sacudieron su cuerpo, Ragnild se mordió e labio para no llorar. Nunca la había reconocido, pero la había salvado de la muerte nada más nacer, la había tratado y criado como a uno de sus hijos, con la educación de un muchacho, y la había enseñado a defenderse. Nunca podría echarle nada en cara a ese hombre que se alejaba para siempre. Las llamas se elevaron contra el cielo al amanecer hasta que, en la distancia, parecieron extinguirse. Olafsson, uno de

los reyes de Escocia, había muerto y ahora el poder quedaba en manos de Godred, Malcom y Somerled. Ragnild elegía a su esposo por encima de todo; de los tres, era el mejor hombre para gobernar Escocia, el más recto y honrado.

Los *lairds,* ahora bajo el dominio de Godred, habían acudido a despedir a su buen señor, una mezcla de escoceses, noruegos casados con escocesas, ramas de diferentes familias y clanes mezclados que miraban con desconfianza a su nuevo rey. Algunos pasaron junto a ella, inclinaron la cabeza en señal de reconocimiento como hija de Olafsson, entre ellos quedaba el secreto de aquella reunión en que aceptaron la alianza y ella se había quedado con el ajedrez, escondido en sus aposentos de Argyll en uno de sus baúles. Temía que si Somerled sabía que tenía aquella opción, refugiarse con cualquiera de ellos, desconfiara aún más de ella.

Inge fue la última en dejar la playa, al pasar por su lado la ignoró, como gran parte de su vida. Según Erik, partía a un convento cercano donde se retiraría de la corte.

—Ragnild, espero que te quedes un poco más.

Absorta en sus pensamientos, no había visto al rey Malcom acercarse.

—Partiré esta misma noche hacia Argyll, mi esposo me espera.

Finn, a su espalda, se pegó más a ella.

—No es conveniente, hermana, tu escolta te ha abandonado, quizá tu esposo ha aprovechado para devolverte a nosotros.

Godred sonrió complacido al decir aquello.

—Estamos casados, no soy una oveja que se devuelve a su señor. Me iré esta noche, con Finn y unos pocos hombres volveré sin peligros. ¿Qué podía pasarme con la protección de los tres grandes reyes sobre mí?

Su hermano frunció el ceño, había notado su tono sarcástico al momento.

—Te quedarás unos días, Ragnild, quieras o no.

—No, Godred, me voy.

Su hermano hizo una señal a sus hombres. Finn intentó evitar que la agarraran de los brazos y el mismo Godred lo golpeó con la empuñadura de su espada a traición.

Finn cayó al suelo, su cabeza empezó a sangrar y Ragnild miró a Aren, de pie sin decir nada.

—Godred, pagarás por esto, no puedes retenerme aquí. ¿Qué quieres de mí?

—Quiero que te cases de nuevo, hermana, anularemos ese estúpido matrimonio. ¡Oh! Malcom no te lo ha dicho, ¿verdad? Te quiere para él, quizá deje que te lleve a su reino. O tal vez te consumas en las mazmorras con tu amado Finn hasta que tu esposo venga a por ti.

Ragnild miró a Aren con rencor.

—No vendrá a por mí, jamás pondría en riesgo su reino.

—Ya lo veremos, hermana; de momento, te quedas conmigo. Y espero que Somerled no te haya dejado embarazada, porque si no, tendrás que deshacerte de ese bastardo.

Así que era eso. Un heredero de Somerled, un hijo suyo y de ella. Por un momento, la esperanza creció en su interior y murió al mismo tiempo. El heredero de ambos reinos jamás nacería, si es que estaba embarazada. Godred se encargaría de ello.

La vuelta al castillo fue entre dos guardias, a Finn se lo habían llevado a rastras, no podían luchar contra la fuerza de Godred, y por mucho que los hombres la respetaran, ahora el rey era su hermano. Había estado una vez en las mazmorras, llenas de humedad, excavadas en la piedra de los acantilados.

Ragnild fue llevada a sus aposentos, donde había pasado gran parte de su tiempo. No quedaba en ellos gran cosa de la que había sido su vida en el castillo, dos guardias en la puerta le dijeron que no tendría tanta suerte como para no ser vigilada. ¿Dónde estaban Alistair, Magnus, Greer y los hombres de Argyll? Los Somerled habían desaparecido antes del funeral sin explicación alguna. ¿Los habría matado Godred? No podía ser. Finn lo hubiera sabido. ¿Sería cierto que la intención de su esposo era dejarla allí, repudiarla? Escuchó pasos en el corredor, prefería que no enviaran a Aren a espiarla, aunque la que antes fue su amiga había desaparecido. Sus posibilidades de preguntar por el destino de Finn murieron cuando, al mediodía, le llevó la comida una mujer que no conocía, y ella

sabía de todos en el castillo. Godred no quería que hablara con nadie.

Esperó en los aposentos mientras el día se escurría entre sus pensamientos y la luz se extinguía poco a poco, un día sucedió a otro, y otro más hasta perder la noción del timepo. No podía creer que Somerled la hubiera traicionado, no cuando apenas hacía unos días se habían amado. Era tosco, serio, pocas veces lo había visto sonreír, pero había sido con ella… No, no podía dar crédito a Godred, ni a Aren. No cuando se habían jurado fidelidad.

¿Y Erik, su otro hermano, no haría nada para sacarla de allí? El temor que infundía Godred era tan grande que todos se sometían a él. ¿Qué hubiera pensado su padre? Olafsson siempre desconfió de su heredero, pero era, al fin y al cabo, el futuro rey, apartarlo solo hubiera traído guerras y divisiones.

Desde la silla junto a la ventana, como si al observar el patio pudiera deducir algo, escuchó a los guardias. La llave de la cerradura sonó y abrieron la puerta. Ragnild se puso de pie, a la defensiva. Era Aren, con un bonito vestido y su sonrisa falsa.

—Tu hermano dice que los acompañes en la cena.

Apenas podía mirar a su amiga, habían estado juntas desde niñas, nunca había siquiera sospechado de su traición.

—Aren, ¿dónde estabas? —preguntó cauta. No quería que supiera que los había escuchado y sabía de su traición.

Aren entró en los aposentos, Ragnild se dio cuenta de que no cerraba la puerta, la temía.

—Ya no soy tu criada, puedo ir y venir cuando quiera.

Sus ojos azules se le antojaron a Ragnild más rasgados y fríos que nunca. ¿Dónde quedaban sus juegos en la pradera, sus tardes en el salón?

—Nunca fuiste mi criada, Aren, te creía una amiga.

—Sí, claro. Aquí, que no importabas a nadie, ni siquiera tenía que obedecerte, pero cuando te casaste con ese bruto de Somerled, cambiaste.

—No lo hice, Aren, fuiste tú que no supiste adaptarte a ser una más en Argyll, a trabajar y a nuestra nueva gente.

Aren hizo un gesto con la mano y desechó sus palabras.

—Seré reina, ¿sabes, Ragnild? Me casaré con Godred, y entonces tendrás que arrodillarte ante mí.

Ragnild se levantó y se acercó a ella con rapidez, los guardias de la entrada se asomaron.

—Qué triste es eso, Aren, ¿es lo único que quieres? ¿Una revancha por los buenos momentos que pasamos? ¿Y Finn, tan poco te importa que permites que esté en una mazmorra? ¿Qué les han hecho a los hombres de Somerled?

Aren dio un paso atrás, más cerca de la puerta.

—Voy a ser reina, y tú eres una prisionera, cuida tus palabras, Ragnild. ¿Finn? No tienes permitido verlo. Tuvo la oportunidad de traicionarte y no quiso, y respecto a los hombres de ese animal, se fueron y te abandonaron, nadie les hizo nada. Te ha abandonado aquí, Ragnild, no eres digna de ser reina, ni esposa, no vales más que lo que Olafsson te apreciaba, y ahora está muerto. —Ragnild se preguntó de dónde salía tanto odio. ¿O era solo el ansia de poder? —. No eres nada, bastarda.

Entonces fue cuando Ragnild corrió hasta ella, la agarró del cuello con fuerza.

—Tú no vales nada, traidora —susurró en su rostro mientras sus piernas se doblaban.

Los guardias actuaron deprisa y de la cintura se llevaron a Ragnild hasta el otro extremo de la sala. Aren tosió con fuerza, el rostro enrojecido mientras el otro guardia la ayudaba a salir.

Una vez sola, Ragnild cayó en la silla, se miró las manos enrojecidas a causa del esfuerzo al apretar el cuello de Aren. Había estado a punto de hacerle daño. ¿Por qué la había llamado bastarda? ¿Cuántas veces lo había escuchado? No, no había sido eso, se dijo, sino que Aren le había dicho la verdad, ¿qué era ella, tan poca cosa, tan insignificante para considerar que Somerled la amara? La había abandonado y aquel era su destino, plegarse a las exigencias de Godred o permanecer encerrada, y quisiera el cielo que no estuviera embarazada, entonces, moriría.

Se arregló el pelo en una trenza sencilla y se puso uno de sus antiguos vestidos. No debía desestimar la invitación de Godred, tal vez se enterara de cómo estaba Finn. Las galerías, que de niña

recorría a la carrera, se le antojaron oscuros, bajó las escaleras seguida por los guardias y la luz de las velas hizo que entrecerrara los ojos. Cada vez que veía a Godred en la silla de su padre, las lágrimas amenazaban con salir a borbotones. Se mordió el labio y caminó ante los traidores. Sintió las miradas de todos, pero la que más le afectaba era la de Malcom, taimado, jugaba a un juego peligroso. Mantenía a Somerled como súbdito en alianza y acudía a Godred para ir contra él. Esperaba que el motivo de la partida de Alistair hubiera sido advertir a Somerled.

Vio la única silla vacía en la mesa, no le hubiera importado sentarse con los demás en los bancos, sobre todo, porque Aren estaba junto a su hermano y ese lugar vacío era junto a Malcom, que se levantó como un caballero para que se sentara a su lado.

Los ojos oscuros de Malcom se posaron en los suyos, la media luna de su sonrisa, irónica, miró su vestido y a ella divertido. Parecía saber que Ragnild no quería mostrarse hermosa ante ellos, como si le fueran indiferentes.

—Ragnild, estás bellísima.

—Gracias, Malcom —susurró con falsa educación. Lo odiaba, no solo porque había sitiado Argyll hacía apenas unos días, sino porque despreciaba a Somerled.

—Parece, hermana, que aún podemos hacer de ti una mujer casadera. Has recordado tus modales y dejado atrás tu rebeldía.

Godred lo soltó entre sorbos de cerveza.

—Yo ya estoy casada, ¿no lo recuerdas, hermano?

—Eso lo arreglaremos pronto, ¿verdad, Malcom?

—Cierto, Godred.

¿Qué significaba todo aquello? Miró a Aren, que enseguida bajó la cabeza y rehuyó su mirada. Su cuello aún tenía las manchas rojizas de su enfrentamiento.

—Quiero ver a Finn, ¿qué le habéis hecho?

Godred se rio.

—¿Tanto te preocupa tu guardián, Ragnild? Está bien, hermana. ¿Quieres bajar a verlo a las mazmorras?

Su hermano era astuto, la observaba con la ira danzando en sus ojos azules, por un momento vio al niño que la martirizaba, la

empujaba y pegaba a escondidas, que enardecía a los otros para que le gritaran insultos, y todo porque Godred siempre envidió el cariño que su padre le mostraba a ella.

—Sí, quiero verlo.

La seriedad de Godred le dio menos miedo que sus sonrisas cuando hizo una señal a los soldados. No se había compadecido de su petición, sino que solo quería que sufriera al ver a Finn encerrado. Los guardias acudieron y Ragnild, aún sorprendida porque hubiera cedido Godred, se levantó. A su lado, Malcom hizo lo mismo.

—Te acompaño, princesa, no es un sitio agradable.

No era lo que quería, pero poco podía hacer si Malcom insistía en acompañarla, si se negaba, tal vez pasara la oportunidad de ver que Finn estaba bien.

Salieron del salón uno junto al otro, el rey demasiado cerca de ella. Llegaron al patio, una suave llovizna caía sobre el empedrado y hacía brillar las paredes. El herrero levantó la mirada un instante y volvió a su trabajo. Los golpes eran como el tañido de una campana, y Ragnild pensó que parecía una marcha fúnebre.

—Ragnild, quiero que vengas conmigo. —Malcom se detuvo y tomó su muñeca para que ella también lo hiciera—. No era mentira cuando te ofrecí Escocia, a mi lado no te faltaría nada, podrías olvidar las rencillas entre tu esposo y tu hermano.

—Y tú tendrías este reino, y a Somerled como siervo.

—Se casó contigo sin mi permiso, jamás pensé que me traicionaría con esta alianza, lo hubiera aceptado, pero ahora tu padre ha muerto, y Godred quiere destruir a Somerled.

Ragnild se soltó de un movimiento y siguió su camino. Malcom la alcanzó en la torre. Cuando entró, los dos guardias salieron para que pudieran bajar por las angostas escaleras hasta las mazmorras. Solo ver aquella entrada hizo que quisiera correr hasta Finn.

Malcom tomó su cintura y la detuvo, la atrajo hacia él y su espalda chocó con el torso del rey.

—Ragnild, no seas necia, no tienes muchas opciones. Renuncia a Somerled y sé mía, serás reina de un castillo rico y una nación poderosa.

Ragnild apartó el rostro, sentía el soplo del aliento de Malcom sobre su cuello.

—No traicionaré nunca a Somerled. Es ahora mi esposo.

Malcom apretó su agarre contra ella y Ragnild sintió su erección contra su trasero.

—Los papeles están preparados, renuncia a Somerled, podemos declarar el matrimonio nulo.

Ragnild se quedaba sin respiración, estaba sola con Malcom, nunca habían pretendido que viera a Finn, sino quedarse a solas con ella.

—No firmaré nada, mi matrimonio no puede ser nulo, está consumado.

Malcom apretó más su cintura, y una de sus manos subió por el torso de Ragnild, se detuvo en su pecho y lo mesó bajo su palma. Ragnild forcejeó y eso solo hizo que él se pegara más a ella de forma lujuriosa y se restregara contra su trasero. Malcom introdujo los dedos bajo el escote y Ragnild intentó apartarse.

—Eres preciosa, Ragnild, una rara flor escocesa que Somerled no sabe apreciar. Tus ojos me atraen, eres en verdad una bruja. Firmarás la anulación, jurarás que te obligaron a casarte con él, que no has sido suya, aunque tenga que torturarte hasta que consientas ante un sacerdote.

—Eres odioso.

Intentó insultarlo cuando Malcom la giró sobre sí misma y la besó. Su mano le sujetaba la nuca, la otra descendió por su vestido hasta apretar sobre las telas la uve de sus piernas. Apretó los dedos hasta tocar su feminidad y Ragnild supo que si no hacía algo, iba a tomarla allí mismo. Sus dedos temblaban cuando buscó a tientas el cuchillo, que había robado en la mesa, entre los pliegues de la cintura de su vestido. Cuando Malcom la presionaba con la mano con más fuerza y sus dientes le mordían los labios con fiereza, encontró la empuñadura, levantó el cuchillo con demasiada fuerza y casi se lo clava al rey en el cuello. Él notó el acero sobre la piel y dejó de presionar, sus labios se apartaron despacio con una sonrisa.

—Ragnild, no me digas que no te gusta. Solo quería saborear lo que será mío.

Con el cuchillo en alto se fue separando de él.

—Antes moriría, Malcom, que entregarme a ti o someterme a la voluntad de Godred.

—¡Guardias! —gritó—. Te convencerás en cuanto pases un tiempo junto a tu amado Finn. ¡Dejadla abajo con el otro traidor! Te juro, Ragnild, que cederás y darás tu consentimiento.

Los guardias entraron y atraparon sus brazos, el cuchillo poco podía hacer contra ellos, cayó al suelo entre sus dedos. Fue el momento que Malcom aprovechó, inmovilizada e indefensa, para darle una bofetada; en un alarde de orgullo, Ragnild levantó el rostro como si no le hubiera dolido y le sonrió, Malcom esta vez le golpeó la otra mejilla con el dorso de su mano.

—Te doblegarás, Ragnild, más tarde o más temprano, todos lo hacen.

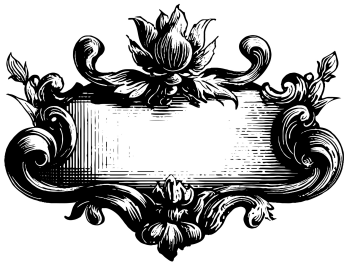
Sintió su labio abierto, un fino hilo de sangre. Lo miró retadora mientras la arrastraban escaleras abajo. Se golpeó las rodillas al caer varias veces, pero ellos, sin cuidado alguno, tironearon de ella a medida que se adentraban en las entrañas del castillo. El corredor se abrió ante ellos y forcejeó una y otra vez, sus escarpines se hundieron en el barro pegajoso del suelo, allí la humedad era insoportable. Llegaron ante la celda de gruesos barrotes ennegrecidos. Ragnild plantaba los pies, se revolvía, todo fue inútil cuando la arrojaron al suelo de la celda. En el momento que escuchó tras ella cómo se cerraba la puerta de hierro, Finn se acercó arrastrándose.

—¿Te han hecho daño, Ragnild?

Se abrazó a Finn, notó las lágrimas inundar sus ojos. Estaban en penumbra, los guardias se llevaron las antorchas, mantuvo la cabeza en su pecho; por fortuna, Finn no vería los golpes en su rostro hasta pasadas unas horas.

—Reza, Finn, para que Alistair le cuente a Somerled esta traición, porque si no, nos matarán a los dos.

CAPÍTULO XIV



Alistair desembarcó con los hombres en la playa y enseguida escuchó el cuerno que daba el aviso de que estaban allí. El patio del castillo de Argyll lo recibió con sus piedras ennegrecidas bajo la lluvia y Somerled con cara de pocos amigos. Esbozó una media sonrisa al ver a Isobel salir a su encuentro también. Ella miró alrededor, entre sus hombres; Alistair sabía a quien buscaba.

Somerled, más discreto, había hecho lo mismo que su hermana. Sus labios se apretaron en una línea férrea.

—Somerled, amigo.

Debió notar en su rostro, o en el de Magnus, o en el de todos ellos, que algo había ocurrido. Llevaba días tras el ejército de Malcom, parecía haber desaparecido de Escocia cuando él lo esperaba preparado para la guerra.

—Vamos dentro, Alistair, temo que lo que vas a contarme no va a gustarme.

—Es una traición, Somerled, como nunca imaginé.

—Ven, entonces, quizá sea la explicación a por qué nadie amenaza las tierras del clan.

Entraron seguidos de Isobel, que no dejaba de observar a Alistair. Parecía cansado y algo más, en su rostro se leía la desesperación. Se sentaron en la gran mesa, que Alistair miró con fijeza, como si un recuerdo se hubiera adueñado de él, e Isobel ordenó que trajeran bebida y atendieran a los hombres en el exterior después del viaje.

Somerled, a pesar de que temía las malas noticias, sonrió a medias, su hermana había cambiado mucho desde que Ragnild llegó a sus vidas, parecía una joven más madura y segura de sí misma. Ragnild, algo le tenía que haber sucedido a su esposa para que no

volviera con Alistair. No quería pensar en la posibilidad de que, una vez en su hogar, se negara a volver con él. Lo había jurado, debía recordarlo, su fidelidad a él.

—¿Dónde está mi esposa?

Impaciente, ni siquiera esperó a sentarse. Alistair levantó la mirada, turbia y llena de ira.

—Llegamos al hogar de ella, para el funeral, y Malcom estaba allí. Ha pactado con Godred, el hijo y sucesor de Olafsson, el hermano de tu esposa.

Somerled dio un golpe en la mesa, Malcom era listo y taimado, pretendía renovar su alianza ahora que Olafsson había muerto. Él mismo lo había empujado a la traición.

—Bien —aseveró al intentar mantener la calma. Malcom y su esposa en el mismo castillo—. Eso explica que nos haya dejado en paz, pero y Ragnild, ¿dónde está?

Alistair tomó aliento y su mirada fue hasta Isobel, sentada frente a él.

—Yo no… no creo que nadie deba oír esto.

Somerled frunció el ceño, hasta ese momento pensaba que Alistair había regresado antes para advertirlo, pero a juzgar por los hombres que habían vuelto, habían dejado a Ragnild sola con Godred y Malcom. Eso era peligroso. Ella era su único vínculo con el trono de Godred.

—Habla —le ordenó Isobel con voz firme.

Somerled asintió, Alistair, sorprendido por la orden de la muchacha tímida que dejó, se dio por vencido.

—Tu esposa nos ha traicionado.

—No puedo creerlo, no aprecia a su hermano Godred en lo más mínimo y Malcom jamás le cayó bien.

Alistair se mesó los cabellos, sabía que lo que iba a confesar haría que Somerled se volviera loco.

—Son sus guardianes, Somerled, Aren es la amante de Godred, pude verlo nada más llegar, y respecto…

—A Finn, habla, Alistair.

—Los vi, a él y a Ragnild, no les seguía, se suponía que ella estaba en el duelo de su padre. Bajé las escaleras para relevar a

Finn de la guardia, no pensábamos separarnos de ella mientras Malcom estuviera allí, y entonces… los vi, abrazados en los escalones, sus frentes unidas…

Somerled apretó la mandíbula hasta que sintió el dolor de sus dientes.

—¡No! Son buenos amigos —le interrumpió Isobel—. Ragnild lo quiere como a un hermano, no insinúes esas tonterías, Alistair. ¿Cómo puedes creer eso de Ragnild?

Retuvo a su hermana, que quería arremeter contra Alistair.

—¿Qué más, Alistair? Habla de una vez.

Sabía de aquello que unía a su esposa con su guardián, pero un acto cariñoso no podía significar que lo engañaba.

—…los oí claro, como a ti ahora, Finn le dijo que tras el funeral huirían juntos, y ella le dijo que era la única solución.

Somerled se apartó de él, vio como todo a su alrededor se volvía del color más oscuro. No fue consciente de que gritó hasta que el eco de su bramido resonó en cada pared de Riata, los habitantes de Argyll, fuera, lo escucharon. La bestia dentro de él había vuelto.

—Que se quede a esa perra traicionera entonces.

Isobel intentó detenerlo y la echó a un lado sin cuidado.

—No lo creas, Somerled, tal vez se creían en peligro, Finn haría cualquier cosa para sacarla de allí. Piensa, hermano.

Era inútil, Somerled revivió las mentiras de su madre, el sabor de la traición, aquellos sentimientos que de niño oscurecieron su vida y la de su familia. Otra vez, la historia se repetía, una mujer traicionaba a los Somerled, pero esta vez él no sería tan tonto como su padre, si Ragnild quería quedarse con Finn, que se fueran lejos. Lo más lejos posible, porque si los encontraba, los mataría a los dos. Delante de sus narices, todo el tiempo… El veneno se esparció por sus venas y su cuerpo. Sí, los mataría a ambos.

Isobel lo vio enfurecido, hacía tiempo se hubiera alejado de él o corrido en la otra dirección, pero Ragnild le había enseñado a ver a su hermano de otra forma, al lado de ella, Isobel había creído ver la naturaleza de su hermano. Ian había sonreído cuando Ragnild estaba cerca, hasta era más cariñoso con ella.

—¡Alistair! —lo llamó al ver que el amigo de su hermano se iba tras él.

—Isobel. —Se dio la vuelta con el rostro tan triste que ella misma quiso consolarlo, pero no era el momento. No lo creía, Ragnild no traicionaría nunca a su hermano.

—No es verdad, no es lo que crees haber visto u oído, piénsalo despacio. ¿Se besaron? ¿Se tocaron?

—¡Cielos, Isobel! No voy a hablar de esto contigo, eres como una hermana para mí.

Isobel lo tomó del brazo.

—Es importante, Alistair, quizá malentendiste toda la situación, ¿crees que Ragnild se encontraría con un amante en las escaleras? No soy inocente, debiste ver algo más para estar seguro.

Alistair dudó un instante, lo vio en sus ojos.

—No, pero fue suficiente, Isobel, tú no sabes nada de esas cosas… eres tan inocente que …

—¿Y tú, Alistair? Has estado con ellos, ¿viste en el tiempo que estuvieron Ragnild y Finn aquí algo extraño? Nada. —Nunca se había fijado en Isobel cuando se enfadaba, sus ojos azules furiosos y velados por las lágrimas que no quería derramar—. No me lo creo, no puedo, estás confundido, ¡maldita sea!

Aquello era lo último que esperaba oír de la inocente Isobel criada en un convento.

—Nunca los vi hacer algo impropio.

—Entonces, come algo y descansa, mañana al amanecer partiremos en busca de Ragnild. Deben tenerla prisionera o algo peor.

—¿Qué dices, Isobel? ¿Te has vuelto loca?

Isobel se acercó a él con los labios apretados.

—¡Oh, Alistair! Y si te has equivocado, ¿tendrás eso sobre tu conciencia?

—Quizá debí esperar…

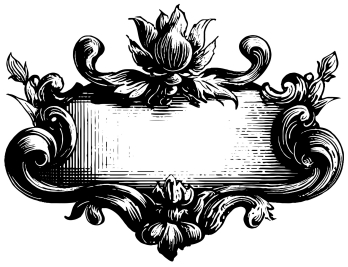
—¿Lo ves? A mi hermano no podremos convencerlo de que vaya en su busca, por eso lo haremos tú y yo.

—Ni en un sueño, Isobel.

—Iré sola, me escaparé, te doy mi palabra, Alistair.

Pensó en lo que la hermana de Somerled decía, ¿y si se había equivocado? Asintió ante ella, la acompañaría, y quizá después, su amigo lo matara por sacar de Argyll a Isobel.

CAPÍTULO XV



—¿Crees que Somerled tardará mucho, Ragnild?

Una insistente gota caía entre ambos, el techo de la celda era roca, igual que el suelo, jamás había pensado que existiera un lugar así en su hogar. Un pequeño ventanuco encima de ellos daba al patio, apenas entraba luz, la suficiente para que Ragnild viera las sombras correr cerca de las paredes. Ratas. Eso no, no podría soportarlo.

—Finn, no creo que venga, declararía la guerra a Godred y a Malcom al mismo tiempo. Estaría loco si lo hiciera solo por mí.

Finn se acercó y se puso de rodillas ante ella, Ragnild estaba sentada sobre la única cosa que había allí dentro, un banco de madera.

—Creo que te ama, Ragnild, lo he visto.

Ragnild vio su hombro, el jirón en sus ropas mostraba la cicatriz de Finn, igual a la suya, la tocó con afecto. Le habían dado una paliza antes de meterlo allí dentro y la manta en que se cobijaba se negaba a quitársela a ella. Recorrió con los dedos las cicatrices de la quemadura.

—No lo lamentes por mí, Ragnild. Nunca te traicionaré. El día en que tu padre me hizo quitarte la marca, y que luego me hizo él a mí, nos convirtió en hermanos. Creo que siempre lo supo, que nunca nos separaríamos.

—Nunca, Finn. Eres el mejor amigo que tengo, el único tal vez.

—Por eso sé que, aunque le costó, Somerled te acabó por ver, la persona que eres, Ragnild, la fortaleza que llevas dentro. Creo que te amaba, por eso no me resigno a que no venga a por ti. Y a por mí, si no es mucha molestia, aunque sé que no le gusto demasiado.

—No le gustas a ningún hombre, Fin. No te lo tomes a mal.

—A tu esposo desde luego que no. Es una pena, porque incluso he pensado en redimirme.

Ragnild alzó la ceja.

—¿Acaso estás enamorado, Finn? ¡Por favor! ¡Que no sea Aren!

—¿Esa arpía? Nunca. No soy muy exquisito, pero a diferencia de ti, siempre vi la maldad en ella. Aren nunca estuvo hecha para ser una doncella, aspiraba a más, siempre.

—¿Sabías que era la amante de Godred?

—Lo intuía, aunque cuando quiso acompañarte por voluntad propia a Argyll, a tu nuevo matrimonio, pensé que me había equivocado. Tuve la esperanza de que hubiera cambiado y te siguiera por amistad, al parecer, cometí un grave error de juicio.

—Entonces, ¿quién? —Ragnild abrió los ojos con sorpresa, su boca se abrió de asombro. Habían pasado mucho tiempo juntos, los cuatro, y en todos esos días, Finn no se había alejado de ellas, ni buscado nuevas aventuras—. ¿Isobel? ¿Es ella? ¿Por eso intentas congraciarte con Somerled? —Finn se apartó, huraño, y Ragnild sonrió, parecía imposible que un conquistador como él se hubiera fijado en Isobel. Era hermosa, desde luego, pero ella no tenía la picardía que Finn solía exigir en sus conquistas—. Es muy inocente, Finn. ¿No habrás…?

—¡Nooo! —Se giró hacia ella y en la penumbra vio un brillo en sus ojos—. Es tan diferente a las mujeres que he conocido, es tan inocente, no sé, me obliga a ser cortés a su lado y eso es raro. Te parecerá estúpido, pero su sonrisa me hace ser feliz.

—Jamás creí que fueras capaz de decir algo tan bonito y puro de una mujer.

Sonrieron, aun entre aquellos muros húmedos que los retenían, y se abrazaron. Su padre los había convertido, con el mismo sufrimiento, en hermanos hacía ya mucho tiempo. Tal vez, siempre fue su intención el castigo, y las cicatrices unen más que las riquezas de una corte y los privilegios.

—Aren, creo que ella era la traidora, contaba a Godred todo lo que hacía Somerled, le habló de nuestro compromiso para que Malcom lo impidiera, pero llegó demasiado tarde.

—Aren es capaz de eso y mucho más. —Ambos callaron al tratar de dilucidar cuál fue el momento en que su amiga se había convertido en una traidora—. En serio, Ragnild, ¿tu hermano nos va a matar de hambre? Es una mierda de muerte. Godred es cruel.

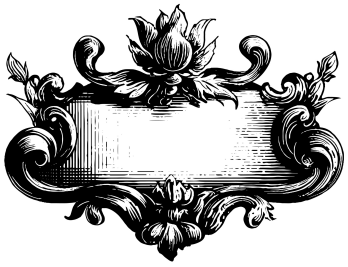
—La peor, Finn. Prefiero morir por una gran causa con el estómago lleno.

—¿Y tú esposo, Ian Somerled es una gran causa?

Ragnild suspiró hondo y se apoyó contra las aristas de las piedras.

—Sé que sí, Finn, confía en mí. Somerled merece la pena, igual que Isobel.

CAPÍTULO XVI



Somerled apretó los puños con fuerza, solo pensaba en agarrar de la cintura de su hermana y encerrarla en la torre más alta o la mazmorra más honda de todo su reino.

Isobel, ajena a su ira, o ignorándola, apretó las cinchas de su caballo para bajar a la playa. Alistair estaba a su lado, como si eso fuera capaz de detener a su hermano.

—Isobel, no dejaré que vayas sola en busca de Ragnild. ¡Es que no puedes entender que nos ha traicionado!

Su hermana se giró hacia él, el rostro rojo de ira y sus antes plácidos ojos azules entrecerrados. Se parecía tanto a su madre que Somerled se reafirmó en su idea. En cuanto la hizo volver al castillo, se arrepintió al ver su rostro de adulta, tan parecido a la mujer que llevó la desgracia a los Somerled. Supo que la había enviado al convento a la muerte del padre de ambos porque le dolía verla, tan parecida a esa mujer que los abandonó. Y después solo la había ignorado a su regreso, hasta que Ragnild la hizo brillar, Isobel había pasado de ser una sombra asustada a una muchacha sonriente y de fácil trato, era consciente de que Morna y el resto de los habitantes del castillo la adoraban, de la misma forma que ella adoraba a Ragnild.

—No nos ha traicionado, Alistair no sabe lo que vio. Estuve con ella, con Aren y con Finn, y lo único que vi fue lo mucho que la odiaba su doncella, lo mucho que la quería él, como un hermano, y lo idiota que eres tú, Ian. Ragnild no te ha traicionado, la tienen presa o algo peor, y no lo quieres ver.

—Ian, tal vez me equivoqué, cuando lo pienso, no vi nada que pudiera comprometerlos… me precipité y me mata la falta de certeza

de que nos traicionara. ¿Y si no es así?

Somerled miró a su amigo, la desesperación de sus ojos, jamás lo llamaba por su nombre si no se encontraban al borde de un desastre. Alistair tenía razón, él tampoco estaba convencido. Una vez pasada la noche de borrachera, lleno de ira, fuego y dolor, reconocía que tenía una pequeña duda, y, sobre todo, la idea de que se dejaba llevar por sus fantasmas del pasado. «Confía en tu instinto, siempre te dirá lo que tu corazón no quiere confesar». Su padre, sus consejos. A pesar de que su mujer lo traicionó, fue un buen padre, le enseñó cuanto sabía, nunca cuestionó que fuera su hijo, al igual que Isobel, como muchos le dijeron. Era su padre por encima de todo. Y les dio todo el cariño y amor que necesitaron.

—¡Está bien, Isobel! Iremos a territorio de los Olafsson, pero si al llegar, Ragnild no quiere volver, no la obligaré.

Su hermana arrojó las riendas y se tiró a sus brazos, hundió el rostro en su camisa y él sintió la humedad de sus lágrimas en la tela.

—No te arrepentirás, confío en ella, hermano, Ragnild te ama de corazón, lo sé.

—Alistair, prepara unos pocos hombres, y un barco.

—¿Iremos con todos nuestros guerreros?

—No, iremos solos, no arriesgaré la paz por esto. Partiremos mañana, he aprendido de Malcom estos años, mucho más de lo que él esperaba de un medio rey y medio *laird*. Prefiero que Godred no sepa que estamos en sus tierras.

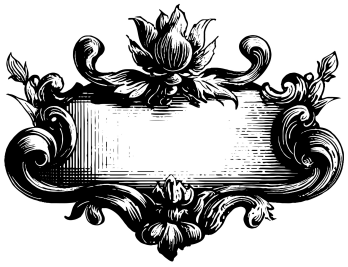
Alistair asintió y frunció el ceño.

—¿Y no es una locura ir sin ejército ni defensa?

—Nuestros hombres esperarán a mitad de camino, solo por si acaso, Alistair, no me mires así, esto ha sido idea vuestra, no mía.

Isobel y Alistair lo vieron irse, atravesó el patio dando órdenes a todo aquel que se cruzaba en su camino.

CAPÍTULO XVII



Ragnild se sintió observada y abrió los ojos despacio. Finn y ella se habían refugiado en el lugar más alejado a aquellos barrotes, temían que los guardias de Godred intentaran matarlos mientras dormían. El ruido de la cerradura los despertaría antes, si querían llegar a ellos. La humedad del suelo se filtraba por cada poro de su piel hasta perder la sensación de calor, envuelta en los brazos con el cabello suelto para darse calor, sin resultado. Apenas había dormido, el día anterior les habían llevado un pequeño pan mohoso que le recordó a la comida en Argyll y le hizo hasta sonreír. Maisie, con sus guisos deliciosos, se llevaría ahora las manos a la cabeza. Junto al pan vino una jarra de cerveza agria que al final se decidieron a beber a pesar de temer que estuviera envenenada. Las sombras de la celda se movían en cuanto un animal se corría de un lado a otro y, con temor, temió que uno de aquellos animales fuera quien la observaba. Su mirada fue hasta los barrotes y entonces vio a su hermano Erik, de pie, con el rostro entre ellos.

—¡Erik! —susurró aliviada.

No era Godred, que ni siquiera los había visitado; ni Malcom, que había estado varias veces para ver si deseaba salir de allí y pedir la anulación de su matrimonio.

Su hermano apartó la mirada cuando Ragnild se acercó a gatas, a pesar de ello, se arrodilló para quedar a su altura.

—Ragnild, lo siento mucho, hermana. No sabía que Godred te tenía aquí encerrada. Pregunté una y otra vez por ti, he registrado el castillo y los alrededores en estos días.

—¿Estos días? Erik, ¿cuánto tiempo hace desde que desaparecimos Finn y yo?

Su hermano se echó atrás, pensativo.

—Casi dos semanas.

Ragnild no podía dar crédito, había pasado dos semanas allí encerrada, su estómago gimió de hambre y Erik se apresuró a sacar de entre sus ropas pan y queso.

—¿Cómo nos has encontrado, Erik? ¿Sabe alguien más que estamos aquí?

—Uno de los hombres de la torre os vio cuando os encerraron, lo soborné y habló. Incluso ellos están preocupados, nadie pasa tanto tiempo en este agujero sin morir.

—Es un consuelo. —Sonrió a medias ante su hermano. Recogió la comida en el regazo y sus manos se entrelazaron.

—¿Por qué no claudicas, Ragnild? Anula tu matrimonio con Somerled de Argyll, Malcom te liberará, es probable que te convierta en su reina.

—No puedo, Erik, estoy casada con Somerled… —El resto lo calló.

En la oscuridad de aquel sitio, su cuerpo abandonándola, el hambre haciendo rugir su estómago, había comprendido que aquello no tenía que ver con el orgullo ni con que le hubiera hecho una promesa a Ian, era un sentimiento más grande, lo amaba. Quería a su esposo. Saber el daño que podía causarle que se rindiera a Godred y a Malcom era más fuerte que cualquier cosa que pudiera pasarle en aquel maldito agujero, incluso que las ratas se la comieran viva.

—Solo están esperando a ver si estás embarazada de él, en cuanto vean que no hay niño, nuestro hermano te entregará a Malcom. Necesita sus ejércitos, quiere aplastar a Somerled de una vez por todas, ambos quieren, es el tercero en discordia. Durante años, entre nosotros en las islas y el reino de Escocia ha habido guerras, pero la presencia de Somerled lo desequilibra todo. No pueden permitir que gane. ¿Cuánto tardarían el resto de los clanes en rebelarse y gobernar sus propias tierras?

Todos estaban descontentos, las gentes de Man lo decían por todos los rincones, desde que Olafsson había muerto, se negaban a pagar las rentas y Godred se mostraba violento con ellos.

—Somerled vendrá a por mí, Erik.

—Nadie ha visto sus tropas, han pasado casi un mes desde el funeral de padre y no está aquí. Sus hombres se fueron sin ti, Ragnild. ¿De dónde sale tanta esperanza en Somerled?

—Hicimos un juramento más grande que un matrimonio, es un *highlander*, lo mantendrá.

Ragnild negó con la cabeza, sus propias palabras, las que se había repetido hora tras hora, y que ahora le decía a Erik, le sonaron vacías al pronunciarlas en alto; era cierto, tenía que empezar a asumir la posibilidad de que Somerled la hubiera abandonado. Ahora que era consciente del tiempo que llevaban ella y Finn encerrados, era más difícil mantener la esperanza, encontrar consuelo en que Somerled estaría en su busca, la había olvidado.

—Escucha, Ragnild, estas son las llaves de la celda —dijo Erik al sacar de entre sus ropas algo en su mano cerrada, y se las tendió—. Huid de madrugada, me encargaré de que los guardias de la torre estén borrachos esta noche. No puedo hacer más por ti. Si Godred se entera, me matará. No te puedes imaginar el rastro de violencia que desata a su paso; en cuanto alguien le lleva la contraria, lo mata, los clanes no tardarán en levantarse contra él.

—¡Erik! Muchas gracias, no lo olvidaré, hermano. ¿Por qué no vienes con nosotros?

El rostro de Erik se ensombreció y sus ojos esquivaron la mirada de Ragnild.

—¿Y a dónde iríamos, Ragnild? ¿Dónde irás? Tu esposo te quiere porque eres una alianza, una que ya no existe; Godred te venderá al mejor postor; y Malcom, para el rey no eres más que un trofeo que arrebatar a Somerled.

—Erik, basta —Finn les habló desde la oscuridad—. Huiremos a Irlanda, allí nadie nos conoce.

Se acercó a los hermanos y, por primera vez en días, Ragnild lo vio a la luz de la antorcha del corredor. Finn tenía el rostro hundido, estaba muy delgado, y la cara seguía amoratada a causa de la paliza que le dieron al dejarlo allí. Se preguntó hasta qué punto ella estaba igual.

—Gracias, Erik, te has arriesgado mucho, hermano. Ahora prométeme que si Godred hace algo contra ti, huirás, es muy capaz

de todo.

Erik sonrió y acarició su mano una vez más.

—Huye, Ragnild, espero que encuentres un lugar en el que no te hagan sufrir más. Salid de la torre e id a los establos, el pasadizo que padre ordenó construir os llevará fuera de la muralla, dejaré a alguien a cargo de unos caballos, Después id hasta la otra punta de la isla, allí os ayudarán a coger un barco.

Ragnild asintió. A medida que Erik se alejaba de la celda por el angosto corredor hacia la escalera que lo llevaría al suelo de la torre, comprendió que Finn y ella estarían solos una vez que salieran de las murallas. Pero aún había esperanza, esa noche huirían y qué mejor manera de morir que intentando ser libres.

Finn cayó rendido ante el solo esfuerzo de moverse de un lado a otro de su prisión y Ragnild le tendió el pan y el queso que Erik les había dejado. Lo necesitaba fuerte y capaz de correr como el viento.

Erik subió por la escalera, los guardias de la torre lo despidieron y volvieron a sus juegos de dados. En lugar de volver al salón del castillo, atravesó el patio, de nuevo sintió la oscura mirada de Aren sobre él. Godred le habría ordenado vigilarlo, ya que siempre estaba a su alrededor con su presencia insidiosa. Se giró para enfrentarla y, ofendida, lo retó con la mirada.

Fue a los establos, donde sabía que no le seguiría, Aren era altiva y orgullosa, no pisaría la paja sucia de los caballos. Nada más entrar, el mozo cerró la puerta tras él y lo dejó solo. De entre las sombras salió una alta e imponente figura con una capa sobre los hombros y el rostro oculto en la oscuridad.

—¿Cómo está ella?

—No la reconocerías, ha sufrido mucho. Creo que ha entendido que tienen que escapar esta noche, no habrá más oportunidades.

—¿No le habrás dicho que estoy aquí? Podrían atraparla y entonces…

—Somerled, piensa que la has abandonado, no tiene ya esperanzas de que vengas en su ayuda.

Ian Somerled se sentó entre las balas de paja, algún caballo coceó molesto porque le quitara su lecho y su comida.

—Eso está bien, significa que Godred y Malcom tampoco imaginarían nunca que estoy aquí.

Erik movió la cabeza, se tocó el cuello, le tenía gran cariño y ahora lo ponía en peligro por su hermana y ese hombre, Somerled. Aún no entendía por qué no había acudido con un gran ejército, él, Ragnild y Finn no llegarían muy lejos si Godred se enteraba.

—Aren me sigue a todas partes, si te reconoce, no tendréis oportunidad ninguna. ¿Y tu hermana? Dile a ella y esos hombres que no salgan de los bosques, si mi hermano descubre que os ayudo, no veré salir el sol mañana.

Somerled le tocó el brazo en señal de confianza.

—Nadie sabrá que has sido tú, te doy mi palabra.

Erik frunció el ceño al verlo entrar en el pasadizo, ya se arrepentía de haberse metido en aquel lío, pero adoraba a Ragnild, siempre estuvieron unidos frente a las fechorías de Godred contra ellos. Los clanes se levantaban contra Godred y sus hombres, la violencia que su hermano imponía para cobrar impuestos y adueñarse de todo lo que creía que le pertenecía por derecho acabaría mal algún día.

Isobel miró una vez más al horizonte en espera de Somerled. Llevaban casi tres días en aquel bosque, solo les separaba la pradera del hogar de Ragnild. Se preguntó cómo habría podido aguantar su encierro aquellas semanas. No habían sabido de ella hasta que Somerled encontró la oportunidad de asaltar a Erik Olafsson durante una cacería y hacerle saber que Ragnild jamás había regresado a su hogar. Dos días tardó en saber el hermano de Ragnild que, en efecto, su hermana no era tan desconsiderada para marcharse sin despedirse, es que estaba en las entrañas del castillo junto a Finn. El rostro de Alistair había cambiado desde entonces, él la había dejado allí, desprotegida contra los enemigos de Somerled, y la culpabilidad le reconcomía el alma. Somerled no estaba mucho mejor, Isobel lo había visto mirar la fortaleza con los ojos entrecerrados, tal vez arrepentido de no haber acudido con todos sus hombres. Habían desconfiado de Ragnild y ahora resultaba que estaba presa de los dos hombres más crueles que podían existir.

El plan era que Ragnild y Finn esperaran a la noche, Erik les llevaría suficiente bebida a los guardias para que se durmieran y abandonaran la guardia, y entonces ellos escaparían. Ragnild conocía el pasadizo desde los establos al exterior de las murallas, allí fuera, Somerled les esperaría con los caballos preparados. Huirían por tierra hasta el otro extremo de la isla, donde el barco con sus hombres llevaría a la mitad del grupo por mar.

Al fin vio aparecer a su hermano, no había reconocido su equivocación con Ragnild, ni siquiera se había enfadado con Alistair por dejarla sola y presuponer lo peor. Solo vagaba en las sombras, entre el castillo y el bosque, dispuesto en cualquier momento a sacar de allí a su joven esposa.

—Ian, ¿todo bien?

Miró a su hermana como si su voz lo hubiera despertado de un trance.

—Sí, Erik ha llegado hasta ellos y les ha dado la llave, esta noche visitará a los guardias y, de madrugada, escaparán.

—Entonces, ¿por qué te muestras tan taciturno? Al fin conseguiremos liberarla.

—Ragnild piensa que la he abandonado. Me lo ha dicho Erik. Tal vez no me perdone nunca, ha debido sufrir mucho, Isobel, ni siquiera puedo imaginar qué le han hecho.

Isobel le puso la mano en el pecho a su hermano, podía decirle que era un cabezota, había repetido mil veces que Ragnild jamás lo hubiera abandonado; en cambio, lo miró con una lástima que le inundaba el corazón. Lo abrazó con fuerza, pensó que quizá la rechazara, pero en su lugar, se aferró a ella, por primera vez en su vida.

Alistair, Isobel y Somerled esperaron a la noche, y cuando la luna iluminó el cielo en lo más alto, partieron hacia el castillo.

Ragnild esperó en silencio, dejó que Finn durmiera en su regazo hasta que el alboroto de los guardias se fue apagando. Si Erik había cumplido su palabra, estarían ya dormidos a causa de la borrachera. Sacó la llave de entre los pliegues de su vestido y despertó a Finn.

—¿Es la hora, Ragnild?

—Tendrás que correr Finn, ¿podrás?

Se temía que, a juzgar por el dolor que esos días Finn sentía, tendría las costillas rotas, cojeaba y su rostro se veía aún deformado.

—Correré como un ciervo, princesa, solo espero que tu hermano no nos traicione.

—Eso espero yo también, y que no sea una trampa.

Con lo que le pareció un estruendo, aunque sabía que solo sonó un débil quejido de la cerradura, salió con Finn cargado sobre su costado. Llegaron a la escalera y dejó a Finn pasar el primero. Con dificultad, llegó arriba y le hizo una señal. Ragnild subió tras él y al llegar a la sala de la torre vio a los guardias desplomados en el suelo, las jarras sobre la mesa y los restos de comida. Erik había cumplido, tal vez les había echado algo en la bebida que provocaba aquellos fuertes ronquidos. Salieron entre las sombras, pegados a los muros, y fue cuando el caos cundió. Un grito sobre sus cabezas, un guardia de las almenas los había visto deslizarse entre las sombras y dio la voz de alarma. Ragnild empujó con su cuerpo a Finn, que apenas podía caminar.

Los guardias descendieron de sus posiciones, salieron del interior del castillo.

—Hay que llegar al pasadizo, Finn, hazlo por mí, por favor, tienes que andar más deprisa.

Finn apretó los dientes y ambos corrieron hacia los establos. Las flechas comenzaron a caer desde el cielo, serían apenas unos cuantos guardias, los demás, dormidos, tardarían en llegar hasta ellos, su única oportunidad era llegar a salvo al pasadizo. Entre ellos y las puertas se situaron dos guardias y Ragnild se detuvo. No había salida ya, Godred los castigaría por aquello, mataría a Erik por ayudarlos…

En ese instante, las puertas del establo se abrieron de golpe y Ragnild estuvo a punto de caer al suelo del susto. La figura que emergió bajo el dintel tuvo que agacharse para salir al exterior y ella protegió a Finn con su propio cuerpo. Los guardias se acercaban a ellos sin saber que, a su espalda, un gigante los acechaba en las sombras.

Entonces, las antorchas de esos hombres le mostraron el rostro de Ian Somerled, su esposo había acudido en su ayuda. Desenvainó su espada y llamó a los guardias frente a ellos, estos se giraron sorprendidos y, en apenas dos movimientos, Somerled los desarmó. Con una frialdad digna de él, acabó con ambos en unos segundos.

—Vamos, Ranny, tenemos que salir de aquí.

Ragnild quiso llorar al saber que aquello no era un sueño, Ian estaba frente a ella, acababa de matar a dos hombres y le tendía la mano para que corrieran hacia el pasadizo de los establos. Somerled, al ver que no se movía, comprendió que Finn era un peso muerto sobre su costado, estaba a punto de caerse inconsciente. Se lo arrebató a Ragnild, no sin antes mirarse ambos.

Somerled vio en los ojos de su esposa la sorpresa cuando lo echó sobre su hombro, y también sus ojos hundidos, la marca de golpes y el dolor reflejado en su cuerpo. Habían apagado parte de la llama en su interior, y por ello, quería volver, matarlos a todos, a Godred, a Malcom, a cualquiera que hubiera puesto sus manos sobre ella. Y si ella le pedía con la mirada que salvara a Finn, lo haría, por mucho que le tentara la idea de dejarlo sobre el suelo del patio para que los guardias lo mataran.

—Ian…, creí que no volvería a verte.

Aquella confesión de Ragnild le dolió en el pecho, no porque ella hubiera desconfiado de que iría a buscarla, sino porque era verdad. Si no hubiera sido por Isobel, no estaría allí, sino lamiendo sus heridas, abrigado y seguro en Argyll. Y Ragnild en aquella celda.

No pudo contestar, como tantas veces le sucedía cuando al mirar a su joven esposa ella lo desarmaba con su inocencia y franqueza. Ragnild era luz, y si la habían apagado en esas semanas, mataría a todos. Le hizo una señal, confundido, ¿podría algún día decirle con palabras lo mucho que sentía su hosquedad y por todo lo que la había hecho pasar?

Somerled le cedió su espada a ella, que lo siguió en silencio, a la carrera. Los demás hombres de Godred no los alcanzaron cuando al fin Ragnild cerró tras ellos las puertas del establo. Sin dudar, siguió el plan, apartó la paja sucia de los caballos y abrió la trampilla. El

silencio se adueñó de aquel corredor oscuro, húmedo y resbaladizo mientras lo atravesaban a la carrera.

—¿Finn? —susurró al ver que Somerled lo arrastraba.

—Está casi inconsciente.

Salieron a los pocos minutos, la luna envuelta por las nubes no les dejaba ver los caballos, la luz de una antorcha se movió ante ellos, al comienzo del bosque. Al llegar, Ragnild contuvo el aliento.

—¡Isobel! ¿Qué haces aquí? ¡Alistair!

—¿Y tú, Ragnild? ¿No sabes cuando las visitas deben irse?

Rio al escuchar a su amiga, Isobel la abrazó como si temiera que no fuera real. Levantó la mano y atrapó el brazo de Alistair, que puso su mano sobre la suya con sentimiento. Más tarde tendría que preguntarle qué había pasado para que se fuera sin despedirse.

—Nos separaremos. Isobel, Alistair, llevaos a Finn, tendremos más posibilidades de burlarlos si nos separamos.

—¡No! —gimió Ragnild.

Somerled dejó a Finn al cuidado de Alistair y la cogió de los hombros.

—Ranny, nos perseguirán a ti y a mí. La única manera de sobrevivir es que vayamos por tierra y ellos en barco. Nos juntaremos al llegar a tierra firme.

Alistair había subido al caballo a Finn y parecía más despejado, tendió la mano a su princesa.

—Ragnild, es hora de que nos separemos, ahora tienes otro guardián, tu esposo. Confío en él con mi vida, como tú debes hacer a partir de ahora.

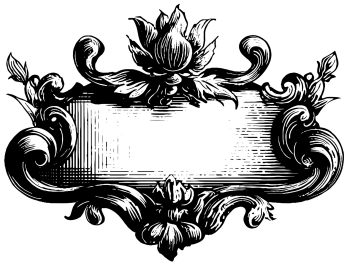
Finn y ella se miraron, y Somerled no sintió tantos celos cuando ella le cogió la mano a su amigo y asintió.

—Ragnild y yo llegaremos un día más tarde que vosotros. Espera junto al ejército, Alistair. —Somerled la ayudó a subir a su montura para emprender el camino—. ¡Alistair! —lo llamó—. Volvamos a nuestro hogar. Cuida de mi hermana con tu vida, o encontrarás la muerte en mis manos.

Se escuchó la carcajada de su amigo entre la bruma que comenzaba a subir desde el mar hasta la colina donde se encontraban. Colocó a Ragnild delante de él, entre sus brazos, y los

cubrió con la manta de los Somerled. Por un momento, el viento en sus oídos le jugó una mala pasada porque creyó oír un suspiro en labios de ella. Se aferró a las riendas, con Ragnild ya segura, golpeó los flancos de su caballo. Les esperaba una dura huida.

CAPÍTULO XVIII



La luna se dejó ver entre los nubarrones y pudieron galopar por los bosques, los mismos que de niña recorría con su padre. Los árboles de tronco retorcido quedaban atrás con las raíces descubiertas, la humedad del mar llegaba a ellos y los estiraba y deformaba hasta crear formas de lo más extrañas. El otoño cubría el suelo de hojas, las rocas y los troncos de verde, y un arco de ramas sobre sus cabezas creaba sombras en el camino.

—¿No tienes hambre, Ranny?

—Muero de hambre, Ian Somerled, pero no se te ocurra parar, por favor. Godred no tardará en darse cuenta de que he huido.

—¿Tienes miedo? —preguntó tenso.

—Temo más por mi hermano Erik, Godred es cruel, y si se entera de que me ha ayudado a escapar, lo matará.

Somerled inspiró hondo. Ragnild tenía razón, Erik se había arriesgado mucho, pero no sin obtener algo a cambio.

—Un día agradeceré su ayuda a tu hermano Erik.

Ragnild, pensativa, permaneció en silencio, ¿qué habría llevado a su hermano a ser tan valiente y ayudar a Somerled? Dejó atrás sus pensamientos cuando su marido se inclinó sin aminorar el paso y sacó un paño de las bolsas que portaba el caballo. Se lo ofreció y ella se apresuró a cogerlo con miedo de que perdiera el control del animal. Al desenvolverlo, rio de alegría. Eran tortas de avena. Nunca le había sabido tan bien una comida como en brazos de su esposo.

Amaneció frente a ellos, los primeros rayos de claridad se posaron en las copas de los árboles y atravesaron entre las ramas. Habían cabalgado horas y Ragnild reconoció el paso a tierra firme formado por un desfiladero de colinas —ahora llenas de helechos con la

llegada del otoño—, tan estrecho, abriendo las aguas, que con la lluvia se anegaba hasta impedir el paso. Tarbert era la entrada a las otras islas y después, en algún momento, tendrían que coger un barco hacia Argyll. No habían cruzado una sola aldea ni camino, Somerled evitó esas rutas al entrar en el valle.

—Descansaremos al atardecer, [A1]cuando lleguemos a los lagos.

Ragnild asintió con las pocas fuerzas que le quedaban. Ian la ayudó a desmontar y ella admiró su semblante serio. ¿Cuántas veces sonreía?, se podrían contar las ocasiones en que lo había visto relajado. En esos momentos en que el cansancio se reflejaba también en sus ojos, su figura de espaldas al sol se iluminó a su alrededor y Ragnild pensó en los viejos dioses celtas que había antes de las invasiones noruegas, en esas figuras de los bosques, tallado su cuerpo como si de rocas se tratasen, cincelada su mandíbula con formas angulosas y sus brazos tatuados con tinturas de los árboles. En su lugar, Somerled estaba marcado con una y cien cicatrices que hablaban de su fuerza y sus luchas, las batallas que libró por su rey y las que le obligaron a librar por su clan. Ian Somerled, allí, entre la claridad del amanecer y las sombras que se arrastraban al huir de la luz, era un *highlander* escocés, tan leal, fuerte y combativo que estaba orgullosa de ser su esposa. Se puso de puntillas y rozó su mejilla, sentía la necesidad de tocarlo, aunque después él se alejara de ella, como siempre hacía. Esta vez, Ian se agachó, posó una de sus enormes manos sobre la suya y con la otra acarició su rosto.

—Lo siento, princesa. No volveré a dudar de ti.

Ragnild sonrió cuando el sentimiento en los ojos de Ian desapareció al instante. Eran tan breves esos momentos que siempre deseaba atrapar en su memoria aquellos ojos, el tacto de su mano sobre la piel, el calor de sus dedos entre los suyos, seguir creyendo que, bajo la capa oscura de guerrero, Ian era capaz de amarla.

Esquivo, el recuerdo de su primer encuentro se deslizó por su corazón. ¿Cómo iba a amarla? Su orgullo, su alianza, su ambición, habían llevado a Somerled a ir a por ella.

—Te hice una promesa, Ian, y nunca rompo mis juramentos.

Somerled vio como la sonrisa que su esposa le dedicaba hasta hacía un instante moría poco a poco en una mirada esquiva y el fruncir de sus labios.

Recogieron unas cuantas ramas secas e Ian encendió un fuego. No corrían peligro durante el día, aprovecharían para cazar y comer, y si la luna se lo permitía, avanzarían hasta el lugar donde se encontrarían con los otros. [A2]Al encender el fuego, levantó la mirada en busca de su esposa, sin encontrarla donde la había dejado sentada, sobre un tronco. Alarmado, contuvo el aliento y la buscó alrededor sin resultado. Permaneció un instante en silencio y entonces escuchó sus pasos entre la hojarasca, no se había alejado apenas del claro. Se acercó con cautela y tras unos arbustos, observó a la mujer con la que se había casado y no conocía en absoluto. Ragnild había cogido su arco, y con el rostro demudado de dolor, tensó la cuerda. El arco era casi tan grande como ella, ¡su pequeña esposa!, ¡qué pretendía! Entonces, ella tomó aire, acomodó la flecha en su lugar sin poder tensar toda la cuerda. Solo veía su perfil, el pelo agitado hacia atrás por el viento, y su capa ajada y sucia por el tiempo en prisión se agitó con fuerza. Vio su ojo guiñado al apuntar, su codo en alto. Soltó la flecha entre sus dedos y el silbido rasgó el mismo amanecer al salir disparada. Somerled siguió la dirección y un débil gemido se adueñó de la presa, un pequeño conejo, su comida del día.

Su esposa, pequeña, inocente, indefensa… nunca fue tal. Había soportado que su padre la vendiera, un esposo zoquete, un hogar lleno de porquería, una prisión. Lo miró alegre, con una sonrisa que encendió sus mejillas al saberse observada, y echó a correr en busca de su presa. La levantó victoriosa, y Somerled sintió un cosquilleo en el pecho. ¿Eso era sentirse orgulloso?, debía serlo, porque solo quería apretarla contra sí.

—Gracias, pequeño, es que tengo muchísima hambre, y mi perverso marido solo me da tortas de avena, las he acabado hace horas, lo siento. —Encogió los hombros a modo de disculpa al hablar con su presa—. Lo limpiaré —dijo decidida. Al colgar el arco por la cuerda a su espalda, se dio cuenta de que rozaba el suelo y desistió.

Somerled sonrió y lo sostuvo él en el camino de vuelta. Al ver cómo Ragnild ponía su caza sobre una piedra, le ofreció su cuchillo. Ella lo miró emocionada por la confianza.

—No sabía que supieras cazar, ni disparar un arco. ¡Vaya! Ni tu destreza con un cuchillo, quizá me hubiera pensado mejor cómo recibirte cuando llegaste a Argyll.

Levantó sus ojos grises, las pupilas contraídas a causa de la claridad. No quería hablar con Ian de ese momento y recordar su expresión al conocerla, ni el momento en que Finn, Aren y ella desembarcaron en Argyll. Ragnild se dio cuenta entonces de que Ian no sabía el secreto de Aren, que no había ningún traidor entre los Somerled.

—Ian, no te lo he contado, es importante, fue Aren quien nos traicionó, estaba con Godred, quería impedir nuestra boda, la alianza, matarme. Hizo que nos encerraran a Finn y a mí, nos enteramos a pocas horas del funeral de mi padre. Finn me dijo que huyéramos y, estúpida de mí, no le hice caso. Todo ha sido culpa mía.

Ian se agachó frente a ella mientras veía a su esposa volver al trabajo y preparar el animal para asarlo al fuego con la pericia de un cazador experto. Así que aquella había sido la conversación que Alistair escuchó entre Ragnild y Finn. Era culpa suya, no de ella, si él no confiaba en la nueva señora de Argyll, sus hombres tampoco podrían hacerlo nunca.

Era diestra con el cuchillo, a pesar de que sus manos estaban desolladas, tal vez de esconderlas entre las piedras de su celda. Bien sabía él que aquella era la única manera de evitar que las ratas te mordieran los dedos al dormir, esconderlas en las rendijas de piedras por donde no podían pasar.

—Aren recibirá su castigo, Ragnild. Nunca se traiciona a un Somerled y se vive. Pagará por mentirte. Esa muchacha nunca me gustó.

Ragnild detuvo su tarea, un mechón le cayó sobre los hombros, por fortuna, porque una lágrima solitaria inundó sus ojos, amenazó con desbordarse hasta la comisura de sus labios, sonreía. «Nunca se traiciona a un Somerled». Ian se había referido a ella.

—¿Quién te enseñó a cazar? Es evidente que sabes donde enviar tus flechas.

—Ten cuidado, Ian, eso parece casi un halago.

Se quedó helada cuando él se rio a carcajadas, unos enormes hoyuelos se dibujaron en sus mejillas aún descubiertas de barba. Los ojos azules brillaron con intensidad y el sonido, aunque ella no lo esperaba así, la sorprendió. ¡Qué poco había reído el señor del clan Somerled! Sonrió a su vez, tras mirarlo, y continuó con su tarea mientras él preparaba la hoguera para asar su presa.

De vez en cuando, se sorprendió al buscarlo con la mirada, que él devolvía con afecto. Tal vez Somerled tenía remedio.

—Me enseñó Olafsson, pasábamos mucho tiempo juntos. Mi madrastra no me quería en el castillo, no me educó como una dama, nunca le interesé demasiado. Mi padre hizo que los mismos tutores de mis hermanos me enseñaran, traían libros sobre remedios curativos, antiguos imperios… Él me enseñó a defenderme, a usar una daga y un arco, me temo que la espada nunca llegué a dominarla, pesan demasiado.

Ian empezaba a comprenderla, era más culta que la mayoría de los reyes, había sido criada por Olafsson como un primogénito, él debía apreciar mucho su compañía y consuelo, Ragnild debía ser su orgullo.

—¿Por qué nunca te reconoció?

—Godred me hubiera matado al instante, no quería amenazas, siempre soñó con ser rey de las islas. Mi otro hermanastro, Ragnald, murió de niño, muchos dijeron que había sido Godred; por fortuna, Erik nunca se rebeló contra él, si no, hubiera corrido la misma suerte. Olafsson nunca quiso saber la verdad o tal vez la sabía y no dijo nada, era su hijo también, y no podía perder otro vástago, le hubiera hundido en la tristeza.

Ragnild suspiró, el recuerdo de su supervivencia en su hogar, crecer al lado de Godred no había sido fácil, el desprecio de la gente hacia ella que él alentaba… Se miró las manos y se levantó.

—Creo que necesito lavarme.

Somerled la llevó hasta el arroyo que discurría cerca del claro.

—Toma, Isobel lo dejó para ti.

Tendió una pastilla de jabón de lavanda y Ragnild la cogió con fervor, ansiaba lavarse con jabón.

—Mi hermana te aprecia de verdad, Ragnild.

—Y yo a ella —contestó al instante tras inspirar el aroma a lavanda—. ¿Crees que estarán bien, Alistair, Finn y ella?

—Estoy seguro, por mar será más fácil escapar, Alistair es un buen navegante.

—¿Y Godred? Irá tras nosotros, ¿verdad?

—Dividirá sus fuerzas, por eso no podrá atraparnos. Es posible que nos encuentre en el desfiladero, pero una vez que hayamos pasado, no sabrá qué camino seguiremos. Tardará días en encontrar nuestro rastro.

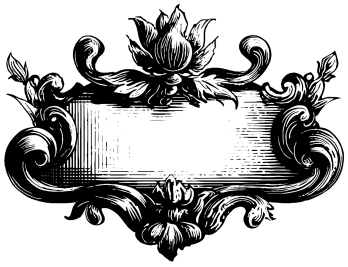
Ragnild asintió con el ceño fruncido, Somerled subestimaba a Godred, era un gran rastreador, Olafsson los enseñó.

—No te preocupes, Alistair cuidará de Isobel. Y tu amigo Finn no tardará en recuperarse.

Somerled la dejó sola para que se limpiara y fue a atender la comida de ambos.

—Eso es lo que me temo —susurró para sí Ragnild—, que Finn se recupere demasiado deprisa.

CAPÍTULO XIX



El barco se balanceaba de un lado a otro a causa de la luna llena, Finn sentía cada músculo de su cuerpo retorcerse a cada envite. Unos pocos hombres de Erik los acompañaban, nunca había creído que el hijo pequeño de Olafsson tendría valor para ayudarlos, pero allí estaba gracias a él. Observó a Isobel Somerled avanzar hacia él, con paso tambaleante y una sonrisa de comprensión en el rostro. ¿Tan evidente era que le dolía el cuerpo como mil demonios?

—¿Qué pretendes? —preguntó Finn al ver que ella llegaba con paños entre las manos.

—Te he estado observando, Finn, algo te duele, es evidente que son las costillas, déjame vendarte, al menos aliviará el dolor.

Se sentó frente a ella y con una sonrisa taimada comenzó a quitarse la camisa. Su alegría acabó en el momento que alzó los brazos para quitarse la ropa. Isobel se levantó para ayudarlo y entre los dos lucharon contra el trozo de tela. Sentir las manos de Isobel deslizarse por su cuerpo para ayudarlo hizo que se retorciera más, esa muchacha no tenía el menor cuidado en rozar su cuerpo, y por el cielo que él quería morir allí mismo antes que violentarla al sentir su erección crecer bajo los pantalones. Lo consiguieron y Finn alzó el rostro, que sentía enrojecido; de frente, se encontró los ojos de Alistair sobre él. Estaba seguro de que, si hubiera podido, el *tainester* de Somerled lo hubiera matado allí mismo por la mirada de deseo que le dedicaba a la hermana de su señor. Menos mal que Alistair no podía soltar el timón, si no, estaría en problemas.

Isobel, ignorante de todo, se inclinó sobre él, Finn sintió otra vez sus manos y de nuevo su rostro arder.

—Pobrecillo, ¡cómo debe de dolerte!, ¡Estás rojo, Finn! ¿Será fiebre?

Cuando Isobel le acarició la frente, Finn solo pudo mirar al vigilante Alistair, que se ponía más y más pálido a medida que Isobel empezaba a rodearlo con las vendas, tirando de ellas para inmovilizarlo. Finn intentó obviar la capa entreabierta, el olor a lavanda que la muchacha desprendía, aún le extrañaba cómo podía oler algo después de estar en esa prisión, ella olía de maravilla.

Se inclinó, concentrada sobre él, parecía no reparar en su torso desnudo, ni en sus manos sobre su piel. La capa dejaba ver el escote de su vestido y Finn, a pesar del dolor, tuvo que luchar por primera vez en su vida contra el deseo de dejar caer el rostro entre esos pechos generosos. El otro Finn, el de siempre, lo habría hecho, aunque le hubieran cortado los brazos y las manos, a pesar del dolor o de su última conquista. Pero no, allí estaba, con una bella joven de ojos del color del cielo en primavera, un cuerpo voluptuoso e inocente, un cabello del color del sol, y… ¡cielos!, empezaba a dejar de respirar.

—Mejor, ¿verdad?

Finn asintió con la cabeza, Isobel había terminado, lo miraba tan cerca que con tan solo inclinarse un poco llegaría hasta sus labios mullidos, ¿sabría esa muchacha lo que provocaba en él? Tenía que ser imposible, lo era para él. ¿Cuántas mujeres como ella habían caído bajo su seducción? Decenas. Sí, decenas. No era humilde, joder, ni un santo.

No sabía qué era, tal vez el olor de Isobel, o su inocencia, o la completa ignorancia que tenía acerca de coquetear, o tal vez que ni siquiera apreciase cuando Finn intentaba flirtear con ella. Al final, a su lado, tras intentarlo, había acabado por sonreír con ella o terminar por hablar de una y mil cosas.

—Isobel, creo que nuestro amigo Finn necesita respirar un poco.

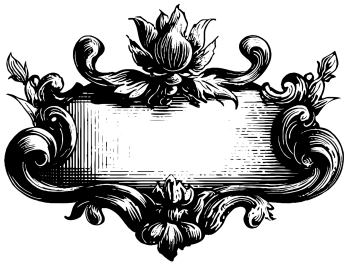
Ella, alegre, se separó ante la sugerencia de Alistair y Finn se recostó contra el mástil, agotado. Isobel volvió a la carga, apartó su pelo del rostro y lo miró atenta.

—Sí, el aire le sentará bien. Toma una manta, no quiero que cojas frío, Finn, Ragnild no me lo perdonaría.

Finn apartó la mirada, cogió la manta y deseó esconderse bajo la áspera lana, al menos, el bulto de sus pantalones no se vería. Pensó que quizá nadie se había dado cuenta hasta que sintió unos ojos clavados en él. Alistair lo observaba con el ceño fruncido. Siseó algo que no pudo oír, y Alistair lo vocalizó para que Isobel y el resto no lo escucharan: «Te mataré».

Finn lo comprendió con apenas unos gestos. Aquella travesía iba a ser muy larga, más de lo que esperaba. ¡Ojala Ragnild estuviera allí para protegerlo a él!

CAPÍTULO XX



Su esposa temblaba como una hoja después de lavarse en el arroyo. Tenía el pelo mojado tras meterlo bajo el agua y restregar su piel largo rato. Hizo que se sentara entre dos troncos, la hojarasca del suelo le daría calor. Despedazó unos trozos de carne asada y las puso sobre un paño, Ragnild rio cuando sopló la comida y se la ofreció.

Al ver que seguía con temblores, la rodeó con sus brazos y la colocó entre sus piernas, pasó las mantas sobre su regazo y dejó que se recostara contra él mientras comía.

Ragnild se refugió en el calor de su cuerpo, entre aquellos poderosos brazos que la sostenían. Nunca se había sentido tan segura ni tan protegida, a pesar de que, tal vez, tras ellos iban Godred y el rey Malcom, persiguiéndolos. Acabó de comer y no esperó a que Ian la apartara, sino que se hizo un ovillo sobre él para impedirlo. Somerled ni siquiera lo intentó, dejó que su cabeza descansara en su pecho. Poco a poco se quedó dormida.

Ian sintió cómo la tensión desaparecía del cuerpo de Ragnild, su cabeza reposaba cerca de su corazón. Tironeó de las mantas y la protegió del frío. Con ella en su regazo sintió otra vez ese molesto hormigueo en el centro del pecho, justo donde reposaba el rostro de ella. Dejó que durmiera, su espada reposaba cerca de ellos, tal vez podía dejarla dormir como mucho una hora antes de seguir. No supo cuánto tiempo pasó así, en silencio, con ella entre sus brazos, el olor a lavanda permanecía, pero también el olor a la tierra húmeda del amanecer y el del romero al agitarse con el viento. Ragnild se movió en sueños, quizá soñaba con aquella cárcel, porque su ceño se frunció. Somerled inclinó el rostro para ver si despertaba.

Parecía mucho más joven de lo que era, el pelo desordenado le caía sobre los hombros y la manta con los colores del clan Somerled. Su rostro estaba tenso aunque durmiera, no creía haberla visto relajada desde aquel día en la pradera, antes de la boda. Ian no pudo evitar levantar la mano y acariciar con el dorso su mejilla, tan suave, tocada por la claridad del día. Agarró uno de sus mechones negros y lo deslizó entre sus dedos. ¿Cómo había podido pensar que ella era poca cosa alguna vez? Era hermosa y, a su lado, tan delicada y pequeña que le inspiraba una ternura infinita, el deseo de protegerla lo inundaba, a pesar de que le había demostrado en innumerables ocasiones que sabía defenderse sola. Acarició la línea de su rostro y posó los labios con suavidad en su pómulo, no quería despertarla, solo admirar un poco más a esa mujer que lo volvía loco. Deslizó sin conciencia propia su mano por el cuello terso y la marca de un golpe, posó sus labios en ella.

Que el cielo lo perdonara, pero no podía dejar de tocarla. Metió la mano entre las mantas y la posó sobre su vestido, apartó la capa y la palma se acopló al pecho de su esposa. Ella apenas suspiró, dormida como estaba. Se dijo que estaba mal, que ella dormía y debía dejarla descansar después de todo lo que había pasado; sin embargo, sus dedos se movieron solos, apretaron su seno henchido y su pulgar jugó por un instante con el pezón rígido bajo la tela. Ragnild gimió en sueños, presa tal vez de un sueño en que él le daba placer con las manos. Hacía tanto, gimió Somerled, que no la tocaba, que no era suya por unos momentos… Debía detenerse, pero la mente no obraba acorde a la mano, que descendió por el cuerpo de su mujer, acarició su cadera y se posó sobre la uve de sus piernas. Con fingida delicadeza, toda cuanta podía reunir al sentir aquel dolor en su entrepierna, acarició la tela sobre la feminidad de Ragnild. Entonces notó la humedad, el calor que traspasaba las telas y como ella despertaba.

Intentó apartarse para no asustarla, pero Ragnild giró el rostro hacia él, quedó prendado de la mirada de sueño y deseo de ella. Su mano le acarició la mejilla, la otra descendió entre mantas y ropas hasta tocar su miembro. Sus ojos se abrieron con sorpresa y le sonrió.

Ian notó en ella aún la respiración pesada del sueño, desinhibida de sus miedos y reparos por el reciente despertar, lo acarició arriba y abajo y su erección se hizo tan dura como la roca más férrea. Tomó a su esposa de la cadera y la giró hacia él. Ragnild enseguida se acopló a su cuerpo, con las piernas a ambos lados y las rodillas sobre las hojas de su lecho. Lo miró con los ojos ya despiertos y se subió la falda. Necesitaba tocar a su esposo, la tirante piel de su erección, dura y a la vez sedosa, Ian se abrió los pantalones y quedaron piel con piel.

Ragnild había echado de menos aquello, sentir las manos rugosas de Ian contra su piel, que él le apretase los senos, que la besara, que su masculinidad la presionase de tal forma que la volvía loca sin estar aún en su interior. Ian lo solucionó enseguida, ejerció fuerza de nuevo en sus caderas, la elevó sobre él, haciendo que las mantas se cayeran y mostrando el pecho de su esposa escapado de la prisión del vestido. Ragnild se aferró a la columna erecta, y él, despacio, la dejó caer sobre ella. Encajaron como las piezas de madera de un mecanismo, con la misma delicadeza y fuerza, Ragnild apretó los músculos de su interior para sentir a su esposo tan dentro, tan llena de él, que quiso explotar cuando Ian se movió hacia arriba. La desplazaba a su antojo hasta que ella tomó el control, llevada por esa promesa a la que siempre la conducía su esposo: el placer absoluto. Se movió deprisa sobre él, obvió las punzadas de dolor después de tantas horas a caballo, se concentró en sentir en todo su interior a Somerled. Él se volvió impaciente, se aferró a sus nalgas con movimientos más bruscos y Ragnild abrió los ojos. Los de ambos se cruzaron, encontraron los rincones del alma donde cada uno se escondía hasta ser solo un movimiento, un rastro de placer que seguir buscando, una punzada más de deseo y un cuerpo chocando con la piel del otro. Ian vio las pupilas en aquellos ojos grises expandirse, su brillo lo dejó absorto, Ragnild gimió mientras notaba pulsar su interior. Ian la aferró entera contra él, la hundió entre sus brazos para sentir como pequeños espasmos la recorrían, la hacían sensible; bien sabía que aquello hasta dolía en la piel cuando el placer se desataba de tal forma. La siguió, hundidos los rostros, unidos en bocas y jadeos, Ian se dejó llevar al fin, acunado por el

interior de su esposa, la humedad de sus sexos, el calor que emanaban sus pieles. El corazón pareció estallarle en mil pedazos antes de dejar de embestir a su mujer y notar los últimos ardores de su placer. No se miraron, se quedaron quietos, Ian aún dentro de ella. Ragnild acariciaba con los dedos las cicatrices del brazo y la dejó hacer. Se dejaron llevar por la inquietud de sus cuerpos hasta que ella los cubrió de nuevo con las mantas, aferrada por completo a él.

—Nadie me mira como tú, a los ojos, sin apartar la mirada.

—Me gustan tus ojos, Ranny, tienen el color de cien tormentas de invierno y el brillo de la lluvia. En ellos se ve tu alma, esposa.

No era la primera vez que la llamaba así y Ragnild apartó la mirada.

—¿Y qué ves de mi alma, Ian?

—Que, a pesar de que nos deseamos, de que te entregas a mí, algo te hace retirarte… —«Eres tú quien se aparta de mí» estuvo a punto de decirle— …¿qué es lo que te hace vulnerable, Ragnild, cuando estás a mi lado?

—Nunca seré suficiente para el guerrero, el rey, el hombre que eres, Somerled. Nunca seré la magnífica esposa y señora para tu clan, nunca estaré a la altura de tu leyenda. ¿Sabes que mientras crecía oía de tus batallas? De lo mucho que incordiabas a mi padre, su poder; una y mil veces oí tu nombre con temor, como si fueras el diablo barriendo las tierras de Escocia. Y apenas eras un muchacho. Hoy, el *highlander* que eres, lo mucho que impone tu presencia, me hace sentir fuera de lugar. No apropiada.

Ian se incorporó, la llevó con él hasta estar ambos sentados, ella entre sus piernas.

—Ragnild, princesa, eres la mujer más increíble del mundo. Tienes la fuerza de mil hombres en tu mirada, en tus brazos, que me han dado de comer, y en la perseverancia que te ha mantenido viva en esa prisión. Jamás vuelvas a decir eso, vales más que un clan entero de escoceses. Y tu padre lo sabía, creo que por eso aceptó nuestra boda, sabía que juntos podemos con todo y con todos.

Ragnild lo miró, Ian vio que su pequeña esposa decidía si creerlo o no. El brillo en sus ojos, la tensión en su rostro, le dijo que lo

hacía, creía su palabra. Entre ambos pesaba solo una alianza, un juramento donde no tenía cabida el amor, podía vivir con eso, y con el pasado que marcaba a su esposo en cada decisión. Ian tenía que olvidar la obsesión de su padre por conservar su legado si ello lo sometía a reyes, desechar el recuerdo de la mujer que fue su madre y la traición, y, para conseguirlo, tenía que plantar cara al destino.

—Entonces, dejemos de huir, Ian, juntos enfrentemos a mi hermano, a Malcom, a todos. Es el momento. Godred solo piensa en destruirte, quería matarme solo para evitar que te hicieras con las islas; Malcom, retenerme para casarnos por la misma razón. Nunca más estarás seguro en Argyll, no conmigo como esposa.

—¿Malcom te ofreció ser su esposa? ¿Qué te hicieron?, ¿acaso Malcom intentó…?

—Lo intentó, tú lo has dicho, hubiera muerto antes de traicionarte, mis juramentos son sagrados. Malcom esperaba solo para saber que no llevaba un hijo tuyo dentro de mí, entonces me hubiera raptado a pesar de que Godred quería matarme.

—Yo los mataré por ello, a los dos. Por los golpes y el miedo que te hicieron pasar.

Ragnild sonrió, su esposo era un bruto. Apartó su pelo rubio del rostro, le acarició las mejillas allí donde una cicatriz y otra le marcaban.

—Destrúyelos a todos, Somerled, acaba con esto, conquista el norte de esta isla y defiende nuestro hogar y nuestra gente. No como rey, es un título que los dos han gastado, que los clanes odian, no trae más que rencillas entre los *lairds* que los sobreviven a pesar de sus desmanes. Primero Godred, mi hermano ha de pagar por muchas muertes; después, Malcom temblará cuando tengas el control del territorio que era de mi padre. Y, entonces, te convertirás en el Señor de las islas, Malcom será tu igual, no por la corona que portes, sino por la fuerza de tus aliados y tus ejércitos.

—Y Noruega, ¿no intervendrá para recuperar sus territorios, las islas que eran de Olafsson?

—No cuando Erik sea tu siervo, estás casado con una hija de la dinastía Crovar, Olafsson era mi padre, reconocida o no, tengo ese

derecho. Por eso Erik nos ayudó, ¿verdad? Le prometiste acabar con Godred y darle el reino.

—Puede que, después de todo, Ranny, sí seas un poco bruja. Le dije que gobernaría bajo mi mandato, no puedo estar en Man y Argyll al mismo tiempo.

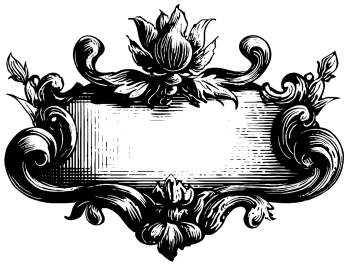
Ragnild sonrió al ver el orgullo de su marido reflejado en cada parte de su rostro.

—Estoy de acuerdo, Ian, pero Erik necesitará ayuda.

—Está bien, Ranny, encontremos a nuestros ejércitos, alejaremos a Malcom y después iremos a por Godred. Pagarán por todo lo que han intentado hacer, acabar con Argyll. —Elevó la mirada al cielo del color de los ojos de Ragnild, tal vez saliera bien, aunque lo más probable era que todos acabaran muertos. Suspiró con resignación, ella tenía razón, era el momento de dejar de someterse a los deseos de los reyes—. Vayamos en busca de mi hermana, Finn y Alistair. Por mucho que confíes en ese noruego, Finn nunca me gustará.

Ragnild se apartó para que él se levantara, la sensación que sintió, el escalofrío, no fue porque, con su calor, Ian se alejara de ella, fue la duda de que cuando consiguieran lo que se propusieran, ¿qué falta le hacía ella al gran *laird* de los Somerled de Argyll? No necesitaría alianzas, ni una esposa que hiciera de su castillo un hogar, una bastarda hija de un rey muerto y la hermana de un traidor. Una simple mujer que solo sabía cazar, montar y escaparse a las praderas verdes escocesas. Un pajarillo que trinaba bajo y desafinado, así se había sentido siempre, el menor de una camada, al que nadie entendía y todos rehuían porque solo servía para quitar la comida a los más fuertes. Ragnild sintió una lágrima esquiva rodar por su mejilla, eso era ella, el eco de una mujer que había podido ser princesa y solo era mendiga, en tierras ajenas, de un poco de cariño.

CAPÍTULO XXI



Finn se sentía mejor desde que Isobel le vendó las costillas, lo agradeció de verdad cuando tocaron tierra firme y supo que continuarían el camino a caballo. Ante ellos, los inmensos bosques a partir de la playa hicieron que pensara en Ragnild. Con ese arrogante patán de Somerled estaría a salvo, sin duda, pero no por ello dejaba de preocuparse por su amiga. Eso cuando Isobel no se acercaba a él, en ese instante ya no podía pensar más, ¿por qué olía tan condenadamente bien? Llevaban dos días en un barco apestoso tratando de huir de las naves de Godred; había ayudado que Finn conociera sus hombres, sus tácticas y rutas por el mar, no en vano había sido el jefe de los ejércitos de Olafsson.

—Está bien, Finn, lo sé —susurró Isobel a su lado, como si imaginara en qué pensaba—. No te preocupes por Ragnild, con Ian estará bien.

Finn contuvo el aliento cuando ella le cogió la mano entre las suyas como si quisiera consolarlo. Tenía que poner fin a aquello antes de que se encontraran con Somerled, Ragnild se lo había advertido, quizá lo único intocable y sagrado para ese hombre era su hermana.

—¡Isobel! —la llamó Alistair cuando se reunieron con los hombres del clan Somerled. Recordaba a Magnus y Greer, echaba en falta a Candem, pero sospechaba que se había quedado en Argyll en custodia del castillo—. Debemos partir cuanto antes, Somerled habrá llegado ya al lugar de reunión.

Finn observó como la joven sonreía ante la llegada de sus amigos, por un momento se sintió abandonado, como si no formara parte de aquella camarilla, había perdido su lugar en el mundo al dejar la isla

de Man con Ragnild, ahora era un guerrero perseguido por sus propios hombres y su rey. ¿Qué sería de él en tierras de Somerled? Solo sabía batallar y cortejar a las mujeres, pero esos escoceses se lo tomaban demasiado en serio, toda esa cuestión de jurar, de la lealtad y la fidelidad… El grupo de los Somerled se reía, y con ellos Isobel, Finn no notaba la diferencia entre cómo ella sonreía a sus amigos a cómo le sonreía a él y eso lo confundía. Demasiado hermosa, inocente e inalcanzable.

Quedó embelesado al ver cómo la joven les contaba lo que había ocurrido en Man, sus gestos, su rostro arrebolado… Finn se pasó la mano por los ojos. Tenía que dejar de ser tan estúpido, nunca una mujer lo había traído tan de cabeza como Isobel Somerled. Tenía que olvidarla, y para ello, según llegaran a Argyll, se encerraría a descansar y reponerse en unos aposentos, rodeado de bellas escocesas que lo adorarían sin tregua. Eso era, olvidaría a Isobel en apenas unos días y ese tonto deseo de besarla. ¡Maldición! Ni siquiera había probado los labios de esa mujer y ya parecía un bardo enamorado. Estaba tan enfadado consigo mismo que tomó aire hasta que sus costillas protestaron.

«¡Joder! —se dijo—, lo tienes merecido por poner tus ojos en una muchacha inocente».

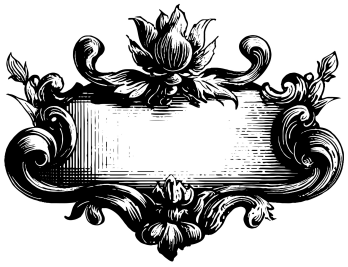
Su determinación era firme, ni siquiera la miraría, tal vez ni le hablara… Y entonces, ella se giró, Isobel le sonrió sincera, corrió hasta él y, a pesar del dolor, Finn se dejó llevar con ella hacia el grupo de los Somerled.

—Yo montaré con Finn, me necesita, está herido.

Todos asintieron conformes, no todos, Alistair entornó los ojos, parecía cansado, tanto como Finn, de huir de esa atracción por la muchacha, pero bueno, con Magnus y Greer, ya Isobel no era responsabilidad suya del todo.

Montaron a caballo, Finn acogió delante de él a Isobel, que se hizo cargo de las riendas durante un rato. Fue la tortura más grande a la que le habían sometido nunca a Finn Sorley de Man, ni siquiera los golpes en el cautiverio de Godred le habían dolido como intentar mantenerse separado de la espalda de Isobel durante horas.

CAPÍTULO XXII



Somerled guiaba el caballo al trote por los senderos y cada vez se mostraba más impaciente por llegar a sus tierras, sentía que los seguían, solo era su instinto, no había visto señal alguna de ello, era imposible que Godred supiera la ruta que iban a seguir. Ragnild se recostó en su pecho y suspiró al sentir junto al oído los latidos de su corazón.

—¿Qué significa Riata? He oído que los Somerled llaman así a tu castillo.

Por un momento pensó que Ian no contestaría, cuando pegó sus labios a su oído, sintió la sonrisa en su piel.

—El rey Alpin, el primer rey escocés que conquistó esa tierra, reunió a las tribus celtas y llamó a su reino Dal Riata.

—Conozco la historia, fue el primero en desafiar a mis parientes noruegos.

—Unió lo que conocemos hoy por las Highlands, de él desciende Malcom… y yo.

—¿Qué significa Argyll, no deberían llamarse Dal Riata entonces?

—Argyll, mi hogar, significa «el reino antiguo». El de los verdaderos escoceses descendientes de los celtas, pictos y escotos, cuando Escocia aún se llamaba Alba.

Ragnild se quedó muda, todo en Ian era demasiado abrumador y poderoso, incluso el nombre de su hogar.

Somerled notó cómo ella se quedó en silencio, siempre esa sombra de duda entre ellos. Detuvo el caballo, estaban apenas a unas horas del lugar donde debían encontrarse con los demás, una pequeña abadía abandonada, y no quería que aquello sucediera, no ahora que tenía a Ragnild para él solo y, para su sorpresa, aquello le

gustaba. La ayudó a desmontar y sus manos sostuvieron su cintura hasta que ella lo interrogó con la mirada.

—¿Por qué nos detenemos, Ian?

Somerled le acarició el cuello con ternura. Sus enormes manos sostuvieron su rostro e hizo que lo mirara. Tuvo que levantar la barbilla, casi pegados sus cuerpos. Se perdió en los ojos azules de color intenso que la miraban intentando ver en su interior.

—Ranny, no puedo ofrecerte lo que sé que ansías. Espera, no digas nada. Una vez que esto acabe, cuando nos libremos de nuestros enemigos, si quieres dejarme, si deseas retirarte a un lejano castillo o a un convento, lo entenderé.

Le ofrecía a Ragnild una salida. ¿Cómo podía ella convivir con él? Somerled sabía que ella ansiaba algo para lo que él no estaba preparado, amor. Todos los días vería su rostro, preocupado por quebrar la poca felicidad que él podía darle. Ragnild merecía ser feliz, merecía todo cuanto el mundo podía ofrecerle, un hombre que estuviera a su lado y la amara con todo su corazón, que fuera atento y romántico, como él nunca lo sería. Ragnild acabaría marchitada en Argyll, ella merecía palacios como los de la corte, vestidos hermosos y que la adoraran. Él jamás sabría amarla, ni darle apoyo como un gentil caballero, ni siquiera sabía cómo tratarla con dulzura.

Ragnild lo miraba, mortalmente seria, como si no entendiera que lo que le decía era por su bien.

Se enfureció consigo misma, cerró los puños. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? Ese huraño, tosco y bruto esposo suyo no entendía que Olafsson le había dado el poder de decidir por sí misma si quería seguir a su lado cuando obligó a sus señores y *lairds* a atender la llamada si les enviaba una pieza del ajedrez. Claro, él no lo sabía, y ella, lejos de utilizarlo, se había enamorado como una estupida de él.

—Somerled, ¿estás diciéndome que te desharás de mí una vez consigas lo que quieres?

—No, Ragnild, yo… sería feliz si te quedaras en Argyll, mi gente te adora, el clan te adora…

—¿Y tú, Ian Somerled? ¿Tú me adoras? ¿Me amas? ¿Podrías llegar a amarme? —Ian la soltó, lo que le pedía Ragnild no podía dárselo, ¿y si moría mañana? ¿Y si ella se cansaba, se hastiaba de su vida

con él y buscaba un amante? ¿Y si perdía su poder?—. Te lo diré yo, Ian, estás tan obsesionado con el pasado, con lo que sufrió tu padre por tu madre, que no puedes abrirte a mí. Deja de pensar en lo que puedes perder y sueña con lo que podrías obtener. ¿Sabes lo que siento yo, Ian? Cómo decirte que cada parte de mi corazón es tuya, cada palabra, gesto, sonrisa, me han ganado poco a poco. ¡Eres un necio!

Sabía que le hablaba con ira, estaba cansada de luchar por él, por los dos; al principio creía que podía conformarse con la alianza entre ambos, pero quería más, él tenía razón, lo amaba y no permitiría que siguiera alejándose de ella por el pasado. Lo golpeó con los puños en el pecho para que hablara de una vez, pero él solo la miraba, mortalmente serio, sin decir nada

—¡Di, Ian, lo que sientes por mí, ahora, o piérdeme para siempre! —Lo empujó lejos de ella y Somerled pareció reaccionar, fue hacia ella con la intención de abrazarla y de una vez por todas romper aquellas sogas que lo mantenían aislado.

Entonces fue cuando lo oyeron, unos caballos al galope aparecieron en el claro y Somerled la cubrió, interponiéndose entre los jinetes que llegaron y los rodearon en unos segundos. Ragnild se tapó la boca al ver al hombre que los dirigía, su estatura, su *cotum* con un águila dorada en el pecho, no hizo falta que se quitara la capucha. Era Godred, su hermano. Los había encontrado. Debió decirle que nunca había que subestimar a Godred cuando se enfadaba.

—¡Somerled! ¡Qué detalle esperarnos aquí, desarmado y lejos de tu caballo! ¡En mitad de un claro! Siento decirte que tu escapada ha durado poco.

Ian inspiró hondo, aquello era lo que se temía, se había vuelto descuidado, confiado, un error que ahora Ragnild y él, sufrirían por ello.

—Godred, secuestraste a mi esposa, lo pagarás caro. ¿Dónde está tu amigo, el rey Malcom? No me digas que te ha mandado a ti solo para hacer el trabajo sucio.

—Puedes decir lo que quieras, Somerled, ahora eres mío, no te imaginas lo que te tengo preparado a ti y a mi querida hermana. —

El caballo de Godred se levantó sobre las patas delanteras e Ian se echó atrás—. ¡Ah! Ragnild, ¿pensabas que el idiota de nuestro hermano, que Erik podía resistirse a un interrogatorio?, no habíais llegado al Brander cuando ya me contaba todo acerca de tu huida. Mis barcos perseguían a tus hombres cuando me contó vuestro plan con todo detalle. He cabalgado noche y día para encontrarte, hermana.

—Me alegra que tengas tanto interés por mí, Godred. ¿Qué has hecho con Erik? ¿Has asesinado a otro hermano?

Vio como Godred se ponía del color de las moras, rojo ardiente. Si iba a morir, que fuera con valentía, ya no se callaría nunca más ante él, tal vez fuera por poco tiempo si decidía matarlos a los dos. Lo observó desmontar, Ian se agachó para coger las dagas que llevaba en las botas y Ragnild lo detuvo. No tenían nada que hacer contra Godred y tantos hombres de Man a su alrededor.

—Iré contigo, Godred, me entregaré a Malcom si es lo que quieres.

—¡No! —gritó Somerled, la detuvo con sus brazos.

—Siempre tan estúpida, Ragnild, si te retenía era para cazarle a él. No tienes ningún valor para mí si tengo a Somerled. Malcom me dará las tierras de Argyll, todo cuanto quiera, si lo capturo.

Ian sacó sus dagas, ocultas en las botas, los hombres desmontaron y Ragnild retrocedió para dejarle espacio. Cogió su propia daga del cinturón, aquel era el final, Godred iba a matarlos a ambos. Atacaron a la vez, desde todas partes, mientras Godred sonreía. Ian acabó con dos hombres con sus armas, pero eran demasiados, Ragnild retenía a los otros con su daga en alto, un leve atisbo de duda entre los hombres que un día sirvieron a su padre les impedía atacarla con sus espadas a pesar de las amenazas de Godred.

Somerled logró un breve espacio para ambos cuando la segunda tanda de hombres armados se dirigía a ellos y se dio la vuelta para mirarla. Habían retrocedido en la lucha hasta los caballos.

—No, Ian, ni lo pienses. No voy a dejarte solo.

—Están tras la colina, Alistair, Isobel, mis hombres… Ragnild, corre —susurró. ¿De verdad ese era el mejor momento para

desperdiciar una de sus sonrisas? Negó con la cabeza, y entonces, él se giró en silencio, corrió para arremeter contra los hombres con la cabeza gacha—. ¡Corre! —gritó una vez más.

Ragnild lo vio penetrar entre la fila de hombres, los demás acudían sobre él, sintió que se sacrificaba por ella y no perdió el tiempo, tal vez podía llegar a los Somerled, hacer que persiguieran a Godred, salvarle la vida a Ian. Tan solo estaban detrás de la colina. Subió al caballo con el pie en el apoyo, casi de un salto, y apenas le dio tiempo a coger las riendas; cuando el animal entendió que huían, emprendió una carrera al galope entre los árboles. Se giró para ver si la perseguían, pero vio a sus antiguos protectores detenerse al margen del bosque. Lo había visto en sus ojos, no querían matarla en nombre de Godred. Uno de ellos tomó el arco.

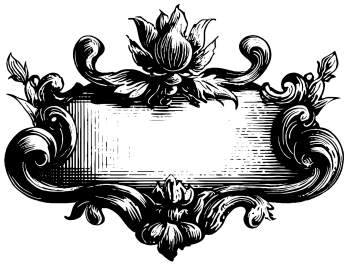
Ahora tenía que llegar hasta Alistair, decirle donde estaba Ian y salvarlo. Algo golpeó su espalda.

—Dejadla marchar, ya está muerta —escuchó gritar a Godred.

¿Muerta?

Lo sintió como el colmillo de un lobo clavado en la espalda, a la altura del hombro, enseguida notó un hilo caliente, ¿sangre? Se giró al galope y con horror vio que una flecha se había clavado en su hombro. El caballo de Ian estaba bien entrenado porque, sin apenas poder sujetar las riendas, siguió el camino. Ragnild no supo cuánto tiempo estuvo al galope sobre el animal, mientras luchaba con el oscuro pozo que le nublaba la mente. Ian dependía de que encontrara a los de Argyll. Godred lo mataría. Los árboles a su alrededor eran solo una sombra oscura, el bosque parecía no acabar nunca. Y entonces aquel túnel negro se adueñó de ella, perdió la visión y las fuerzas, lo último que hizo fue gemir al sentir que se desplomaba sobre el cuello del caballo. Después, nada.

CAPÍTULO XXIII



—Ragnild, despierta, por favor.

Otra vez esa súplica, la misma voz, una y otra vez, atormentando sus sueños. No quería despertar, no quería que la imagen de Ian entre un grupo de guerreros que lo querían matar la atemorizara de nuevo. Una y otra vez, se repetía en la negrura de su mente, unas veces lo veía sangrar, otras él se libraba victorioso de todos; entonces, Godred disparaba un arco y lo mataba por la espalda. Su cuerpo siempre, de una manera u otra, caía sin vida al suelo. Y otra vez empezaba el sueño. No podía soportarlo.

Esperó un instante a que la imagen tan vívida volviera ante ella, pero solo había oscuridad, entonces comprendió que no soñaba ya, solo tenía los ojos cerrados. Con temor de verse en el bosque, con Ian muerto a su lado, no quería despertar. Estaba tumbada de lado, no sentía el frío del suelo ni las hojas bajo ella, por el contrario, tenía mucho calor, gotas de sudor caían por su frente. Apeló a toda su valentía, tenía que verlo, lo que había pasado, aunque fuera horrible. Abrió los ojos de golpe, para encontrarse con el rostro de su cuñada, Isobel retrocedió asustada, sorprendida de que al fin la hubiera escuchado.

—¡Isobel! —gritó Ragnild. Intentó levantarse. No estaba en el bosque, no podía ser—. ¿¡Donde estoy!?

Tras Isobel estaban Finn, Alistair, y ¿Morna? Ragnild miró alrededor, eran sus aposentos en Argyll, el estandarte de los Somerled en la pared desnuda de piedra, las mantas del clan sobre ella, el arcón de piedra y su baúl.

—¡No! ¡No! —gritó alterada. No podía ser. ¿Cómo había llegado a Argyll? ¿Y Somerled? Maldita sea. ¿Dónde estaba él? —¡Finn! —Solo

podía confiar en él, jamás le mentiría.

—¡Shhh, Ragnild! Tranquila —le dijo mientras la retenía con un abrazo para que volviera a tenderse en el lecho. Apartó de ellos a Isobel y al resto—. Te encontramos sola, en el bosque, no había rastro de Somerled. Escucha, tienes que tranquilizarte. ¿Qué pasó? ¿Os separasteis? Estabas casi muerta, te dispararon una flecha, la llevabas aún clavada mientras el caballo galopaba sin sentido a tu alrededor, debiste caer de la montura.

Ragnild lloró, las lágrimas salieron a borbotones de sus ojos sin poder evitarlo. Finn se separó un tanto y e intentó limpiarlas con el reverso de su mano.

—¡Finn! Godred nos encontró, Erik nos delató al final. Sabían que erais un señuelo y nos siguió a Ian y a mí —su propia voz le sonó extraña y ronca.

Isobel le acercó a Finn el agua, Ragnild trató de evitar su mirada y bebió.

—…nos atacaron… Ian los enfrentó para que yo pudiera escapar. Nunca lo hubiera hecho, pero me dijo: «están al otro lado de la colina, Alistair y los otros». —Miró a Isobel, que se giró al instante a punto de llorar—. Me mintió para que escapara, y yo que creía que iba a poder salvarlo al encontraros. Entonces debieron dispararme, oí a Godred. —Empezaba a recordar todo con detalle—. Dijo a los guerreros que me dejaran, que ya estaba muerta.

Finn no dejó que continuara, la cobijó contra su pecho con dulzura.

—Calma, Ragnild, estás muy débil, has estado a punto de morir. Tenías tanta fiebre que las curanderas dijeron que morirías.

—¿Qué? —gimió—. ¿Cuánto tiempo hace que me encontrasteis? Tenéis que buscar a Somerled, no pueden estar lejos. ¿Qué hacéis ahí parados? —gritó a Alistair.

—Registramos cada palmo de bosque, *lady* Ragnild; cuando os encontramos, fuimos en busca de él, pero nada —dijo Alistair con pesar.

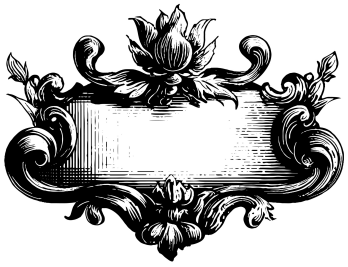
—¡Pues volved y traedlo!

Isobel lloraba de espaldas a ellos. ¡No! ¡Cómo podía rendirse tan pronto! ¡Había que ir a buscar a Somerled!

—Ragnild, han pasado tres días, no hay rastro de Ian Somerled.

Lo miró atónita, ¿qué decía?, ¿era una de las bromas de Finn? No. Su mirada le inspiró tal desesperación que no podía ser mentira. Lo apartó de ella, no dejó que nadie la consolara, un vacío se extendió por su cuerpo, nunca había sentido tal dolor. Le había fallado. Había abandonado a Ian.

CAPÍTULO XXIV



Morna dejó que se levantara cuatro días después, puso como condición que empezara a comer, y lo hizo a duras penas, si no, se hubiera dejado llevar hacia la debilidad y la tristeza. Le había fallado, se decía a solas o en eternos silencios que pasaba en sus aposentos. Isobel lloró a su manera a su hermano junto a ella. Le leía de su libro de horas, un precioso tesoro que le habían regalado las monjas al dejar el convento. Ragnild hacía que la escuchaba, nunca fue ferviente religiosa, ni encontraba el consuelo que ella sentía al leer aquellos fragmentos santos.

Veía amanecer a través de la ventana, al igual que el caer de la noche; no quería dormir, ni rememorar el momento en que Somerled la había salvado. A ella acudían recuerdos fugaces, en el salón, en la playa, cuando huían, lo que sintió al ver que no la había abandonado en aquella prisión. Y entonces lo apartaba, incapaz de soportar no verlo nunca más. Lo amaba, no sabía en qué momento sucedió, pero así era; no pretendía idealizarlo, se separaron enfadados, distantes, él le había dicho que la dejaría marchar. Y aun así, Ragnild, ahora en la distancia, no podía creer que Somerled la dejara irse de Argyll. Fue fugaz, un instante, en sus ojos, antes de que Godred apareciera, no lo había imaginado, estaba segura.

¿De dónde venía esa imagen en que Ian sentía lo mismo que ella? No debería dudar, su corazón lo sabía, la amaba.

Dio sus primeros pasos agobiada por Isobel, que quería agarrarla todo el tiempo, y por Morna, que la hostigaba al repetir: «despacio, despacio, despacio» una y otra vez. ¿Habría perdido la paciencia junto con la sangre que derramó en el bosque? En realidad, todo le sobraba, la gente a su alrededor, los ruidos del patio, Alistair al

preguntar si se encontraba bien, Finn con su sola presencia… Todos. Hasta respirar la sobrepasaba de dolor. ¿Cómo era posible que ese maldito escocés se le hubiera metido tanto dentro del corazón? A veces lo odiaba en secreto por no dejarla morir con él.

Se movió y comprobó que las piernas le funcionaban, el dolor de su espalda hasta le agradaba porque era lo único que sentía. «Está ya muerta», eso había dicho Godred, y no se había equivocado. Isobel le colocó la capa sobre los hombros y le ató la cuerda para dejar sus manos libres.

Se apoyó en el vano de la puerta y supo que estaba preparada para caminar, ¿lo estaba? Isobel ponía las manos en alto, como si pudiera sostenerla, y estalló, no con gritos ni una pataleta, ni siquiera una mirada hostil. Evitó a la muchacha, a Morna y a Finn, que, escondido tras la esquina del corredor, estaba pendiente por si caía, y rozó el muro con las manos. Comenzó a subir los escalones.

—i¿Dónde crees que vas, niña?! —la increpó Morna.

Ragnild se giró hacia todos y los miró seria.

—Voy a las almenas, dejadme sola.

Su voz le sonó lejana, pero era una orden, y nadie se atrevió a desobedecer, excepto Finn, que, unos metros más abajo, la seguía. ¿Temían que se quitara la vida? ¿Que se hubiera vuelto loca? Tal vez, lo que quería era estar sola allí arriba, sentir el aire de nuevo arañar sus mejillas, situarse en el mismo lugar que él lo hacía para admirar sus tierras, sentir que seguía allí. Llegó arriba, lenta y cansada, pero lo consiguió. Abrió la vieja puerta de madera de la torre y el aire golpeó su cuerpo. Los guardias allí arriba retrocedieron al verla. Fue hasta el borde y miró hacia el mar, a la aldea, la pradera…, aquello era el legado de Somerled y su vida. Recordó a su padre diciendo que Ian era un pretencioso que quería conquistar la isla, desafiar incluso a los ingleses. Sonrió envuelta por las voces en su cabeza, de su padre y de su esposo, ninguno de los dos estaba ya.

Mas allá de la muralla vio a los niños correr tras un jinete al galope, la vida seguía a su alrededor. Observó al hombre a caballo, por un momento se preocupó, atravesaba la aldea demasiado deprisa, podía herir a alguien. Al acercarse a la muralla, vio su pelo rojizo, era Magnus, tan inconsciente como siempre. Atravesó las

puertas del patio y Ragnild dejó de prestarle atención, miró hacia el mar embravecido bajo un cielo tormentoso y gris. De pronto, un rayo de sol se abrió paso entre las nubes e iluminó la línea del horizonte, Ragnild suspiró, antes aquello era para ella un acontecimiento; ahora apenas produjo alivio a esa constante sensación de dolor. Esperó a que anocheciera y, sobre ella, las estrellas no lucieron, escondidas tras las nubes grises. El invierno no tardaría en llegar a Argyll.

Bajó y los guardias cerraron la puerta tras ella. Ragnild se sorprendió de que Finn no estuviera allí, lo había escuchado seguirla. Inconstante, temerario, mujeriego, cuántas veces había escuchado su amigo aquellas pullas en Man sin molestarse, la mayoría eran verdad, pero lo adoraba.

No encontró a nadie en los corredores y el murmullo de voces en el gran salón la hizo bajar. Se detuvo en la escalera cuando escuchó su nombre. En ese momento el que hablaba era Magnus. Cierto, lo vio llegar al castillo hacía horas y lo había olvidado.

—Ragnild no puede saberlo, se lo ocultaremos —decía.

—No le mentiré, nunca, en cuanto esta estúpida reunión acabe, iré en su busca y no podréis impedirlo.

Finn había intervenido a gritos, él nunca gritaba. ¿Ocultarle? ¿Mentirle? ¿Qué pasaba allí? Entró en el salón, las chimeneas ardían, estaban reunidos en torno al fuego con los rostros lívidos. Morna e Isobel sentadas en sillas, Finn y Alistair dando paseos alrededor, Magnus junto al fuego con las manos extendidas como si hubiera perdido todo el calor. Incluso Candem, el jefe de la guardia de las almenas, estaba allí.

Oyeron sus pasos, no quería entrar con sigilo, no quería vivir como en la corte, llena de intrigas y subterfugios. Se detuvo entre ellos.

—Magnus, ¿qué ocurre?

A ninguno de ellos le pasó desapercibido el tono firme de Ragnild, Finn se acercó al fuego para animar a Magnus a hablar. El escocés dudó y Ragnild se irguió. Finn pudo ver a la princesa que había en ella, era curioso que en la pena hubiera encontrado su verdadera naturaleza, ya no era la débil muchacha que retozaba en la pradera,

había crecido desde que arribaron en aquellas playas de Argyll. Ragnild ya no pedía permiso para ordenar, sino que estaba en ella, siempre lo estuvo, su padre la había preparado para ello.

—¡Hablad! —les exigió, no solo a Magnus, a todos.

—¡Está vivo, Ragnild! Somerled, está vivo —estalló Alistair casi a gritos.

Ragnild se movió tan deprisa hacia él que creyó que se desmayaría.

—¿Vivo?

—Lo tiene Godred, en Man, enviamos a Magnus cuando te encontramos. No lo ha matado todavía. Magnus pasó todo el día en el castillo y uno de los guardias se lo contó a cambio de oro.

Ragnild intentó que aquella noticia ante la que todos se mostraban reticentes penetrara en su mente y su corazón. Estaba vivo. Somerled no había muerto. Godred no se había atrevido a matarlo, ¿estaría esperando a Malcom para hacerlo?

—Os dije que no se lo contarais todavía —susurró Morna—. Al menos, no así. Miradla, está a punto de desplomarse.

—Está preso, Ragnild, no te hagas demasiadas ilusiones.

Finn la devolvió a la realidad, Ian estaba preso, recordó aquella prisión llena de ratas y mugre, de humedad y huesos. Su escapada fue fácil, pero Godred no dejaría que Ian saliera de allí vivo. No perdería a su gran presa. Por eso todos estaban así, no podían alegrarse cuando sabían que sacarlo de Man era casi imposible.

—No podemos ir en su busca y atacar Man —negó Alistair.

—¿Y dejarlo allí? Alistair, estás loco —lo increpó Isobel—. Arañaré las puertas de ese lugar si hace falta hasta llegar a él.

—Es imposible con nuestro ejército tomar Man —interrumpió Magnus. Y él había estado allí, Ragnild los escuchaba a todos con la cabeza gacha.

—Pero no imposible —susurró Finn. Siempre su Finn veía las cosas de otra manera.

—Es un suicidio, ni siquiera él atacó cuando tenían a nuestra señora —intervino Morna.

—Las defensas de Man son impenetrables —volvió a decir Alistair.

—Toda muralla tiene un punto débil, podemos encontrar la manera… —Candem dio su opinión, nadie sabía más de muros que él.

—Es una locura, Ragnild —dijo otra vez Alistair.

Ragnild respiró hondo, como si le hubieran devuelto la vida, aún tenía una oportunidad de verlo, amarlo, sentir sus manos, salvarlo. No lo dejaría solo. Usaría lo único que le había legado su padre, el poder de convocar a los grandes señores del norte de Escocia.

—Finn, ¿puedes conseguirme un *cotum* de cuero? —dijo en voz baja, casi un susurro—. Y unos pantalones de muchacho, por favor. Coge el ajedrez de Lewis, una pieza para cada uno de los señores de las islas. Ve primero a Thorfinn, después al resto.

Lo miró un instante, tantos años juntos, él se tocó la camisa a la altura del hombro, donde ambos compartían su quemadura, su tatuaje del águila. La seguiría donde fuera, a pesar de que Ian y él no pudieran nunca ser amigos. Los demás no entendieron, vieron a su amigo desaparecer en busca de aquello que le había pedido.

—Ha llegado el momento de la batalla.

Había oído aquellas mismas palabras en boca de su padre tantas veces que era como si lo tuviera a su lado:

—Si no te enfrentas, creerán que eres débil, Ragnild, seguirán haciéndote daño hasta quebrarte.

—¿A todos? Padre, no puedo pegarme con todo Man.

—Elige tus batallas, Ragnild, pero guerrea, si hace falta, hasta la muerte.

Eso era lo que había intentado decirle a Somerled, pero él se aferraba a su pasado con fuerza, a su legado, pendiente de no perderlo, de honrar a su padre… Llegaba un momento en el que no quedaba más alternativa que luchar, aunque la muerte fuera el único final.

—¿No pretenderás que vayamos a por Somerled, Ragnild? Iniciarás una guerra con tu propia gente, morirán todos nuestros hombres, no somos suficientes Somerled… No lo comprendes, no tenemos posibilidades.

El amigo de su esposo frunció el ceño, pensaba igual que Ian Somerled, no en vano habían estado juntos desde niños.

—Alistair, sé lo que es la guerra, ¿crees que no sé nada de las batallas? Me pasé años en una silla, escuchaba a mi padre tratar con sus siervos, los *lairds* de los clanes, aprendí del jefe de la dinastía Crovar, Olafsson, a preparar incursiones, defenderse de mi esposo y atacar al rey Malcom. Perder sus tierras en Irlanda y ganar nuevas aldeas y señores a su causa, y yo oía todo porque los niños no me querían jugando con ellos, ni mi madrastra en los salones, ni los sirvientes a su lado. Sé tanto de la guerra como sabe Somerled. Le advertí que debía enfrentarse o morir, y ahora es el momento.

Pasó junto a Alistair e Isobel, y le dio una palmada en el brazo en señal de esperanza. Cuando salía Magnus, habló:

—No es una petición, Alistair, es una orden de tu señora, prepara a todos los hombres de Argyll, llámalos a la guerra por su señor Somerled.

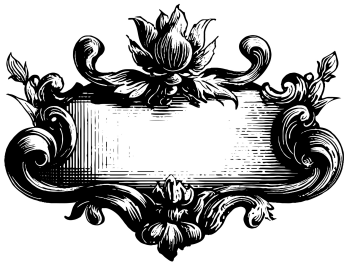
—Pero, Ragnild, ¿quién los dirigirá?

No contestó, sería ella. Finn a su derecha y Alistair a su izquierda. Como hubiera hecho Ian si apreciara las dotes de guerrero de Finn.

Necesitaba alejarse de todos un tiempo, saborear el momento, dejar que ellos discutieran cuanto quisieran. Una sonrisa la acompañó hasta llegar a las cocinas. Maisie casi se desmayó del susto al verla y cuando, en silencio, se sentó a la mesa de las cocinas, la cocinera comprendió que algo había cambiado y para bien, empezó a sacar su comida preferida con una sonrisa mientras Ragnild le daba las buenas noticias. Tenía que recuperarse, comer y prepararse, su arco, sus dagas, iba a empezar la guerra que su esposo nunca deseó. Y lo iba a liberar, o morir por él.

«¿Quién soy, padre, sino una bastarda que no tiene poder alguno? ¿Cómo me enfrentaré a ellos?». «Eres Ragnild, princesa de Man, señora de Argyll, de la dinastía del Águila, hija de Olafsson, esposa de Ian Somerled, señor de las Highlands», se repitió. Nada la detendría. Ni siquiera Godred.

CAPÍTULO XXV



Godred, atónito, subió a las almenas, el rumor que recorría las islas, de Lewis a Skye, hasta Glenelg, había llegado hacía días a Man. Desde el norte, cientos de barcos se movían entre sus territorios, los *lairds* y señores se habían rebelado contra él. Al principio se rio de aquellos susurros que llegaban desde las aldeas con los viajeros. Ian Somerled había levantado un ejército. ¡Ignorantes! ¡Él tenía a Somerled en aquel agujero infecto bajo el suelo de su castillo! ¿Quién se había erigido en nombre de su enemigo?

Jamás hubiera creído que sus súbditos se pudieran aliar contra él, cierto era que les había impuesto nuevas rentas, que había dado permiso a sus hombres para que hostigaran a los señores a que cumplieran con oro y hombres, que se llevaran a las mujeres y a los niños, pero ¿tanto como para que se unieran, algo imposible desde que los Crovar llegaran desde Noruega hacía siglos?

Vio en la lejanía aquellos pequeños barcos, los *birlinn* de Somerled, y otros que no sabía identificar, el horizonte al amanecer se llenó de naves que se dirigían hacia el otro extremo de la isla, vio estandartes de Uist, Barra, Mull, Islay, Kyntire…, pero también de sus territorios, Lewis, Harris y Skye. Las Highlands, las islas, tal como las conocía, estaban contra él.

¡No podía ser! Somerled estaba en sus manos. Entonces, ¿quién? ¿Qué loco había conseguido reunir aquel ejército? ¿Quién se había atrevido? Y lo más importante, ¿quién podía conseguir tal hazaña?

—¡A las armas! ¡Todos! —gritó al comprender que aquello no era un rumor, ni un sueño, invadían Man.

Ragnild suspiró al fin cuando saltó a las playas y tocó tierra firme. Sus pies se afianzaron sobre la arena de su hogar, los escoceses, escandinavos, incluso noruegos que aún vivían en Lewis se unieron al llegar a las playas de Man. Finn había traído incluso a hombres de Irlanda partidarios de Olafsson, que aún recordaban sus hazañas. Observó a los barcos llegar, la tensión de la guerra en sus rostros y la fiereza de los guerreros. Esa sería la primera vez que combatirían juntos los *highlanders* de las islas occidentales en nombre de Ian Somerled, lo que él siempre soñó. Todos con la promesa de que, una vez liberado, tendrían un señor justo, no un rey déspota como Godred de Crovar. Si Somerled pudiera ver aquello, quizá ni siquiera entonces lo creería.

Finn desembarcó a su lado, el rostro cansado, la sonrisa en los labios, lo había conseguido. Había recorrido cada rincón de las islas, convocado al resto, enviado emisarios al norte, su fama de guerrero y su fidelidad por la corona de Crovar hizo que le escucharan. Demasiado hastiados de Godred, los desmanes de sus hombres, los castigos sin razón y cómo disponía de sus tierras y riquezas, les había hecho llegar al límite y sublevarse. Seguirían a Ragnild, para los hombres del norte no era extraño que una mujer levantara en armas a los ejércitos como las antiguas valkirias, y a los que no podían convencer, el nombre de Somerled en boca de Alistair los hacía olvidar el miedo.

—¿Y ahora, princesa?

Thorfinn, el señor de Lewis la retó con su mirada torva. Ragnild no se dejó intimidar, lo había visto decenas de veces, cuando era apenas un muchacho como ella, mirar con admiración a Olafsson, su padre lo asustaba de tal manera que tartamudeaba en su presencia.

—Thorfinn, sabes el camino al castillo, pero si quieres seguirme…

El enorme hombretón que era ahora rio con una carcajada e hizo una reverencia al señalar que Ragnild podía adelantarse con sus hombres a través de praderas y colinas, rocas y páramos. Inspiró hondo y al salir de la playa vio los extensos serbales, los árboles teñidos de marrón, de troncos retorcidos por la humedad, aspiró el olor de su tierra, que ya no era suya, su hogar estaba lejos, en

Argyll, y sin embargo, nunca olvidaría el amanecer rozando con los rayos de sol la hierba y dando vida en primavera a la isla.

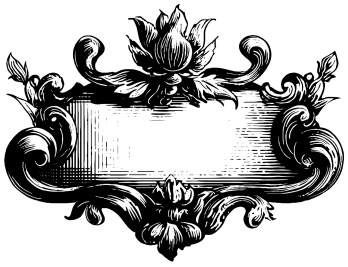
—Ragnild Crovar, ¿crees que Godred nos espera con un gran banquete? —preguntó el señor de Garmoran.

—No lo creo, veamos si sus chimeneas humean, *laird*.

Rieron con ella, demasiado tiempo entre hombres de guerra, sabía qué los alentaba. Unos metros más allá vio a los de Glenelg, a su abuelo mirarla en la distancia; algún día, se dijo, habría tiempo para el perdón por querer matarla al nacer; de momento, él estaba allí. Y tal vez murieran aquel día. Le saludó con la mano y el anciano asintió con una sonrisa tímida, no tuvo el valor de acercarse, no ahora que estaba tan cerca de su misión y de Somerled.

Caminaron entre el verde esmeralda y los ocres del otoño, y cuando las torres del castillo se divisaron, Ragnild sintió el miedo. No por ella, sino por Somerled. Tenía que seguir vivo.

CAPÍTULO XXVI



Somerled se preguntaba cómo Ragnild y Finn habían sobrevivido a aquel lugar, no era más que un agujero con unas rejas clavadas en la roca. En la soledad de aquel sitio, sin nada en qué pensar excepto en cómo se había conducido toda su vida, se arrepintió de no haberle dicho a Ragnild lo que sentía por ella. Demasiado deprisa se había metido bajo su piel el miedo a perderla —como su padre perdió a su amor—, a la traición y al engaño; lo había bloqueado durante años. Tan pendiente siempre de mantener el legado de su padre y sus antepasados, había permitido que perdiera a Ragnild. Recordó sus ojos acusadores cuando le dijo que, una vez terminara la guerra, podía irse de su lado. Entonces Ragnild no lo entendió, no quería alejarla, quería salvarla de él, no podía darle todo aquello que ella merecía, y esas habían sido sus últimas palabras. Ahora estaba preso y esperaba que ella viva. Maldita sea, había visto cómo le disparaban una flecha. Podía estar muerta por su culpa. Tenía que haber llegado a Man y reclamar con toda la fuerza de sus ejércitos a su esposa, no temer una guerra que podía despojarlo de sus tierras.

Golpeó con los puños el metal y el estruendo hizo eco en cada lugar de aquella tumba de piedra, pero esta vez no hubo ningún guardia que, desde arriba, le dijera que callara. Permaneció en silencio un buen rato, no se oía nada en la torre, ¿habría perdido ya la cabeza y era de madrugada? La voz de su padre en su mente se había marchado hacía tiempo. Comprendía la naturaleza de esos recuerdos, el miedo a perder lo que le habían legado, a la traición, y, en su lugar, estaba la risa de Ragnild, su voz, su forma de mirarlo.

Iba a recostarse lejos del corredor cuando escuchó el estruendo de voces arriba, el olor a quemado entró por aquel agujero en el

suelo. Se dijo que no podía ser, se había vuelto loco, parecía que atacaban el castillo.

Desesperado por saber qué ocurría, se pegó a los barrotes y vio como la luz de una antorcha iluminaba el hueco de la escalera por la que descendían los guardias. Bajaron tres, se acercaron a la puerta y abrieron. No les preguntó, hubiera resultado en vano, debían tener órdenes de no hablar con él, no lo habían hecho en semanas. ¿Era ese su momento, el de morir en la horca? Le ataron las manos con una soga áspera y gruesa y lo condujeron escaleras arriba. La claridad lo cegó un momento, abrazó el aire fresco que entraba por la puerta de la torre. Se dejó llevar hasta el patio y lo empujaron para volver a subir a las almenas. Dudó un instante, ¿qué sucedía? Todos los hombres de Godred estaban en guardia y la gran puerta de acceso al castillo cerrada, atardecía, y sobre el rojo descenso del sol comenzó a llover. Lo detuvieron antes de continuar y uno de sus carceleros le puso una mordaza. Dejó que lo hiciera, la curiosidad por saber qué pasaba era demasiada, quería subir a aquella almena y saber por qué Godred estaba tan alterado. Lo empujaron y casi pierde el equilibrio al comenzar a ascender los escalones. Una vez arriba, Godred lo cogió de las cuerdas que ataban sus manos y atrapó su cuello. Somerled se preparó para devolverle el golpe, iba a luchar; si hacía falta, se arrojaría almena abajo. Entonces, su voz, la voz de Ragnild, lo paralizó. Godred lo obligó a mirar hacia abajo, más allá de las murallas, y lo que vio le hizo pensar que de verdad había perdido la cabeza.

Un ejército descomunal, nunca visto en el norte, se extendía más allá de su vista, hombres, mujeres e incluso niños, con los estandartes de lugares remotos, de sus tierras, de condados del mismo Godred, todos juntos. Su sueño, aquel que había alimentado cada día de su vida desde niño, estaba frente a él. Y delante de todos ellos, Alistair, Finn Crovar, y… ¿su esposa? Vestida como un guerrero, el torso cubierto por el *cotum* de cuero negro, pantalones, y colgada de su cintura la espada y una daga. A su espalda, un arco, solo que este era de su medida y no lo arrastraba por el suelo, sino que descansaba desde su hombro hasta la corva de su pierna. ¿En

qué momento su pequeña esposa se había convertido en el azote de las islas?

—¡Ragnild! —gritó Godred una vez más.

Somerled despertó de lo que parecía un sueño o una pesadilla, porque él estaba allí, inmovilizado en las almenas, mientras su esposa abajo parecía querer luchar. Se revolvió contra sus guardianes y solo recibió puñetazos, le habían atado también las rodillas para que solo pudiera andar, no luchar o correr.

Ragnild hubiera gritado de alegría cuando Somerled apareció, lo llevaban atado, apenas podía andar, pero parecía entero y sin heridas. Sucio. Godred lo había mantenido vivo tal vez para luego pactar con el rey Malcom o entregárselo, eso no sucedería nunca. Ese era su miedo, que Malcom, de repente, apareciera con sus ejércitos e inclinara la lucha a favor de Godred, pero nada, hasta el momento parecía no haber querido inmiscuirse. Godred la sacó de sus pensamientos con otra llamada a gritos. Cielos, si no tuviera a Ian a su lado, lo saetearían con sus flechas.

Ragnild puso su mano en el oído, como si no escuchara a su hermanastro con claridad, y Godred se desesperó, gritó una vez más, más alto y fuerte, lo que provocó las risas entre sus propios hombres y los que aguardaban en la pradera. Ragnild intentó también sonreír, pero entonces vio a Aren junto a Godred, no podía ver el rostro de la que había sido su amiga durante tantos años, lo mantenía oculto bajo la capucha, pero era ella, sin duda.

Arriba, los hombres de Godred sujetaron a Ian de forma brutal. Maldita sea, lo amaba con todo su corazón, y esperaba que comprendiera por qué había hecho todo eso, por él, para salvarlo, y no por una estúpida alianza. Lo quería, así de simple y tan enorme, y estaba a dispuesta a morir por él.

—¡Ragnild, maldita bastarda! —gritó Godred con la ira que ponía rojo su rostro.

Ya estaba bien de jugar con Godred, no mientras las espadas amenazaban el cuello de Somerled.

—Godred, todos saben aquí quien soy, eso ya no importa, ni a mí ni a nadie, ¿no lo ves? De todas formas, si quieres discutir mis derechos hacia tu corona y estas tierras, el señor de Glenelg, mi

abuelo, está aquí, puede dar fe de que soy hija de Olafsson. ¡Ah!, Thorfinn de Lewis también quiere hablar contigo y saber por qué te llevaste a su hija y la deshonraste, hay muchos aquí que quieren hablar contigo, de hecho.

—¡Te mataré, mataré a Somerled ante tus ojos!

—Hazlo y te desollaré vivo con mis propias manos por el placer de verte gritar. ¿No ves que no puedes parar esto? Ni siquiera la muerte de mi esposo te traerá la paz, no se darán la vuelta, ni se rendirán, vienen a matarte —dijo Ragnild, señalando a los miles de hombres a sus espaldas. —Godred golpeó con ambas manos el muro de las almenas. Incapaz de decidir si tenía alguna opción de vencer—. Tienes esta noche, Godred, si no rindes el castillo, atacaremos.

Ragnild no esperó su respuesta y volvió entre los hombres que esperaban. Sabía que Godred no se rendiría, por ello tendrían que entrar por uno de los pasadizos y abrir las puertas si no querían asediar las murallas durante semanas.

—Godred sabe dónde están todos los pasadizos, estarán vigilados —dijo Finn, que caminaba a su lado.

—No el de las cocinas.

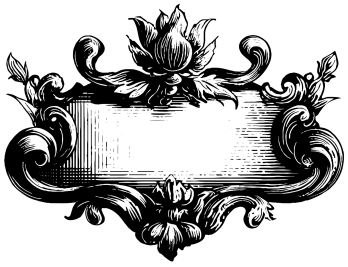
—Eso no es un pasadizo, es por donde se tiran los despojos del castillo y muchas más cosas… —Finn puso cara de asco y supo que ella ya había tomado una decisión.

—Tendremos que mancharnos, Finn. Piensa que, al menos, no tendremos la peor de las muertes, por hambre.

Finn sonrió. ¿Cómo el hambre podía ser lo que más temía un guerrero como él antes de una batalla? Negó con la cabeza y caminaron fuera del alcance de las flechas.

Ragnild miró una vez más hacia las almenas en busca de la mirada de Ian, se lo llevaban, pero, aun amordazado, hubiera jurado que sonreía.

CAPÍTULO XXVII



Finn, Magnus, Greer y Candem se prepararon, dejarían a Isobel y Alistar en el campamento y ellos entrarían por el túnel que desembocaba a los pies del castillo. Lo harían de madrugada, bajo la mirada de los guardias de Godred, tendrían que ser rápidos y silenciosos.

Vestían de negro, y Magnus, con sus dotes de espía, recurrió a la turba del fondo del río para teñir sus rostros y manos, las ropas e incluso las armas de negro.

—Esto es asqueroso —susurró Ragnild, cubierta por completo del barro negro

Finn sonrió, de ella solo se veían los ojos grises, que eran dos perlas brillantes en la oscuridad.

—Magnus, ¿no podemos teñirle también los ojos?

—No te contestaré a eso. Créeme, Finn, que si pudiera cambiarlos, lo hubiera hecho hace tiempo —le contestó con una burla—. Por cierto, es hora de partir.

Estaban ante la boca negra de aquel túnel que llegaba hasta un riachuelo más negro y apestoso. Alistair e Isobel los observaban preocupados, era un plan arriesgado, entrar, evitar a los guardias y abrir las puertas del castillo para los que estaban fuera.

Finn esperó a que los demás entraran en las aguas que apenas les llegaban a las rodillas, Magnus apartó las raíces de los árboles y fue el primero en entrar en la negrura de la roca que formaba el túnel. Después pasaron los demás y, por último, Ragnild, con un trozo de tela sobre el rostro para no respirar aquel olor. Era su turno, y entonces, un impulso lo llevó a darse la vuelta. Isobel estaba allí, se frotaba las manos angustiada, ¡ojala fuera por él! Tal vez no la vería

más, quizá muriera ahí dentro; pensó en Ragnild y cómo lo animaba a que hablara con la muchacha. Por pura necesidad, salió del agua ante ella y dio un suave tirón a su capa, ella se acercó con una sonrisa, como si fuera una broma más de Finn.

La besó, no fue un toque dulce de labios, ni tierno, sino que la empujó un poco más contra él y la besó con firmeza. Para su sorpresa, no lo rechazó, abrió en cambio los ojos, tanto que pensó que se le saldrían del rostro, aquellos preciosos y enormes ojos azules. Finn cerró los suyos y deslizó su lengua entre los labios de Isobel, la besó fuerte, con deseo, a la espera de que quizá ella lo abofeteara. No pasó, movió su rostro con el de ella, acarició el interior de su boca y la soltó hacia atrás para que Isobel recuperara la posición.

No esperó a que ella le gritara o repudiara, se dio la vuelta con valor y entró en aquel agujero que probablemente lo llevaba a la muerte. ¡Pero, oh, tendría el sabor de los labios de Isobel en su boca cuando su hora llegara!

Al entrar en el túnel, Ragnild lo esperaba, lo había visto y negó con la cabeza.

—No es el momento, Finn.

—¿Será el día que muera? Entonces será hoy, Ragnild, esto es una mierda de plan.

Ragnild renegó y avanzaron para seguir a los otros a toda prisa. Habían conseguido entrar sin que los guardias los vieran, ninguno había previsto que el orificio de piedra ascendiera todo el rato, ni que al cabo de unos minutos no pudieran ir ya agachados, tuvieron que empezar a reptar con los rostros lo más alejados de aquellas aguas sucias. Tardaron lo que a Ragnild le pareció una eternidad, no tenía importancia arrastrarse entre deshechos de las cocinas y de otra clase si entraban en el castillo. Entonces, a su lado sintió moverse algo, apretó los puños, ratas, malditas ratas, ¿siempre tenía que haber ratas? Hubiera preferido a un oso allí metido con ellos. Finn le tocó los pies para que siguiera y comenzó a sentir las lágrimas de terror que se deslizaban por sus mejillas.

«Ian. Ian. Ian», se repitió. Tenía que llegar a él.

Fueron minutos, Magnus apagó la antorcha que seguían los demás, señal de que habían llegado a las cocinas. Escucharon desde atrás cómo levantaba la trampilla del suelo y una ligera brisa alivió a todos. Uno a uno salieron en silencio. Las cocinas estaban llenas de sirvientes dormidos, en el suelo, sobre el repecho de las chimeneas... Pasaron entre ellos en silencio, rogaron que ninguno despertara, y salieron pegados al muro del corredor que llevaba al gran salón. Finn los guio, eran ambos quienes mejor conocían el castillo, Ragnild lo seguía, se detuvo un instante ante la puerta de la sala donde despidió a su padre y en la que pasó tantas horas con él. Magnus le dio un leve empujón para que no se despistara. En el salón, junto a la chimenea, estaban algunos soldados dormidos; por fortuna, su madrastra Inge nunca había permitido los perros en el interior. En cuanto regresaran con Somerled, volvería a meter a los mastines dentro para proteger su hogar. ¿Por qué Ian no le había dicho que eran necesarios en el salón? Intentó centrarse, el salón en penumbra, casi a oscuras para ahorrar en velas, invitaba a tropezarse con cualquier banco u hombre dormido.

Al fin, abrieron con el mayor silencio posible las puertas y salieron al patio. La noche era oscura, una débil luna menguante apenas iluminaba, se pegaron al muro y llegaron cerca de los establos. Finn se giró para indicarles que había guardias allí, tenía razón, el muy pretencioso Godred había mandado vigilar los pasadizos.

De espaldas a ellos, no sintieron acercarse a Greer y Candem. Se deshicieron de los hombres con un golpe directo en las sienes y todos llegaron cerca de la torre.

Ragnild casi gritó cuando vieron que, allí dentro, Somerled había iniciado su propia batalla para liberarse, debía haberles atacado antes de entrar a la celda.

Había dos hombres en el suelo, y los otros dos lo atacaban con sus dagas, Ian los esquivaba y atacaba con apenas un cuchillo corto.

—Somerled, ¿tardarás mucho?

Su esposo se quedó quieto ante las palabras de Magnus y sonrió al escuchar su voz, lo que casi le cuesta un corte en el rostro. Candem y Magnus intervinieron ante la sorpresa de los guardias.

Ragnild empujó contra ellos al hombre que se interponía entre ella e Ian y corrió a su encuentro.

—¿Ragnild?

Tuvo que soltarlo un tanto para mirar hacia arriba, al rostro de su esposo.

—Soy yo, Ian, te lo juré, no te dejaría morir.

—¡Maldita sea! ¿Quién ha sido el estúpido que ha dejado a mi mujer entrar en este castillo?

El bramido hizo que Ragnild le tapara la boca con su mano, dejó la marca negra sobre la mitad de su rostro, pero, aun así, era tan hermoso ver a su esposo a pesar de su carácter, era por ella, estaba preocupado.

—Te he traído un ejército, Ian Somerled, no puedes enfadarte con nadie.

La abrazó sin palabras, con fuerza, tanta que Ragnild pensó que la ahogaría contra su torso. Ambos se mancharon de suciedad y turba, Ian olía a aquel agujero apestoso, no le importó… Se agachó, la separó de él, y por fin, la besó. Le acarició el pelo como si estuviera limpio y suelto, Ragnild se aferró a su cuello, lo había echado de menos, había llorado de tristeza al creerlo muerto y de alegría al saber que estaba vivo. Le devolvió el beso con toda la desesperación de su cuerpo y de su corazón, nadie osó detenerlos, hasta que el ruido fuera de la torre los alertó de que el ataque de sus aliados, fuera de las murallas, había comenzado.

Salieron con Somerled al frente, débil todavía, la ira por todo lo que les habían hecho a él y a Ragnild bullía en sus venas, olvidó el hambre, el cansancio, solo sujetó la espada que Magnus le ofreció. Hombres de Godred salieron de todas partes y rincones del patio, los enfrentaron con valentía. Ian abatía un enemigo y antes de que el siguiente tomara su lugar, se aseguraba de que su ¿tierna, pequeña y dulce esposa? se defendía con el arco y la daga. Sus certeras flechas atravesaban a sus enemigos antes de llegar a él. Llegaron a las puertas casi sobrepasados, formaban un semicírculo, hasta que los hombres que las guardaban cayeron y Candem y Greer quitaron la balda de madera, ayudados por Magnus y Finn. Las enormes puertas se abrieron de golpe. Godred, en las almenas, se dio cuenta

de que estaba perdido. Sus enemigos entraron en el patio e Ian llamó a Finn a su lado.

—Llévala dentro, protégela con tu vida, escandinavo.

Él asintió sin dudar, tomó el brazo de Ragnild y la arrastró a un lado. Ragnild se resistió, una vez que había encontrado a Ian, no pensaba dejarlo.

—Princesa, no puede luchar contigo a su lado, ¿no lo comprendes?

Asintió seria y ya no hizo falta que la arrastrara, ambos se cobijaron junto a los establos mientras la lucha era encarnizada. Demasiados abusos y ofensas hicieron que sus aliados atacaran con ferocidad a los de Godred. Su hermanastro se replegaba hacia el interior, Somerled se había unido a sus nuevos aliados sin problemas y los cercaban.

De los establos salió una figura envuelta en una capa. Ragnild fue la primera en notar una presencia tras Finn y ella. A la carrera y en la oscuridad, Aren se abalanzó sobre los dos con una daga en la mano. Finn ni siquiera lo pensó, se dio la vuelta al oír los pasos tras ellos y levantó la hoja de su espada. Aren cayó contra el afilado filo de la hoja, atravesó su cuerpo sin que Finn se moviera siquiera.

Los dos se miraron antes de arrodillarse junto a la que había sido su amiga. Los hermosos ojos azules de Aren se abrieron con sorpresa, nunca esperó que la muerte la desobedeciera y acudiera a ella. En un instante quedaron sin vida, inexpresivos.

—Lo siento, Aren, solo sentí que nos atacaban, no quería esto para ti —Ragnild lo dijo de corazón. No confiaba en ella, en los últimos tiempos ni siquiera hablaban, saber que era una traidora no mitigó el dolor que sentía.

—¡Aren! —gritó Finn al cogerla entre sus brazos.

—Finn, déjala, tienes que soltarla, ha muerto. No tienes la culpa, quería hacernos daño; de hecho, lo hizo durante demasiado tiempo. Yo tampoco quería su muerte, era mi compañera, mi hermana, mi confesora.

Finn arrastró a Aren hacia un lado, lejos de la lucha, recostó su cabeza con cariño y le cerró los ojos.

—Yo mismo iré a decírselo a su madre y sus hermanas.

—No les cuentes nada de su traición, diles que murió por salvarnos a todos, por el reino.

Finn asintió y ambos se pegaron al muro cuando el ruido de las espadas se acercó a ellos. Ragnild vio cómo Somerled creaba la destrucción a su alrededor, era su sino, el de un guerrero feroz que despertaba el temor ante sus adversarios y la admiración de sus aliados. Ragnild y Finn, desde su posición, saetearon a cuantos enemigos podían. Abrieron un hueco entre Godred y Somerled, quedaron a la vista uno de otro.

—Perro escocés, ven aquí, te mataré con mis propias manos, y luego iré a por mi hermanita, la desollaré viva antes de entregarla al rey Malcom.

—Godred, deja de hablar, por todos los cielos —le ordenó Somerled, cansado. Era el momento, tenía al culpable de las desgracias de Ragnild allí; una vez venció a su padre, y en esta ocasión no pensaba tener piedad.

Ragnild quiso cerrar los ojos cuando Ian levantó su espada, un golpe tras otro resonaron en el patio del castillo. Parecía que la lucha alrededor de los dos se había detenido, y así fue cuando Ragnild abrió los ojos. Somerled hizo retroceder golpe a golpe de espada a Godred, hasta que su hermanastro trastabilló y cayó con una rodilla al suelo.

—¡Me rindo, Somerled, me rindo! —gritó aterrorizado Godred en el centro del patio. Sus hombres, los últimos fieles a él, bajaron sus espadas.

Ragnild se quedó dónde estaba, aquella decisión era solo de Somerled: dejar vivo a Godred o acabar con él. Contuvo el aire en los pulmones, demasiadas muertes y horror. El silencio era desolador, más pesado que el entrechocar de espadas. Somerled podía acabar con Godred en ese instante. Fue cuando bajó la espada hasta que Godred quedó de rodillas ante él.

—Jura que serás mi siervo, que jamás atacarás mis tierras, ni a mi familia, que nunca regresarás a Man…

Ragnild, atónita, vio cómo Godred juraba, como un siervo, a Somerled y este dejaba que se levantara desarmado. Su esposo la buscó con la mirada, aún vibraban en sus ojos la ira y la ceguera de

la lucha, al verla sonrió. Godred aprovechó que estaba de espaldas a él y cogió la daga que llevaba oculta en sus botas, lo atacó por la espalda. Entonces una flecha salida desde las almenas atravesó la frente de Godred. Murió al instante. Todos los rostros se giraron, Ragnild ahogó un gemido. Erik, su hermano menor, había matado a Godred.

Ragnild corrió hasta Ian, se abrazó a él con fuerza, nada podría separarlos, nunca. Los vítores de los guerreros se elevaron por encima del amanecer, celebraban la victoria. Somerled sonrió a la lluvia que los empapaba y la miró con toda la intensidad de sus ojos azules.

—Ian —susurró emocionada—. No quiero la libertad que me ofreces, quiero quedarme en Argyll hasta desesperarte. Hemos ganado, ya no tienes que vivir en el pasado, te espera el futuro, conmigo, *highlander*.

—Mi amor, Ragnild, no te dejaría irte nunca más.

Somerled no le permitió contestarle, la cargó entre sus brazos y Ragnild se refugió en su pecho. No quería ver los restos de la guerra, ni los muertos, ni recordar a Aren ni a Godred. Solo quería alejarse de allí. Como si supiera lo que pensaba, Ian la llevó dentro del castillo y atravesó el salón desierto a excepción de algunos sirvientes. Al pasar lo miraron como a un demonio y Ragnild sonrió. Aquello no ayudaría a la mala fama de su esposo, pero poco le importaba.

—A la derecha, mi amor —le susurró al oído a Ian.

—Ahora, el cielo se puede caer sobre el mundo, Ragnild, nada me separará de ti. *Mo gradh*. Mi amor.

Abrió la puerta como era su costumbre, de una patada, la cerró del mismo modo y Ragnild se aferró a su cuello, encontró su hueco cerca del corazón, donde podía oír como latía con fuerza.

Con delicadeza, la dejó sobre el lecho, Ragnild cayó desmadejada, su pelo extendido sobre las mantas. Somerled, por un instante, se quedó quieto ante ella, en silencio.

Ragnild apretó los puños, lo había recuperado de la muerte y no iba a dejar que se alejara de ella. Cuando iba a levantarse para atraerlo hacia sí, Somerled se quitó las botas y las lanzó contra la

pared, se arrancó la camisa y quedó ante ella desnudo. Ragnild suspiró hondo, admiró el cuerpo de su esposo, que había perdido peso, sus facciones eran más afiladas, no había perdido un ápice de su masculinidad. Caminó hacia ella, que se deshizo de su *cotum* de cuero y de la camisa impregnada del lodo del río; él tiró de sus pantalones hacia abajo. Ragnild rio cuando los arrojó al mismo lugar que el resto de la ropa. Ambos estaban hechos un desastre, manchados, heridos, cansados, y no había mejor lugar en el mundo en el que estar.

—Eres hermosa, tanto que no puedo respirar, Ranny —dijo al caer sobre ella—. No sé cómo he llegado a ser digno de ti, princesa, pero voy a resarcir cada segundo en que hemos estado separados.

Ragnild sintió el cuerpo de Ian sobre ella, se apoyó en los codos y lo besó. No fue dulce, sino apasionado, su lengua invadió la de Ian, que se aferró a su rostro, la sujetó para llegar a cada rincón de su boca. Deslizó su mano por el cuello, acarició su clavícula hasta llegar al hombro y se apartó de ella un tanto al sentir su marca.

—Siempre pudiste irte, ¿verdad? Olafsson te entregó a mí, pero te dio la posibilidad de recurrir a los hombres del norte para poder dejarme si no era digno. ¿Por qué, Ranny, por qué, después de todo, te quedaste a mi lado? Yo no me comporté…

Ragnild le puso la mano en la boca para que no evocara aquellos momentos en que no siempre fue un caballero.

—Fue en la playa, al verte supe que me quedaría a tu lado para siempre…

—¿En la playa? ¡No fui el hombre más galante, ni…! —intentó explicarse.

—…cuando Aren bajó de la barcaza, no te dejaste fascinar por su extrema belleza ni sus vestidos como el resto, me miraste a mí, detrás de ella, adivinaste quien era al instante, me viste, Ian Somerled. No apartaste la mirada de mis ojos. Me defendiste de mis propios hombres… Sí, Finn me lo contó. Sin conocerme, nunca te importó si era bastarda, me dejaste gobernar tu castillo y dejarme querer por tu gente. No, Ian, no todo fue malo.

La abrazó antes de que Ranny viera como sus ojos se perdían en una humedad extraña para él. Esa mujer podía haberlo abandonado

en cualquier momento, había hecho que se casara con él a toda prisa, con desprecio, como una obligación, y ella, a cambio, le había dado su promesa, su juramento de serle fiel, lo había salvado de la muerte. Lo comprendió, tan fácil y simple, la amaba con todo su corazón, desde hacía tiempo, tal vez desde aquel día en la playa; pero, demasiado estúpido, no había sabido ver las señales, cómo adoraba su sonrisa, echaba de menos su voz, moría de celos por los hombres que se acercaban a ella… la amaba, y sabía que Ragnil de Crovar jamás lo traicionaría, nunca.

Besó sus cabellos, acarició sus pechos desnudos, sintió cómo Ragnild se aferraba a los músculos de sus brazos, empujaba su espalda hacia ella. Mesó su pecho, lo besó y tomó con suavidad entre los dientes el botón rígido de su redondez. Lo volvía loco; desesperado por su piel suave, lamió su vientre, su boca, volvió a tomar entre los labios su pezón. Ian sintió que Ragnild lo buscaba, retorcida bajo él, sujetó su pelo mientras la adoraba con la lengua y deslizó la mano entre sus cuerpos, llegó a la uve de sus piernas y apretó la palma contra su sexo. Acarició su interior con un dedo, luego otro, Ranny gimió de placer, encorvada contra él, buscó su miembro, presionado contra su vientre, y se aferró a su férrea columna. Ian sintió que no aguantaría mucho aquella dulce tortura de cuerpos frotándose, piel con piel, lenguas y gemidos contra el oído. Metió sus dedos más dentro, los sacó y repitió hasta que Ragnild pronunció su nombre a gritos.

Solo entonces los apartó y su verga recorrió toda su hendidura húmeda de placer, la penetró de un envite y ella no le permitió parar, se aferró a sus nalgas, a su espalda, sus uñas se clavaron en la piel y volvió a arremeter para llenarla por entero. Los cuerpos chocaron, los besos se sucedieron hasta que Ian sintió que su mujer alcanzaba el placer. La siguió al instante, se derramó por entero dentro de ella; se convirtieron en uno, alcanzaron cielo e infierno, hasta que los espasmos cesaron, se sintieron derrotados, exhaustos y sensibles sus pieles. Se abrazaron sin prisa, como si hubieran detenido el tiempo para siempre entre sus brazos. Y así era, porque acababan de derrotar a un enemigo, vendrían más, pero ellos los esperarían unidos.

—Te amo, Ranny, ha sido poco a poco, pero ya nunca será igual, cada parte de mi corazón es tuya, cada parte de mi alma te pertenece.

Ragnild abrió los ojos, sorprendida, eran las mismas palabras que ella le dijo una vez, las recordaba todas y cada una de ellas.

—Ian Somerled, te quiero tanto que no sé qué será de mí. Perdí mi corazón por ti el mismo día en que tuve que preguntarte dos veces tu nombre en la playa.

Ian sonrió, con un gesto juguetón, hundió la nariz en la piel del cuello de su esposa.

—Creo que deberíamos bajar, Ranny.

—Y darnos un baño, Ian —rio ella.

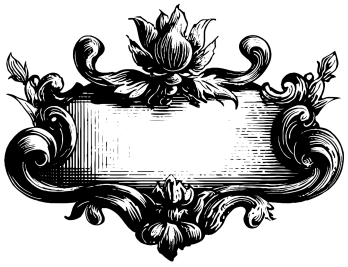
Nunca pensó que podría reír junto a su esposo de esa manera, lo cogió de la mano y lo obligó a levantarse, habían ganado y se habían amado, era el momento de poner paz en la isla de Man.

Esa misma noche, un mensaje del rey Malcom llegó al castillo para Godred e Ian lo abrió ante el hombre que lo había traído, desafiando al rey. Solo una palabra dirigida a Godred: «Apáñatelas», y debajo «No es mi lucha, Godred».

A la mañana siguiente, tras la rápida partida de Isobel con Alistair, de vuelta a Argyll, en un día de niebla que inundaba las praderas y el castillo, los hombres del norte juraron fidelidad a un señor de las islas llamado Somerled, bajo la atenta mirada de Ragnild de Crovar, hija de Olafsson, señora de Argyll, con la esperanza de que la justicia y la unión que allí formaban perduraría durante siglos contra los ingleses y el rey del este, y algún día, serían tan fuertes como para ignorarlos a todos. Cada pieza del ajedrez de Lewis fue devuelta a ella y Ragnild lo guardaría como el preciado regalo que era.

Aquel día, todos los señores y *lairds* de las islas formaron una unión que perduraría por encima de gobernantes y reinos, los *highlanders* de las islas, que permanecerían unidos siempre.

EPÍLOGO



Ragnild se recostó entre las altas hierbas de primavera, Somerled no tardaría mucho en ordenar cortar todo, afirmaba que allí se podían esconder sus enemigos. Sonrió, ¿qué enemigo se atrevería a entrar en las tierras de Somerled, Señor de las Islas, de Man y Argyll, padre de *highlanders*?

Acarició las briznas húmedas aún del rocío de la mañana, casi esperaba ver salir de algún rincón a Aren, su amiga de la infancia; a Finn, ahora en Man gobernando junto a su hermano; a Isobel, que había partido hacía días… todos ellos correr bajo el primer día de sol de primavera. Se colocó de nuevo, incómoda, estaba embarazada de su tercer hijo, Somerled tenía algo en común con su padre, Olafsson, criaba a sus dos hijos como guerreros y ella los instruía en el latín y otras artes. Donald Ragnald, el mayor, tenía un carácter fuerte, se parecía a su padre, Dougall era más como ella.

Los oyó reír, corretear entre los serbales con el mastín que Ragnild tenía siempre a su lado, pronto la encontrarían y perdería aquel momento de paz.

Aren, la echaba de menos, muchísimo en realidad, a pesar de su maldad, de sus traiciones, siempre se le iluminaba el rostro cuando Godred llegaba para incordiarlas de jóvenes, en Man, Aren fue su amiga a pesar de todo.

Desde la distancia del tiempo perdonó que siempre se adelantara a ella, que pensaran que era la princesa en su lugar, sus hermosos vestidos que la deslucían como si fuera su criada en lugar de su señora. Y la seguía queriendo a pesar de los años, aunque ya no estuviera.

Escuchó el cuerno que anunciaba la llegada de su esposo, le quedaba poco tiempo para contarle que esperaban un nuevo hijo, esta vez sería niña, lo sabía. Ian Somerled no dejaba de patrullar sus fronteras, mientras el legado de Malcom se perdía entre sus herederos y enemigos. Un día, cuando Escocia se enfrentara a Inglaterra, ya que la codiciaba desde hacía tiempo, el clan Somerled estaría allí, para tener su propio rey, bajo sus condiciones y sus ideales.

Sus hijos estaban cerca, tan pequeños y graciosos, los amaba con toda su alma. Fue a sentarse cuando, a su lado, un pie sigiloso pisó una rama. Ragnild sonrió cuando Ian apareció ante ella a pocos pasos. Él le indicó con el dedo que callara.

—¿Estás loco, piensas que tus hijos no nos han encontrado ya?

—¡Ah, mujer, quiebras todas mis esperanzas! —rio en susurros. Cayó sobre su esposa, con cuidado de no apoyar su peso sobre ella.

Ragnild lo acogió en sus brazos, pasó su dedo por aquellas nuevas arrugas que habían creado las sonrisas de muchos inviernos amándose.

—¿Qué haces, princesa?

—Estas serán tus mejores cicatrices, Ian Somerled, las de la risa y la preocupación por tus hijos, las de las noches en vela y los juegos con ellos. Las que dejan mi amor por ti, mi fiero *highlander*.

Él le tomó el rostro entre sus ásperas manos con una sonrisa tan grande como cada latido que le arrancaba su esposa.

—Ranny, te amo, cada día de mi vida, cada instante, cada pequeño parpadeo de mi existencia.

Ragnild le arrebató un beso dulce, sabía a vida, alegría y amor.

—Te amo, Ian Somerled, Señor de las Islas, de Man y Lewis, jefe de la dinastía Crovar, padre de *highlanders* y clanes Donald y Dougall. Te amaré siempre y nuestros nombres se grabarán en las crónicas de nuestro tiempo hasta mucho después de nuestra muerte, porque encontrar un amor como el nuestro no será fácil.

Ian Somerled escuchó el silbido del viento entre las briznas de hierba, hacía mucho que no escuchaba sus propios títulos y se sintió feliz. Tenía el único que ansiaba, el de esposo de Ragnild Crovar y padre de sus hijos. «Nunca ansíes la felicidad, es de necios, cree en

la buena fortuna de tener un hogar al que volver». Ian sonrió ante las palabras que un día su padre dijo y al girar con su esposa por la hierba, entendió porque el sol brillaba hoy sobre sus rostros. Así eran los días en que Ian Somerled encontraba la paz en el amor de su hogar en Argyll.

F I N

Nota de la autora

Clan Somerled es un libro de ficción histórica, en el cual existen algunos personajes que sí tuvieron su lugar en la historia y otros que son inventados. Lo cierto es que hubo un tiempo en que Escocia, lo que hoy conocemos como las Highlands, estaba dividida entre el reino noruego y el escocés en continuo conflicto. Se cree que Somerled era descendiente del primer rey de Escocia, como lo fue siglos más tarde Robert Bruce. Asentó su poder en Argyll y sus alrededores y se convirtió en la tercera fuerza en discordia entre ambos reinos. Mientras su fama de guerrero hacía temblar el norte, se casó con Ragnid, hija de Olafsson de Noruega, de la dinastía Crovar. Es curioso que el colapso de un sistema que pervivía durante siglos fuera roto por una mujer que no estaba destinada a reinar.

Somerled siguió el consejo de Ragnild, nunca se proclamó rey, sino que fue el Señor de las Islas. Tuvo muchos hijos, entre ellos Dougall, que fundó su propio clan; Ragnald, el primer *laird* de los Donald, y su hija Gillbred, con la cual la dinastía Crovar creó un nuevo territorio. Todos ellos fueron los señores de sus clanes, los Donald gobernaron durante siglos como Señores de las Islas y no siempre las tres familias se llevaron bien. Se cree que una cuarta hija se convirtió en reina de toda Escocia, y aquel *highlander* que soñaba con unificar todos los territorios lo consiguió a través de sus descendientes. Las ramas noruegas y escocesas se unieron y perduraron en Escocia, Somerled fue el primer escocés en convertirse en Señor de las Islas, y ni siquiera reyes de Inglaterra y Escocia consiguieron que el título desapareciera, siempre hubo un reto, un opositor, una dinastía rebelde que hizo frente a las injusticias.

Ragnild fue un personaje real del que poco se sabe, pero a partir del momento en que se casó con Somerled, este se enfrentó a sus enemigos, tal vez fue una mujer adelantada a su tiempo, inteligente y sagaz, que llevó a un hombre a la gloria a fuerza de amarlo y serle fiel en un mundo de intrigas.

Sobre el ajedrez de Lewis, fue encontrado en Escocia en 1831, en la isla de su nombre. Es considerado uno de los mayores tesoros de la cultura medieval, piezas hechas en marfil de morsa y ballena, seguramente en Noruega. Debió ser un regalo a los antiguos reyes escandinavos que habitaron en Escocia, su origen es un misterio, igual que su pertenencia. Bellísimo en su fabricación, cada una de las setenta y ocho piezas encontradas están dotadas de un gran detalle y expresividad. En el libro, Ragnild se lo quedó hasta que un día pudo devolverlo al señor de Lewis, donde sería encontrado siglos más tarde.

Espero haber llevado a vuestros corazones un poquito de amor por esta nación y sus héroes. Gracias por disfrutar conmigo de las gentes, paisajes y costumbres de Escocia.

Contactad conmigo por redes o como prefiráis, dejad vuestra valoración aquí, ya que nos ayuda mucho a los autores a seguir llegando a vosotros… y, por supuesto…, ¿qué personaje de esta historia podría tener un libro propio?, aunque intuyo a quien elegiréis… ¿o no?

Nos vemos en el próximo libro, guardianas y guardianes de Escocia, bajo el cielo gris de Escocia, en los castillos del norte, en las praderas de brezo y las colinas llenas de arroyos.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Guardianas de Escocia.

Primer libro

Guardianas de Escocia. **«Un clan en mi corazón»**.

Segundo libro

Guardianas de Escocia. **«Te diré mi nombre»**.

Tercer libro

Guardianas de Escocia. **«Prisionero de tu voz».**

Cuarto libro

Guardianas de Escocia. **«La llave de Escocia».**

Escocesas.

El sendero de una escocesa I
La hija del traidor II
Cada latido que nos separa III

Títulos bajo el sello HQÑ - Romántica escocesa

Corazón escocés
Juego de damas

Trilogía escocesa HQÑ. Tierras Altas.

Vientos de Escocia
La irlandesa
El caballero escocés

Actual escocesa independiente

La flor del sol
El anillo del escocés
Un baile de otoño HQÑ
La guardia oscura

Histórica

Mi inocente duquesa
Un beso bajo el sauce HQÑ
Camelias para una dama HQÑ

En algún lugar cerca de mi corazón HQÑ

Bilogía Contemporánea HQÑ

El amor no se puede pintar
El arte del amor
El rojo del amanecer HQÑ

Bilogía Viajes en el Tiempo

El tiempo del escocés
El tiempo de la escocesa

[A1]Más adelante dices que durante el día no corren peligro, por lo que esto debería ser amanecer, si viajan de noche. Aunque lo lógico sería que viajaran de día...
te dejo otra nota donde lo dice y decides qué cambiar.
[A2]Lo lógico sería que viajaran de día...